



VERITATIS VERBUM COMMUNICANTES
UNIVERSIDAD SAN DÁMASO

FACULTAD DE TEOLOGÍA

TESINA DE LICENCIATURA EN TEOLOGÍA DOGMÁTICA

FE Y BAUTISMO EN BENEDICTO XVI

Autor: Rvdo. D. Manuel de Jesús Celestino Reyes

Director: Rvdo. Dr. D. Manuel Aroztegi Esnaola

MADRID 2015

A mis padres, Quintino Celestino (+) y
Germania Reyes, por haberme educado en
la fe de la Iglesia.

Y a todos los que, con sus oraciones, su
apoyo y con su ejemplo de entrega
abnegada, me ayudan a vivir el ministerio
desde la radicalidad del bautismo.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	03
I. DEL BAUTISMO DE JUAN AL BAUTISMO CRISTIANO	
1. El bautismo de Juan.....	09
1.1. Revelación de la relación filial de Jesús.....	12
1.2. El bautismo de Juan, una epifanía que culmina en la Pascua	13
2. El Misterio pascual de Cristo.....	15
2.1. La muerte de Cristo.....	15
2.2. La resurrección de Cristo	16
2.3. Del Misterio pascual al sacramento del bautismo.....	20
2.3.1. Catecumenado e itinerario cuaresmal	23
2.3.2. Vigilia pascual y bautismo.....	29
II. UNIDAD ENTRE FE Y BAUTISMO	
1. Unidad de la fe	31
1.1. Los contenidos de la fe	33
1.1.1. El Credo, síntesis de la fe de la Iglesia.....	36
1.1.2. Significado de la palabra “Creo”.....	40
1.2. El acto de fe.....	43
1.2.1. Abraham, el creyente	45
1.2.2. La Virgen María, madre y modelo de fe.....	48
1.2.3. Doble dimensión del acto de fe.....	50
2. Fe y bautismo	54
2.1. Incorporación en el ser de Cristo	56
2.1.1. El paradigma de la vid y los sarmientos	57

2.1.2. El "Yo" de Cristo en el "Nosotros" de la Iglesia.....	61
2.2. Filiación divina de los bautizados.....	64
2.2.1. El bautismo y la Santísima Trinidad.....	68
2.2.2. El Espíritu Santo y la gracia bautismal	70
2.3. Unidad entre fe y bautismo	72
2.3.1. La profesión de fe bautismal.....	74
2.3.2. Dimensión eclesial del bautismo.....	76
III. LA EXISTENCIA CRISTIANA DE LOS BAUTIZADOS	
1. El testimonio de fe de los bautizados.....	79
1.1. El bautismo, vínculo sacramental de unidad	80
1.2. El "compromiso" bautismal.....	83
1.2.1. La tarea profética de los laicos	85
1.2.2. La transmisión de la fe a los hijos.....	87
1.3. La vida cristiana: armonía entre fe y caridad	91
1.3.1. La fe como respuesta al don del amor.....	93
1.3.2. La fe actúa por la caridad	95
2. Permanecer en la fe recibida	98
2.1. El bautismo de niños	99
2.2. Bautismo y vida de gracia	102
2.2.1. El bautismo enciende la luz de la santidad.....	103
2.2.2. Ser cristiano, ser santo	105
2.3. Dimensiones escatológicas de la fe bautismal	109
2.3.1. Fe y vida eterna	110
2.3.2. La comunión con Dios: sentido último de la existencia cristiana..	113
CONCLUSIÓN.....	119
BIBLIOGRAFÍA.....	123

INTRODUCCION

La fe cristiana, recibida en el bautismo, es el regalo más valioso que Dios nos ha dado. Por lo tanto, es imprescindible que, antes o después de recibir el bautismo, todo creyente sea instruido en la fe de la Iglesia, profundizando en su adhesión y en su asentimiento; pues, si bien es cierto que esta preparación ha sido necesaria siempre, en nuestros días requiere una mayor atención debido a que, como afirma el Papa Benedicto XVI, desde hace algunas décadas existen dos grandes problemas en la Iglesia: un «analfabetismo religioso» y un «idealismo que promueve una fe adulta, emancipada del Magisterio». En efecto, al explicar estos males, el Santo Padre desvela el origen y las consecuencias que esterilizan y desvirtúan la naturaleza propia de la fe. Y así, evocando que «san Pablo habla del crecimiento del hombre perfecto, que alcanza la medida de Cristo en su plenitud», cuando afirma que «ya no seremos niños a merced de las olas, llevados a la deriva por todo viento de doctrina (cf. Ef 4, 13-14)», el Santo Padre se refiere al primero de estos males al decir que «no se puede vivir en un infantilismo espiritual, en un infantilismo de fe», pero «por desgracia, en nuestro mundo vemos este infantilismo». Y a continuación añade:

Muchos, después de la primera catequesis, ya no han proseguido; tal vez haya quedado este núcleo, o tal vez incluso se haya destruido. Y, por lo demás, están a merced de las olas del mundo y nada más; no pueden, como adultos, con competencia y con convicción profunda, exponer y hacer presente la filosofía de la fe y —por decirlo así— la gran sabiduría, la racionalidad de la fe, que abre los ojos también de los demás, que abre los ojos precisamente a lo que hay de

bueno y verdadero en el mundo. Falta este ser adultos en la fe y existe mucho infantilismo en la fe¹.

Del mismo modo, el Santo Padre sostiene que «con este analfabetismo no podemos crecer, no puede crecer la unidad», la cual, como bien sabemos, es una cualidad esencial de la fe cristiana, fundamentada en el monoteísmo del Antiguo Testamento que proclama que «Dios es Uno y Único». Ahora bien, al presentar el diagnóstico del problema, nuestro autor también nos ofrece la solución al mismo, al afirmar:

Debemos hacer todo lo posible para una renovación catequística, para que la fe sea conocida y para que así sea conocido Dios, para que así sea conocido Cristo, para que así sea conocida la verdad y para que crezca la unidad en la verdad².

Y en el mismo contexto, el Papa Benedicto explica al segundo de estos males cuando dice:

En estos últimos decenios, hemos vivido también otro sentido de la palabra «fe adulta». Se habla de «fe adulta», es decir, emancipada del Magisterio de la Iglesia. Mientras dependo de mi madre, soy niño,

¹*Lectio divina*. Aula Pablo VI. Jueves 23 -2- 2012. Sobre este aspecto, también en la *Carta apostólica Porta fidei* el Santo Padre refiere: «Sucede hoy con frecuencia que los cristianos se preocupan mucho por las consecuencias sociales, culturales y políticas de su compromiso, al mismo tiempo que siguen considerando la fe como un presupuesto obvio de la vida común. De hecho, este presupuesto no sólo no aparece como tal, sino que incluso con frecuencia es negado (cf. *homilía*. Lisboa. Martes 11 -5- 2010)». E inmediatamente añade: «Mientras que en el pasado era posible reconocer un tejido cultural unitario, ampliamente aceptado en su referencia al contenido de la fe y a los valores inspirados por ella, hoy no parece que sea ya así en vastos sectores de la sociedad, a causa de una profunda crisis de fe que afecta a muchas personas» (*Porta fidei* 2).

² *Lectio divina*. Aula Pablo VI. Jueves 23 -2- 2012.

y debo emanciparme; emancipado del Magisterio, finalmente soy adulto. Pero el resultado no es una fe adulta; el resultado es estar a merced de las olas del mundo, de las opiniones del mundo, de la dictadura de los medios de comunicación, de la opinión que todos tienen y quieren. No es verdadera emancipación: la emancipación de la comunión del Cuerpo de Cristo. Al contrario, es caer bajo la dictadura de las olas, del viento del mundo³.

En respuesta a este argumento, nuestro autor sostiene :

La verdadera emancipación es precisamente liberarse de esta dictadura, en la libertad de los hijos de Dios que creen juntos en el Cuerpo de Cristo, con Cristo resucitado, y así ven la realidad, y son capaces de responder a los desafíos de nuestro tiempo.

Y a continuación añade :

³ *Ibid.* En el marco del Año Santo de la Fe, Benedicto XVI también nos alertó sobre las distintas «corrientes ideológicas» que han venido socavando la fe, afirmando: «Vivimos hoy en una sociedad profundamente cambiada, también respecto a un pasado reciente, y en continuo movimiento. Los procesos de la secularización y de una difundida mentalidad nihilista, en la que todo es relativo, han marcado fuertemente la mentalidad común. Así, a menudo la vida se vive con ligereza, sin ideales claros y esperanzas sólidas, dentro de vínculos sociales y familiares líquidos, provisionales. Sobre todo no se educa a las nuevas generaciones en la búsqueda de la verdad y del sentido profundo de la existencia que supere lo contingente, en la estabilidad de los afectos, en la confianza. Al contrario: el relativismo lleva a no tener puntos firmes; sospecha y volubilidad provocan rupturas en las relaciones humanas, mientras que la vida se vive en el marco de experimentos que duran poco, sin asunción de responsabilidades. Así como el individualismo y el relativismo parecen dominar el ánimo de muchos contemporáneos, no se puede decir que los creyentes permanezcan del todo inmunes a estos peligros que afrontamos en la transmisión de la fe» (*Audiencia general*. Miércoles 17 -10- 2012).

Debemos orar mucho al Señor para que nos ayude a estar emancipados en este sentido, libres en este sentido, con una fe realmente adulta, que ve, que hace ver y puede ayudar también a los demás a llegar a la verdadera perfección, a la verdadera edad adulta, en comunión con Cristo⁴.

Por otra parte, en la *Carta apostólica Porta fidei*, el Santo Padre también refiere que «redescubrir los contenidos de la fe profesada, celebrada, vivida y rezada (cf. Juan Pablo II, *Const. ap. Fidei depositum* (11 octubre 1992): AAS 86 (1994), 116.), y reflexionar sobre el mismo acto con el que se cree, es un compromiso que todo creyente debe de hacer propio». Y a continuación nos presenta un modelo de fe, aduciendo que «no por casualidad, los cristianos en los primeros siglos estaban obligados a aprender de memoria el Credo», ya que «esto les servía como oración cotidiana para no olvidar el compromiso asumido con el bautismo»⁵. Así pues, partiendo de este elocuente testimonio, el Papa Benedicto nos exhortaba a no desligar nuestra fe de los actos cotidianos, teniendo delante el ejemplo de aquellos cristianos cuya fe no se reducía a meras fórmulas doctrinales ni a conceptos que debían memorizar, sino que se trataba de algo plenamente esencial, que formaba parte de su propia existencia y que les servía de escudo para defenderse tanto de las herejías como también de las costumbres paganas de su tiempo.

Hasta aquí hemos delineado el problema, abordando, al mismo tiempo, las respectivas soluciones que para ello nos ofrece nuestro autor. Ahora bien, ya que «bautismo y fe son inseparables»⁶, hemos querido analizar este nexo a la luz del magisterio de Benedicto XVI, quien nos da, por

⁴ *Lectio divina*. Aula Pablo VI. Jueves 23 -2- 2012.

⁵ *Porta fidei* 9.

⁶ *Lectio divina*. Aula Pablo VI. Jueves 23 -2- 2012.

decirlo así, la clave esencial para afrontar con claridad y eficacia esos grandes desafíos a los que hoy se enfrenta la Iglesia. En este sentido, nos proponemos presentar la riqueza y la hondura de la doctrina de este gran pontífice, conocido y reconocido por sus dotes de gran teólogo, profesor, escritor y pastor; el cual, como un auténtico escriba, ha sabido sacar de su arca cosas nuevas y cosas antiguas (cf. *Mt* 13, 52).

Para elaborar nuestro trabajo hemos utilizado los textos de la traducción española de la página web de la Santa Sede, y no de la página *Acta Apostolicae Sedis*, por no conocer perfectamente la lengua italiana. Por lo demás, tras haber leído y analizado los textos en los que Benedicto XVI expone la relación entre fe y bautismo, nos proponemos reconstruir su pensamiento sistemático a partir de su magisterio. Por tanto, para este trabajo hemos utilizado, exclusivamente, la doctrina expuesta en sus *Ángelus* y *Audencias*, *Cartas apostólicas* y *Cartas encíclicas*, *Discursos* y *Exhortaciones apostólicas*, *Homilías* y *Mensajes*, etc. Sin embargo, no hemos examinado sus libros sobre *Jesús de Nazaret*, puesto que el mismo autor aclara que su contenido no es magisterio (cf. *Prólogo*). Tampoco citamos la *Carta encíclica Lumen fidei*, cuya firma no es la de Benedicto XVI sino la del Papa Francisco. Por otra parte, tampoco hemos incluido bibliografía secundaria, puesto que, referente al tema que nos ocupa, tan sólo hemos encontrado algunos estudios realizados a partir de la teología de Joseph Ratzinger pero no de Benedicto XVI, en cuanto magisterio de su pontificado.

Nuestro trabajo consta de tres capítulos en los que, de manera ordenada y unitaria, presentaremos el origen, la dimensión y la meta del bautismo cristiano. De esta manera, comenzaremos hablando del bautismo de Juan como punto de partida del ministerio público de la vida de Jesús, y su relación con el Misterio pascual de Cristo, del cual emerge el sacramento

del bautismo (*Cap. I*) y los demás sacramentos. A continuación expondremos la unidad entre fe y bautismo, explicitando los contenidos y el acto de la fe, que nos remiten necesariamente al sacramento del bautismo, el cual nos une inseparablemente a Cristo y nos incorpora a su Cuerpo, la Iglesia (*Cap. II*). Y así concluiremos presentando un enfoque de la existencia cristiana de los bautizados, la cual se arraiga en el bautismo y nos proyecta hacia la eternidad, hacia lo escatológico, hacia la contemplación de Dios, como punto de llegada y la meta final de nuestra fe bautismal (*Cap. III*).

Para llegar al término y a la forma final de este estudio, hemos dedicado largas horas de trabajo, de día y de noche, con empeño y entusiasmo, alternando trabajo y oración, con la certeza de que “el auxilio nos viene del Señor” y no sólo de nuestra frágil voluntad. Por tanto, nuestra gratitud se dirige a Dios, en primer lugar, por habernos facilitado todos los medios necesarios, personales y materiales. Asimismo, agradezco el apoyo incondicional de tantas personas que, con sus oraciones y medios, me han sostenido durante este tiempo, y cuyos nombres llevo bien gravados en mi corazón: ¡que Dios les pague con creces! Quiera Dios que también nuestro esfuerzo sea de utilidad en el proceso de la «renovada educación en la fe» a la que nos ha invitado nuestro autor, para que cada día sean más los bautizados que, tras una sana y profunda formación cristiana, lleguen a la verdadera «fe adulta» y sean, en verdad, luz del mundo en medio de los hombres.

I. DEL BAUTISMO DE JUAN AL BAUTISMO CRISTIANO

1. El bautismo de Juan

Para explicar la unidad entre fe y bautismo según Benedicto XVI, empezaremos refiriéndonos al bautismo de Juan, teniendo en cuenta su relación y su esencial diferencia respecto al bautismo cristiano. En efecto, el Santo Padre enseña que el bautismo de Juan consistía en un «esfuerzo humano por dirigirse a Dios para pedirle el perdón de los pecados y la posibilidad de comenzar una nueva vida». No se trataba del sacramento como tal sino de «un deseo humano, un ir hacia Dios con las propias fuerzas»⁷. Si bien es cierto que Juan el Bautista «utilizaba el símbolo del agua para expresar la purificación del corazón y de la vida», lo hacía en vistas a «preparar la inminente llegada del Mesías»⁸ anunciado. El bautismo de Juan, por tanto, tenía una finalidad específica y limitada: era un «bautismo de conversión»⁹, es decir, «un bautismo de penitencia, muy distinto del sacramento que instituirá Jesús»¹⁰, el cual, como veremos más adelante, se arraiga en su Misterio paschal, por el que somos regenerados y constituidos en hijos de Dios, miembros de Jesucristo y templos del Espíritu Santo.

⁷ *Homilía*. Capilla Sixtina. Domingo 7 -1- 2007.

⁸ *Ángelus*. Domingo 8 -1- 2006; cf. *Homilía*. Capilla Sixtina. Domingo 11 -1- 2009.

⁹ *Homilía*. Capilla Sixtina. Domingo 13 -1- 2008.

¹⁰ *Homilía*. Capilla Sixtina. Domingo 11 -1- 2009. Y en otro lugar, también afirma Benedicto XVI que el bautismo de Juan «aunque se llamara bautismo, no tenía el valor sacramental del rito que celebramos hoy». Y añade: «como bien sabéis, con su muerte y resurrección Jesús instituye los sacramentos y hace nacer la Iglesia. El que administraba Juan era un acto penitencial, un gesto que invitaba a la humildad frente a Dios, invitaba a un nuevo inicio: al sumergirse en el agua, el penitente reconocía que había pecado, imploraba de Dios la purificación de sus culpas y se le enviaba a cambiar los comportamientos equivocados, casi como si muriera en el agua y resucitara a una nueva vida» (*Homilía*. Capilla Sixtina. Domingo 9 -1- 2011).

Al presentar el bautismo de Juan en conexión con el Misterio pascual de Cristo, Benedicto XVI observa que, antes de iniciar la obra que el Padre le había confiado, Jesús quiso recibir el bautismo de Juan como «el primer acto de su vida pública, narrado en los cuatro evangelios»¹¹. Asimismo, siguiendo los textos sagrados, el Papa explica que «al llegar a la edad de casi treinta años, Jesús dejó Nazaret, fue al río Jordán y, en medio de mucha gente, se hizo bautizar por Juan»¹². En efecto, Juan predicaba un bautismo de conversión para el perdón de los pecados y a quienes acudían a él les decía que «detrás de él vendría otro, más grande que él, que no bautizaría con agua, sino con el Espíritu Santo (cf. *Mc* 1, 7-8)»¹³.

Recibiendo el bautismo de Juan, Jesús quería comunicarnos algo más que un simple gesto de humildad. En efecto, en los textos sagrados leemos que Juan se resiste, pero Jesús insiste en ser bautizado (cf. *Mt* 3, 13-15), como refiere nuestro autor al decir:

Cuando Juan Bautista ve a Jesús que, en fila con los pecadores, va para que lo bautice, se sorprende; al reconocer en él al Mesías, al Santo de Dios, a aquel que no tenía pecado, Juan manifiesta su desconcierto: él mismo, el que bautizaba, habría querido hacerse bauti-

¹¹ *Ángelus*. Domingo 11 -1- 2009; *Ángelus*. Plaza de san Pedro. Domingo 13 -1- 2013.

¹² *Ángelus*. Domingo 11 -1- 2009; cf. *Homilía*. Capilla Sixtina. Domingo 13 -1- 2008.

¹³ *Ángelus*. Domingo 8 -1- 2006; cf. *Homilía*. Capilla Sixtina. Domingo 7 -1- 2007: En el evangelio de san Lucas leemos, además, que Juan el Bautista dice: “Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego” (*Lc* 3, 16).

zar por Jesús. Pero Jesús lo exhorta a no oponer resistencia, a aceptar realizar este acto, para hacer lo que es conveniente para «cumplir toda justicia»¹⁴.

Sabiendo perfectamente cuál era su misión, Jesús «manifiesta que vino al mundo para hacer la voluntad de Aquel que lo mandó, para realizar todo lo que el Padre le pide; aceptó hacerse hombre para obedecer al Padre». Tras esta afirmación el Papa Benedicto explica que «este gesto revela ante todo quién es Jesús: es el Hijo de Dios, verdadero Dios como el Padre; es aquel que “se rebajó” para hacerse uno de nosotros, aquel que se hizo hombre y aceptó humillarse hasta la muerte de cruz (cf. *Fp 2, 7*)»¹⁵. Y en otro lugar también afirma que «todo el misterio de Cristo en el mundo se puede resumir con esta palabra: “Bautismo”, que en griego significa “inmersión”». Así, pues, aceptando el bautismo de Juan, Jesús le da un giro profundamente esencial y profético, como enseña el Santo Padre al decir que «el Hijo de Dios, que desde la eternidad comparte con el Padre y con el Espíritu Santo la plenitud de la vida, se “sumergió” en nuestra realidad de pecadores para hacernos participar en su misma vida»¹⁶. Ciertamente Jesús no tenía necesidad de ser bautizado, puesto que él era inmaculado y santo; sin embargo, se humilló a sí mismo por nosotros y por nuestra salvación. Él «que no tiene pecado, deja que lo traten como pecador (cf. *2 Co 5, 21*), para cargar sobre sus hombros el peso de la culpa de toda la humanidad, también de nuestra culpa». En efecto, conviene señalar que «el gesto de Jesús anticipa la cruz, la aceptación de la muerte por los pecados del hombre»¹⁷. De esta manera «desde que el Hijo unigénito del Padre se hizo bautizar, el cielo realmente se

¹⁴ *Homilía*. Capilla Sixtina. Domingo 9 -1- 2011.

¹⁵ *Ibid.*

¹⁶ *Homilía*. Capilla Sixtina. Domingo 13 -1- 2008.

¹⁷ *Homilía*. Capilla Sixtina. Domingo 9 -1- 2011.

abrió y sigue abriéndose, y podemos encomendar toda nueva vida que nace en manos de Aquel que es más poderoso que los poderes ocultos del mal». Por tanto, con el bautismo «restituimos a Dios lo que de él ha venido»¹⁸.

1.1. Revelación de la relación filial de Jesús

En los evangelios leemos que tan pronto Jesús fue bautizado se puso en oración y, de repente, «se abrieron los cielos, bajó el Espíritu Santo sobre Él con apariencia corporal semejante a una paloma y vino una voz del cielo: “Tú eres mi Hijo, el amado; en ti me complazco” (Lc 3, 21-22)». Comentando estos episodios, Benedicto XVI acentúa su carácter trascendental y existencial, cuando afirma: «Jesús habla con su Padre. Y estamos seguros de que no sólo habló por sí, sino que también habló de nosotros y por nosotros; habló también de mí, de cada uno de nosotros y por cada uno de nosotros»¹⁹. Asimismo, siguiendo el texto de san Marcos donde se lee que “la voz del Padre” proclamó desde el cielo: “Tú eres mi Hijo amado, mi predilecto” (Mc 1, 10-11), el Santo Padre explica que Jesús es «el Hijo de Dios que está totalmente sumergido en la voluntad de amor del Padre», y por eso «en estas palabras: “Tú eres mi Hijo amado”, se revela qué es la vida eterna», la cual, según añade, consiste en «la relación filial con Dios, tal como Jesús la vivió y nos la ha revelado y dado»²⁰. Esta relación filial consiste, por tanto, en la comunión de amor del Padre con el Hijo en el Espíritu, ya que «el Espíritu Santo “mora” en el Hijo y da testimonio de su divinidad, mientras la voz del Padre, proveniente de los cielos, expresa la comunión de amor»²¹.

¹⁸ *Homilía*. Capilla Sixtina. Domingo 11 -1- 2009.

¹⁹ *Homilía*. Capilla Sixtina. Domingo 7 -1- 2007.

²⁰ *Ángelus*. Plaza de san Pedro. Domingo 13 -1- 2013.

²¹ *Ángelus*. Plaza de san Pedro. Domingo 9 -1- 2011.

Al hablar de la vida y la misión de Jesús hemos de referirnos necesariamente a la acción del Espíritu Santo, puesto que, desde la encarnación hasta Pentecostés, en toda la vida y la acción de Jesús, está presente el Espíritu divino que une al Padre con el Hijo en una relación auténtica y perfecta. Esta misma comunión divina nos la describe el evangelista san Juan al afirmar que «cuando Jesús fue bautizado en el Jordán el Espíritu Santo descendió y se posó sobre él con apariencia corporal de paloma, y Juan el Bautista reconoció que él era el Cristo, el “Cordero de Dios” que había venido para quitar el pecado del mundo (cf. *Jn* 1, 29)»²². En consecuencia, el perdón que prometía el bautismo de Juan sólo será posible y pleno en la persona de Jesús, el cual, haciéndose siervo por amor y cargando sobre sí nuestros pecados, nos regenera en el sacramento del bautismo.

1.2. El bautismo de Juan, una epifanía que culmina en la Pascua

Jesús recibe el bautismo de Juan como prelude de su Misterio paschal, del cual emerge el sacramento del bautismo, «puerta»²³ de los otros sacramentos y de toda la vida cristiana. De manera que gracias a la fe y al bautismo, los creyentes podemos «entrar en relación personal con el Creador, y esto para siempre, para toda la eternidad»²⁴. Ahora bien, «el bautismo en el Jordán es también una “epifanía”, una manifestación de la identidad mesiánica del Señor y de su obra redentora, que culminará en otro “bautismo”, el de su muerte y resurrección, por el que el mundo entero será purificado en el fuego de la misericordia divina (cf. *Lc* 12, 49-50)»²⁵.

²² *Ángelus*. Plaza de san Pedro. Domingo 13 -1- 2003; *Ángelus*. Domingo 8 -1- 2006.

²³ Cf. *Sacramentum caritatis* 17; *Discurso*. Estadio “Meazza”, san Siro, Milán. Sábado 2 -6- 2012.

²⁴ *Homilía*. Capilla Sixtina. Domingo 13 -1- 2008.

²⁵ *Ángelus*. Domingo 8 -1- 2006.

Cuando llegó el momento de llevar a cabo la obra que el Padre le había confiado, Jesús se dirigió a donde estaba el Bautista, «se puso en la fila con los pecadores y aceptó el bautismo de penitencia de Juan como un signo profético de su pasión, muerte y resurrección para el perdón de los pecados»²⁶. Se trataba, por tanto, de «un “bautismo”, o sea, una “inmersión” en su voluntad, y en este sentido un anticipo de la pasión y de la cruz»²⁷. Así, pues, la vida pública de Jesús se enmarca entre dos polos: el bautismo en el Jordán y el Misterio pascual. Refiriéndose al primero, Benedicto XVI afirma que «en aquel momento ya se vislumbra la misión del Redentor, puesto que, cuando sale del agua, resuena una voz desde cielo y baja sobre él el Espíritu Santo (cf. *Mc* 1, 10)». Y añade que «el Padre celestial lo proclama como su hijo predilecto y testimonia públicamente su misión salvífica universal, que se cumplirá plenamente con su muerte en la cruz y su resurrección». Entocnes, «sólo entonces, con el sacrificio pascual, el perdón de los pecados será universal y total»²⁸.

2. El Misterio pascual de Cristo

2.1. La muerte de Cristo

Toda la vida de Jesús estaba orientada hacia una hora, hacia la hora de su muerte; la cual, sin embargo, no será el aniquilamiento total de su persona. De hecho, a pesar de los siglos, la muerte de Cristo no ha quedado en el pasado como un simple dato histórico. Al contrario, para los cristianos es el acontecimiento por excelencia con el que conmemoramos el ofrecimiento del Hijo de Dios en rescate por todos los hombres. Más aún, para el mismo

²⁶ *Discurso*. Betania al otro lado del Jordán, Tierra Santa. Domingo 10 -5- 2009.

²⁷ *Homilía*. Basílica de santa Sabina. Miércoles de Ceniza 17 -2- 2010.

²⁸ *Homilía*. Capilla Sixtina. Domingo 11 -1- 2009.

Jesús su muerte fue una ofrenda de sí mismo, una «oblación que quiso anticipar en la última Cena»²⁹. De manera que Jesús acepta la voluntad del Padre sabiendo «que su propia muerte debe ser un “bautismo”, es decir, una “inmersión” en el amor de Dios (cf. *Lc* 12, 50) y sale a su encuentro seguro de que el Padre realizará en él la antigua profecía (...): “Dentro de dos días nos dará la vida, al tercer día nos hará resurgir y en su presencia viviremos” (*Os* 6, 2)»³⁰. Por tanto, Jesús se confía plenamente en las manos amorosas de su Padre celestial, seguro de que no quedará confundido.

Explicando la fuerza redentora que entraña la muerte de Cristo, Benedicto XVI entrelaza algunos textos del Antiguo y del Nuevo Testamento, afirmando:

La muerte de Cristo es fuente de vida, porque en ella Dios ha volcado todo su amor, como en una inmensa cascada, que hace pensar en la imagen contenida en el Salmo 41: «Una sima grita a otra sima, con voz de cascadas; tus torrentes y tus olas me han arrollado» (v. 8). El abismo de la muerte es colmado por otro abismo, aún más grande, el abismo del amor de Dios, de modo que la muerte ya no tiene ningún poder sobre Jesucristo (cf. *Rm* 8, 9), ni sobre aquellos que, por la fe y el bautismo, son asociados a él: «Si hemos muerto con Cristo — dice san Pablo— creemos que también viviremos con él» (*Rm* 6, 8). Este “vivir con Jesús” es la realización de la esperanza profetizada por Oseas: «Viviremos en su presencia» (6, 2)³¹.

²⁹ Cf. *Homilía*. Basílica Vaticana. Sábado Santo 15 -4- 2006.

³⁰ *Homilía*. Basílica Vaticana. Lunes 5 -11- 2007.

³¹ *Homilía*. *Misa en sufragio de los cardenales y obispos fallecidos durante el año*. Jueves 3 -11- 2011.

En el momento más crucial de toda su vida, Jesús ratifica la perfección de su amor filial y, haciendo suya la voluntad de su Padre, se entrega a la muerte por la salvación de toda la humanidad. De esa manera, aceptando la muerte, Jesús desciende a lo más profundo de la realidad humana, solidarizándose con todos los hombres de todos los tiempos, y, así, a los que yacían privados de la gracia divina, los rescata de las ataduras de la muerte y los hace libres y partícipes de la verdadera vida, de la resurrección. En efecto, el Hijo de Dios, muriendo, destruyó el poderío que la muerte y el mal ostentaban sobre la humanidad. Y en consecuencia la muerte ya no tiene la última palabra sobre el destino de los hombres: Jesús ha muerto para que el hombre viva, y su resurrección constituye, desde entonces, el único fundamento del triunfo definitivo, que colma de esperanza a todo creyente.

2.2. La resurrección de Cristo

El concepto de resurrección era conocido por muchos judíos anteriores y contemporáneos a Jesús, que aguardaban la esperanza de resucitar “el último día”. Sin embargo, no todos los judíos profesaban esa misma esperanza, como es el caso del grupo de los saduceos que «reconocían sólo los cinco libros de Moisés, y en ellos no aparece la resurrección; por eso la negaban»³². Ahora bien, en el evangelio de san Mateo se nos narra una escena en la que Jesús dialoga con algunos saduceos y les demuestra que la realidad de la resurrección sí está contemplada en el Pentateuco. Jesús, en efecto, hace referencia al episodio de la “zarza ardiente” en cuya epifanía Dios se revela a Moisés como el Dios de los vivos: el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. A este respecto, dice Benedicto XVI:

³² *Lectio divina*. Basílica de san Juan de Letrán. Lunes 11 -6- 2012.

El Señor, partiendo precisamente de estos cinco libros, demuestra la realidad de la resurrección y dice: ¿No sabéis que Dios se llama Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob? (cf. *Mt 22*, 31-32). Así pues, Dios toma a estos tres y precisamente en sus nombres se convierten en el nombre de Dios. Para comprender quién es este Dios se deben ver estas personas que se han convertido en el nombre de Dios, en un nombre de Dios: están inmersas en Dios. Así vemos que quien está en el nombre de Dios, quien está inmerso en Dios, está vivo, porque Dios —dice el Señor— no es un Dios de muertos, sino de vivos; y si es Dios de estos, es Dios de vivos; los vivos están vivos porque están en la memoria, en la vida de Dios³³.

Jesús anuncia la resurrección a través de palabras y de signos, pero será él mismo quien, resucitando de entre los muertos, constituirá las primicias de los que mueren. Desde entonces él vive para siempre y nos comunica su vida divina por medio de la fe y los sacramentos. En efecto, la resurrección de Cristo actúa en nosotros los creyentes como una realidad operante que crea armonía y comunión con Dios y según Dios. A ello se refiere Benedicto XVI cuando afirma que «la resurrección de Jesús funda nuestra firme esperanza e ilumina toda nuestra peregrinación terrena, incluido el enigma humano del dolor y de la muerte». E inmediatamente añade que «la fe en Cristo crucificado y resucitado es el corazón de todo el mensaje evangélico, el núcleo central de nuestro “Credo”»³⁴. Asimismo, el Santo Padre acentúa que la resurrección de Cristo es una vida totalmente nueva, cuando afirma:

La resurrección no fue para Jesús un simple retorno a la vida anterior, pues en ese caso se trataría de algo del pasado: hace dos mil años

³³ *Ibíd.*

³⁴ *Audiencia general*. Miércoles 15 -4- 2009.

uno resucitó, volvió a su vida anterior, como por ejemplo Lázaro. La Resurrección se sitúa en otra dimensión: es el paso a una dimensión de vida profundamente nueva, que nos toca también a nosotros, que afecta a toda la familia humana, a la historia y al universo³⁵.

Y en este mismo contexto el Santo Padre resalta el sentido de la resurrección de Cristo, a partir de la expresión paulina “al tercer día”:

No pocos exegetas ven en la expresión “resucitó al tercer día según las Escrituras” una alusión significativa a lo que se lee en el *Salmo* 16, donde el Salmista proclama: «No me entregarás a la muerte ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción» (v. 10). Este es uno de los textos del Antiguo Testamento que, en el cristianismo primitivo, se solía citar a menudo para probar el carácter mesiánico de Jesús. Dado que según la interpretación judía la corrupción comenzaba después del tercer día, las palabras de la Escritura se cumplen en Jesús, que resucita al tercer día, es decir, antes de que comience la corrupción³⁶.

Al presentar la resurrección de Cristo como una nueva creación mediante la cual Dios ha querido recrear todas las cosas, Benedicto XVI explica

³⁵ *Ibid.* Y en otro lugar también dice el Papa: «La resurrección de Cristo es un hecho acontecido en la historia, de la que los Apóstoles fueron testigos y ciertamente no creadores. Al mismo tiempo, no se trata de un simple regreso a nuestra vida terrena; al contrario, es la mayor “mutación” acontecida en la historia, el “salto” decisivo hacia una dimensión de vida profundamente nueva, el ingreso en un orden totalmente diverso, que atañe ante todo a Jesús de Nazaret, pero con él también a nosotros, a toda la familia humana, a la historia y al universo entero. Por eso la resurrección de Cristo es el centro de la predicación y del testimonio cristiano, desde el inicio y hasta el fin de los tiempos» (*Homilía*. Basílica Vaticana. Sábado Santo 15 -4- 2006).

³⁶ *Audiencia general*. Miércoles 15 -4- 2009.

que «en la mañana del primer día de la semana, Dios vuelve a decir: “Que exista la luz”»³⁷. En efecto, la luz de Cristo resucitado resurge llamándonos a una nueva existencia desde su alcance cósmico y universal, puesto que la resurrección de Cristo «fue como una explosión de luz, una explosión de amor que rompió las cadenas del pecado y de la muerte». Así lo afirma Benedicto XVI al señalar que Cristo con «su resurrección inauguró una nueva dimensión de la vida y de la realidad, de la que brota un mundo nuevo, que penetra continuamente en nuestro mundo, lo transforma y lo atrae a sí»³⁸. Y en otro lugar, afirmando que «la resurrección es un acontecimiento cósmico, que comprende cielo y tierra, y asocia el uno con la otra», nuestro autor explica que los cristianos «podemos proclamar también con el *Exultet*: “Cristo, tu hijo resucitado... brilla sereno para el linaje humano, y vive y reina glorioso por los siglos de los siglos”». Y a continuación añade que la resurrección de Cristo «es un salto cualitativo en la historia de la “evolución” y de la vida en general hacia una nueva vida futura, hacia un mundo nuevo que, partiendo de Cristo, entra ya continuamente en este mundo nuestro»³⁹.

2.3. Del Misterio pascual al sacramento del bautismo

A la luz del capítulo 15 de la primera *Carta a los Corintios*, el texto bíblico más amplio y explícito acerca de la resurrección de Jesucristo, el Papa Benedicto explica la mención que hace san Pablo al referir que Cristo murió y resucitó según las palabras de las Escrituras. En este contexto el Santo Padre afirma:

³⁷ *Homilía*. Basílica Vaticana. Sábado Santo 7 -4- 2012.

³⁸ *Discurso*. Feria de Verona. Jueves 19 -10- 2006.

³⁹ *Homilía*. Basílica Vaticana. Sábado Santo 15 -4- 2006.

Hasta ese momento la muerte de Cristo había permanecido casi como un enigma, cuyo éxito era aún incierto. En el Misterio pascual se cumplen las palabras de la Escritura, o sea, esta muerte realizada “según las Escrituras” es un acontecimiento que contiene en sí un *logos*, una lógica: la muerte de Cristo atestigua que la Palabra de Dios se hizo “carne”, “historia” humana, hasta el fondo. Cómo y por qué sucedió eso se comprende gracias a la otra añadidura que san Pablo hace: Cristo murió “por nuestros pecados”. Con estas palabras el texto paulino parece retomar la profecía de Isaías contenida en el *cuarto canto del Siervo de Dios* (cf. *Is* 53, 12). El Siervo de Dios —así dice el *canto*— «indefenso se entregó a la muerte», llevó «el pecado de muchos», e intercediendo por los “rebeldes” pudo obtener el don de la reconciliación de los hombres entre sí y de los hombres con Dios: su muerte es, por tanto, una muerte que pone fin a la muerte; el camino de la cruz lleva a la Resurrección⁴⁰.

El Misterio pascual de Jesucristo es el eje central del que brota la vida nueva y transformadora del hombre en su integridad. Por lo que a ello se refiere, resulta interesante la reflexión que hace Benedicto XVI cuando, al hablar del efecto de la resurrección de Cristo en los cristianos, exclama: «Pero, ¿cómo ocurre esto? ¿Cómo puede llegar efectivamente este acontecimiento hasta mí y atraer mi vida hacia Él y hacia lo alto?». Y a continuación responde que «en un primer momento quizás sorprendente pero completamente real, es la siguiente: dicho acontecimiento me llega mediante la fe y el bautismo»⁴¹. También en otro lugar nuestro autor explica que «la inmersión en el Misterio pascual de muerte y resurrección de Cristo acontece en el bautismo»⁴². Así

⁴⁰ *Audiencia general*. Miércoles 15 -4- 2009.

⁴¹ *Homilía*. Basílica Vaticana. Sábado Santo, 15 -4- 2006.

⁴² *Audiencia general*. Miércoles 5 -5- 2010.

pues, mediante la fe y el bautismo, el creyente, incorporado a la muerte de Cristo, es también partícipe de su victoria⁴³, aunque la perfección plena sólo la alcanzaremos en la consumación de los tiempos, cuando toda esperanza se transforme en realidad y la fe sea visión beatífica.

Por otra parte, evocando el capítulo sexto de la *Carta a los Romanos*, en cuyo texto dice san Pablo que «por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que, lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva (*Rm* 6, 4)»⁴⁴, Benedicto XVI afirma que el Hijo de Dios, descendiendo a lo más profundo de la realidad humana, ha asumido todo lo que era propiamente humano para elevarlo y restituirle al hombre el estado de gracia que por el pecado original había perdido. Y a continuación, explicando esta relación de nuestro nacimiento espiritual que se incrusta en la muerte de Cristo, dice:

Dios ha querido salvarnos yendo él mismo hasta el fondo del abismo de la muerte, con el fin de que todo hombre, incluso el que ha caído tan bajo que ya no ve el cielo, pueda encontrar la mano de Dios a la cual asirse a fin de subir desde las tinieblas y volver a ver la luz para la que ha sido creado. Todos sentimos, todos percibimos interiormente que nuestra existencia es un deseo de vida que invoca una plenitud, una salvación. Esta plenitud de vida se nos da en el bautismo⁴⁵.

El sacramento del bautismo confiere al creyente una verdadera resurrección ontológica que lo hace partícipe de la misma vida de Cristo. Por tanto,

⁴³ Cf. *Homilía*. Basílica de san Pablo Extramuros. Miércoles 25 -1- 2012.

⁴⁴ *Porta fidei* 6.

⁴⁵ *Homilía*. Capilla Sixtina. Domingo 13 -1- 2008.

«al recibir el sacramento del bautismo, todos fuimos inmersos en la muerte y resurrección del Señor, “todos hemos bebido de un solo Espíritu” (1 Co 12, 13)». De manera que, por el bautismo, «la vida de Cristo se ha convertido en nuestra vida, para que vivamos como él, para que amemos a nuestros hermanos como él nos ha amado (cf. Jn 13, 34)»⁴⁶. Así pues, por medio del bautismo «somos sumergidos en la muerte y resurrección de Cristo»⁴⁷, en orden a que esta vida nueva se reproduzca en nosotros mediante el Misterio pascual, el cual comprende «la pasión, muerte y resurrección de Cristo y su ascensión al Cielo», y alcanza su perfección «en la poderosa efusión del Espíritu Santo». En efecto, el acontecimiento de Pentecostés «fue el “bautismo” de la Iglesia, bautismo en el Espíritu Santo (cf. Hch 1, 5)»⁴⁸.

2.3.1. Catecumenado e itinerario cuaresmal

Según explica Benedicto XVI, el tiempo de Cuaresma constituye un itinerario espiritual de preparación al «Triduo pascual, memoria de la pasión, muerte y resurrección del Señor, el corazón del misterio de nuestra salvación»⁴⁹. Se trata, por tanto, de «un tiempo favorable, en el que la Iglesia invita a los cristianos a tomar una conciencia más viva de la obra redentora de Cristo y a vivir con más profundidad su bautismo»⁵⁰. En este sentido, podemos definir la Cuaresma como el tiempo que «nos ayuda a redescubrir el don de la fe recibida con el bautismo»⁵¹. Así nos lo recuerda nuestro autor cuando dice que, en la Iglesia primitiva, el itinerario cuaresmal «se consideraba el

⁴⁶ *Homilía*. Estambul, Turquía. Viernes 1 -12- 2006.

⁴⁷ *Homilía*. Basílica de san Juan de Letrán. Jueves Santo 20 -8- 2008.

⁴⁸ *Regina Caeli*. Plaza de san Pedro. Domingo 12 -6- 2011.

⁴⁹ *Audiencia general*. Miércoles 1 -3- 2006; *Audiencia general*. Sala Pablo VI. Miércoles 22 -2- 2012.

⁵⁰ *Audiencia general*. Miércoles 1 -3- 2006

⁵¹ *Ibid.*; cf. *Lectio divina*. Aula Pablo VI. Jueves 23 -2- 2012.

tiempo para llegar a ser cristianos, lo cual no se lograba en un solo momento, sino que exigía un largo camino de conversión y renovación»⁵². También hoy, en nuestros días, la Cuaresma es considerada como el tiempo litúrgico en el que la Iglesia prepara a los catecúmenos para que, en la Vigilia pascual, reciban los sacramentos de la Iniciación Cristiana. Se trata, pues, de un tiempo providencial en el que tanto los catecúmenos como los bautizados son conducidos a la celebración anual del Misterio pascual de Cristo a través de una adecuada preparación⁵³.

En su Mensaje para la Cuaresma del año 2011, el Papa Benedicto nos recordaba que «la Cuaresma nos ofrece un recorrido análogo al catecumenado, que para los cristianos de la Iglesia antigua, así como para los catecúmenos de hoy, es una escuela insustituible de fe y de vida cristiana»⁵⁴. Por tanto, durante el itinerario cuaresmal los catecúmenos que han de recibir el bautismo en la Pascua deberán ser preparados con mayor intensidad y decisión. Asimismo, quienes se habían alejado de la fe en Dios, y consecuentemente de la comunidad eclesial, encuentran también en la Cuaresma el camino apropiado para redescubrir la alegría de la fe, mientras que quienes viven en comunión con la Iglesia están llamados a ver reforzado su espíritu⁵⁵. Por lo demás, según explica nuestro autor, «el tiempo que precede a la Pascua es un tiempo de metánoia, es decir, de cambio interior, de arrepentimiento»⁵⁶ para todos los creyentes. Así pues, la Cuaresma es el tiempo propicio para vivir en conversión constante, caminando hacia Cristo y, con él, hacia Dios. A este respecto, Benedicto XVI nos advierte de la importancia de

⁵² *Audiencia general*. Miércoles de Ceniza 6 -2- 2008.

⁵³ Cf. *ibíd.*

⁵⁴ *Mensaje para la Cuaresma 2011* (Vaticano, 4 -11- 2010), 1.

⁵⁵ Cf. *Audiencia general*. Miércoles 22 -2- 2012.

⁵⁶ *Ibíd.*

la «renovación anual de nuestro bautismo» explicando, además, que durante ese tiempo los creyentes «repetimos casi nuestro catecumenado, yendo de nuevo a la profundidad de nuestra realidad de bautizados, retomando, volviendo a nuestra realidad de bautizados y así incorporados a Cristo»⁵⁷. Así también, el Papa recuerda que el sacramento del bautismo consta de dos elementos imprescindibles, esto es: “el agua” y “la palabra”. Y así, refiriéndose a esta última de estas palabras, explica que, expresada en el contexto sacramental del bautismo, se presenta en tres elementos: «Renuncias, promesas e invocaciones». Y a continuación añade:

En estas palabras está presente todo nuestro camino bautismal, tanto el pre-bautismal como el post-bautismal; por consiguiente, con estas palabras, y también con los símbolos, el bautismo se extiende a toda nuestra vida. Esta realidad de las promesas, de las renuncias y de las invocaciones es una realidad que dura toda nuestra vida, porque siempre estamos en camino bautismal, en camino catecumenal, a través de estas palabras y de la realización de estas palabras. El sacramento del bautismo no es un acto de “ahora”, sino una realidad de toda nuestra vida, es un camino de toda nuestra vida⁵⁸.

Ahora bien, ampliando el sentido de la palabra en relación con el sacramento, podemos afirmar que un elemento esencial del tiempo cuaresmal se encuentra en los textos del evangelio dominical. En efecto, Benedicto XVI explica que estos pasajes bíblicos están tomados de la «antigua tradición que acompañaba al catecúmeno en el descubrimiento del bautismo». Se trata, por tanto, de textos escogidos cuidadosamente que «son el gran anuncio de lo que Dios realiza en este sacramento, una estupenda catequesis bautismal

⁵⁷ *Lectio divina*. Aula Pablo VI. Jueves 23 -2- 2012.

⁵⁸ *Lectio divina*. Basílica de san Juan de Letrán. Lunes 11 -6- 2012.

dirigida a cada uno de nosotros»⁵⁹. Por otra parte, el Santo Padre nos recuerda que «la Iglesia, en los textos evangélicos de los domingos de Cuaresma, nos guía a un encuentro especialmente intenso con el Señor, haciéndonos recorrer las etapas del camino de la iniciación cristiana», lo cual es de gran provecho espiritual «para los catecúmenos, en la perspectiva de recibir el Sacramento del renacimiento, y para quien está bautizado, con vistas a nuevos y decisivos pasos en el seguimiento de Cristo y en la entrega más plena a él»⁶⁰. Así pues, Benedicto XVI precisa el núcleo esencial de los evangelios que se leen los domingos de Cuaresma durante el “ciclo A”, acen- tuando que por medio de estos textos «se nos introduce a vivir un itinerario bautismal, casi a volver a recorrer el camino de los catecúmenos, de quienes se preparan a recibir el bautismo, para reavivar en nosotros este don y para hacer que nuestra vida recupere las exigencias y los compromisos de este sacramento, que está en la base de nuestra vida cristiana»⁶¹.

Respecto al primer domingo de Cuaresma, nuestro autor sostiene que la Iglesia, «después de oír el testimonio de los padrinos y de los cate- quistas, celebra la elección de quienes son admitidos a los sacramentos pas- cuales»⁶². Y, a continuación, añade:

El primer domingo, llamado domingo de la Tentación, porque pre- senta las tentaciones de Jesús en el desierto, nos invita a renovar nuestra decisión definitiva por Dios y a afrontar con valentía la lucha que nos espera para permanecerle fieles⁶³.

⁵⁹ *Audiencia general*. Sala Pablo VI. Miércoles 9 -3- 2011.

⁶⁰ *Mensaje para la Cuaresma 2011* (Vaticano, 4 -11- 2010), 2.

⁶¹ *Audiencia general*. Sala Pablo VI. Miércoles 9 -3- 2011.

⁶² *Ibíd.*

⁶³ *Ibíd.*

Al referirse al segundo domingo, Benedicto XVI presenta una conexión intrínseca entre el evangelio y la primera lectura, cuando dice:

El segundo domingo se denomina de Abraham y de la Transfiguración. El bautismo es el sacramento de la fe y de la filiación divina; como Abraham, padre de los creyentes, también a nosotros se nos invita a partir, a salir de nuestra tierra, a abandonar las seguridades que nos hemos construido, para poner nuestra confianza en Dios; la meta se vislumbra en la transfiguración de Cristo, el Hijo amado, en el que nosotros nos convertimos en “hijos de Dios”⁶⁴.

En este mismo contexto, el Santo Padre explica que «en los domingos sucesivos se presenta el bautismo con las imágenes del agua, de la luz y de la vida». En efecto, en la liturgia del tercer domingo la Iglesia reflexiona sobre el relato del encuentro de Jesús con la Samaritana, y en ese mismo día «celebra el primer escrutinio de los catecúmenos y durante la semana les entrega el Símbolo: La Profesión de la fe, el Credo».

El tercer domingo nos presenta la figura de la Samaritana (cf. *Jn* 4, 5-42). Como Israel en el Éxodo, también nosotros en el bautismo hemos recibido el agua que salva; Jesús, como dice a la Samaritana, tiene agua de vida, que apaga toda sed; y esta agua es su mismo Espíritu⁶⁵.

⁶⁴ *Ibid.*

⁶⁵ *Ibid.*

En el cuarto domingo la Iglesia celebra “el segundo escrutinio”. De esta manera que se va dando un desarrollo progresivo en todo el itinerario cuaresmal y catecumenal, como señala nuestro autor al decir:

El cuarto domingo nos hace meditar en la experiencia del “ciego de nacimiento” (cf. *Jn* 9, 1-41). En el bautismo somos liberados de las tinieblas del mal y recibimos la luz de Cristo para vivir como hijos de la luz. También nosotros debemos aprender a ver la presencia de Dios en el rostro de Cristo y así la luz⁶⁶.

Respecto al quinto domingo de Cuaresma, el Santo Padre nos recuerda que ese día la Iglesia introduce a los catecúmenos en «el tercer escrutinio y durante la semana se les entrega la oración del Señor: el Padre nuestro». Aquí culmina la fase pre-bautismal, de quienes iban a ser bautizados en la Vigilia pascual. Ahora bien, estando ya tan próxima la celebración del bautismo, no es casualidad que la liturgia de este último domingo proponga el mismo evangelio que, según el evangelista san Juan, relata el último milagro que realizó Jesús antes de su pasión y muerte. Dice el Papa:

El quinto domingo nos presenta la resurrección de Lázaro (cf. *Jn* 11, 1-45). En el bautismo pasamos de la muerte a la vida y nos hicimos capaces de agradar a Dios, de hacer morir al hombre viejo para vivir del Espíritu del Resucitado⁶⁷.

Vista esta relación entre el itinerario cuaresmal y el catecumenado, conviene recordar lo que afirma Benedicto XVI cuando dice que ya desde sus orígenes «la Cuaresma tenía, y sigue teniendo, el carácter de un itinerario

⁶⁶ *Ibid.*

⁶⁷ *Ibid.*

bautismal, en el sentido de que ayuda a mantener despierta la conciencia de que ser cristianos se realiza siempre como un nuevo hacerse cristianos», puesto que ser cristiano «nunca es una historia concluida que queda a nuestras espaldas, sino un camino que exige siempre un nuevo ejercicio»⁶⁸. Por tanto, el itinerario cuaresmal ofrece una verdadera renovación a cuantos, puestos en camino de conversión, desean revivir su bautismo cada año, ya que «un nexo particular vincula al bautismo con la Cuaresma como momento favorable para experimentar la Gracia que salva»⁶⁹.

2.3.2. Vigilia pascual y bautismo

Al expresar que «el recorrido cuaresmal encuentra su cumplimiento en el Triduo pascual, en particular en la Gran Vigilia de la Noche Santa», Benedicto XVI recuerda que «al renovar las promesas bautismales, reafirmamos que Cristo es el Señor de nuestra vida, la vida que Dios nos comunicó cuando renacimos “del agua y del Espíritu Santo”, y confirmamos de nuevo nuestro firme compromiso de corresponder a la acción de la Gracia para ser sus discípulos»⁷⁰. En efecto, durante la Vigilia pascual la Iglesia relea los acontecimientos salvíficos de la intervención de Dios en la historia de la humanidad, para lo cual se nos ofrece algunos pasajes bíblicos tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. Así pues, en esa Noche Santa ocupa un lugar fundamental la Liturgia de la Palabra, y ello nos ayuda a comprender lo que celebramos, de manera que nuestra celebración sea plenamente *consciente y activa*. Por lo demás, entre las lecturas que propone la Iglesia para la liturgia de esa Noche, nuestro autor repasa en el texto en el que san Pablo, escribiendo a los romanos, les dice: “Que el pecado no siga dominando vuestro

⁶⁸ *Audiencia general*. Miércoles de Ceniza 6 -2- 2008.

⁶⁹ *Mensaje para la Cuaresma* 2011 (Vaticano, 4 -11- 2010), 1.

⁷⁰ *Ibíd.*, 2.

cuerpo mortal, ni seáis súbditos de los deseos del cuerpo. No pongáis vuestros miembros al servicio del pecado como instrumentos del mal; ofrecedos a Dios como hombres que de la muerte han vuelto a la vida, y poned a su servicio vuestros miembros, como instrumentos del bien" (*Rm* 6, 12-13). Reflexionando sobre estos versículos, Benedicto XVI comenta que «en estas palabras se contiene todo el programa de la Cuaresma según su perspectiva bautismal intrínseca»⁷¹. En efecto, el bautismo comporta un cambio integral de la persona, que realiza una *nueva creación* y por lo tanto una nueva moral.

Concluido el tiempo de la preparación llevada a cabo a lo largo de la Cuaresma, en la Vigilia pascual los catecúmenos reciben el bautismo (y si son adultos, también la confirmación y la eucaristía). Refiriéndose a esta práctica de la Iglesia, Benedicto XVI afirma que «según una antigua tradición, durante la Vigilia pascual, los catecúmenos reciben el bautismo para poner de relieve la participación de los cristianos en el misterio de la muerte y de la resurrección de Cristo»⁷². Y en otro lugar el Santo Padre retoma esta misma idea, añadiendo, además, que «en este Sacramento se realiza el gran misterio por el cual el hombre muere al pecado, participa de la vida nueva en Jesucristo resucitado y recibe el mismo Espíritu de Dios que resucitó a Jesús de entre los muertos (cf. *Rm* 8, 11)»⁷³. Así pues, «el bautismo es parte de la Vigilia pascual», puesto que el creyente «mediante el bautismo en la muerte y resurrección de Cristo, participa en la victoria de Aquel que antes que todos venció a la muerte»⁷⁴. En suma, son muy precisas las palabras de nuestro autor cuando señala que, mediante el bautismo, la Pascua de Cristo «llega

⁷¹ *Homilía*. Basílica de santa Sabina. Miércoles de Ceniza 25 -2- 2009.

⁷² *Audiencia general*. Miércoles 19 -3- 2008.

⁷³ *Mensaje para la Cuaresma* 2011 (Vaticano, 4 -11- 2010), 1; *Audiencia general*. Miércoles 9 -3- 2011.

⁷⁴ *Homilía*. Basílica de san Pablo Extramuros. Miércoles 25 -1- 2012.

hasta mí, tomándome para atraerme»⁷⁵ y, así, revestirme del hombre nuevo que se regenera mediante la unión mística con Cristo Jesús.

⁷⁵ *Homilía*. Basílica Vaticana. Sábado Santo 15 -4- 2006.

II. UNIDAD ENTRE FE Y BAUTISMO

1. Unidad de la fe

Tras haber presentado en el primer capítulo la relación y la diferencia entre el bautismo de Juan y el bautismo cristiano, en este segundo capítulo abordaremos la unidad entre fe y bautismo, desde una doble dimensión: “unidad de la fe” y “fe y bautismo”. Conforme hemos precisado en la introducción, nos limitaremos a estudiar las enseñanzas del magisterio de Benedicto XVI. Por lo tanto, no serán objeto de nuestro estudio ni sus libros sobre Jesús de Nazaret, puesto que el mismo autor señala que su contenido no es magisterio sino un aporte de su investigación teológica (cf. *Prólogo*), ni la *Carta encíclica Lumen fidei*, puesto que, si bien es cierto que en gran parte fue escrita por el Papa Benedicto, pensada y contextualizada en el Año Santo de la Fe, su forma final y su firma son del Papa Francisco. Asimismo, tampoco abordaremos la relación o nexo entre fe y razón, puesto que nos parece que dicho tema puede ser materia de una Tesina o una Tesis en particular. Hechas estas aclaraciones damos inicio al desarrollo de este capítulo.

Durante su pontificado, Benedicto XVI expresó en reiteradas ocasiones la importancia de que cada uno de los bautizados revitalice su fe a través de un verdadero «encuentro con Cristo, Persona viva que da a la vida un nuevo horizonte y así la dirección decisiva»⁷⁶. En este sentido, hemos de precisar que la fe, aunque es una, consta de dos partes, como afirma nuestro autor cuando dice que «la fe tiene un contenido y no es suficiente, no es un elemento de unificación si no hay y no se vive y confiesa este contenido de la única fe»⁷⁷. En efecto, «la fe no es sólo un acto personal de confianza, sino

⁷⁶ *Discurso*. Explanada de Melnik en Stará Boleslavo, República Checa. Lunes 28 -9- 2009.

⁷⁷ *Lectio divina*. Aula Pablo VI. Jueves 23 -2- 2012.

también un acto que tiene un contenido. La *fides qua* exige la *fides quae*, el contenido de la fe». Ahora bien, a la luz de esta afirmación, Benedicto XVI sostiene que «el bautismo expresa este contenido», puesto que «la fórmula trinitaria es el elemento sustancial del credo de los cristianos»⁷⁸. Asimismo, evocando lo que san Pablo dice en la *Carta a los Romanos* respecto a este doble movimiento de la fe, el Santo Padre explica:

Existe una unidad profunda entre el acto con el que se cree y los contenidos a los que prestamos nuestro asentimiento. El apóstol Pablo nos ayuda a entrar dentro de esta realidad cuando escribe: «con el corazón se cree y con los labios se profesa» (cf. *Rm* 10, 10). El corazón indica que el primer acto con el que se llega a la fe es don de Dios y acción de la gracia que actúa y transforma a la persona hasta en lo más íntimo. Profesar con la boca indica, a su vez, que la fe implica un testimonio y un compromiso público. El cristiano no puede pensar nunca que creer es un hecho privado. La fe es decidirse a estar con el Señor para vivir con él. Y este «estar con él» nos lleva a comprender las razones por las que se cree. La fe, precisamente porque es un acto de la libertad, exige también la responsabilidad social de lo que se cree⁷⁹.

A la luz de esta afirmación, podemos comprender el valor imprescindible de la unidad entre lo que creemos y lo que profesamos para que nuestra fe sea sólida, firme y creíble. En efecto, así lo explica Benedicto XVI cuando dice que «el conocimiento de los contenidos de la fe es esencial para dar el propio *asentimiento*, es decir, para adherirse plenamente con la inteligencia

⁷⁸ *Ibid.*; cf. *Audiencia general*. Miércoles 17 -10- 2012.

⁷⁹ *Porta fidei* 10.

y la voluntad a lo que propone la Iglesia», ya que «el conocimiento de la fe introduce en la totalidad del misterio salvífico revelado por Dios». Así pues, todo creyente ha de saber que «el asentimiento que se presta implica [...] que, cuando se cree, se acepta libremente todo el misterio de la fe»⁸⁰.

1.1. Los contenidos de la fe

Al explicar los contenidos de la fe, Benedicto XVI evoca el ejemplo de los primeros cristianos, quienes, convencidos de que el Resucitado era el Hijo de Dios, no dudaron en aplicarle los mismos atributos divinos. En efecto, al comentar que en los escritos neo-testamentarios los cristianos se dirigen a Jesús con el apelativo de «Señor» para resaltar su divinidad, nuestro autor sostiene que «Señor es el título atribuido a Dios en el Antiguo Testamento, título que en la lectura de la Biblia tomaba el lugar de su nombre impronunciable». Y al mismo tiempo explica que «el Credo de la Iglesia no es sino el desarrollo de lo que se dice con esta sencilla afirmación: “Jesús es Señor”». Y añade, además, que «la expresión “Jesús es Señor” se puede leer en los dos sentidos»; esto es, que «por un lado significa que “Jesús es Dios”, y al mismo tiempo que “Dios es Jesús”». Se trata, por tanto, de un principio básico e inherente de la fe cristiana, que se recibe no por razonamientos lógicos y humanos, sino como un don gratuito de Dios. Esto es lo que afirma nuestro autor cuando dice que «el Espíritu Santo ilumina esta reciprocidad: Jesús tiene dignidad divina, y Dios tiene el rostro humano de Jesús». Por tanto, «Dios se muestra en Jesús, y con ello nos da la verdad sobre nosotros mismos»⁸¹. En este mismo sentido, nuestro autor resalta que «nosotros podemos creer en Dios porque Él se acerca a nosotros y nos toca, porque el Espíritu

⁸⁰ Cf. *ibíd.*

⁸¹ *Homilía*. Basílica Vaticana. Domingo 12 -6- 2011.

Santo, don del Resucitado, nos hace capaces de acoger al Dios viviente», de manera que «la fe es ante todo un don sobrenatural, un don de Dios»⁸².

El punto de partida de nuestra fe es el Misterio pascual de Jesucristo. De él nacen la Iglesia, los sacramentos y toda la vida cristiana. En efecto, «existe una cadena ininterrumpida de vida de la Iglesia, de anuncio de la Palabra de Dios, de celebración de los sacramentos, que llega hasta nosotros y que llamamos Tradición», la cual «nos da la garantía de que aquello en lo que creemos es el mensaje originario de Cristo, predicado por los Apóstoles»⁸³. Así pues, al referirse a la formulación de los contenidos de la fe, nuestro autor pone de relieve la importancia de la Tradición, al afirmar que «la Iglesia antigua resumió el núcleo esencial de la enseñanza de los Apóstoles en la llamada *Regula fidei*, que, substancialmente, es idéntica a las profesiones de fe»⁸⁴. Esta misma idea la desarrolla el Santo Padre cuando, en una Audiencia general, explica que ya «desde los inicios se planteó el problema de la “regla de la fe”, o sea, de la fidelidad de los creyentes a la verdad del Evangelio, en la que permanecer firmes; a la verdad salvífica sobre Dios y sobre el hombre que hay que custodiar y transmitir». Y en ese sentido, refiriéndose a la fe que la Iglesia ha recibido fielmente de la tradición apostólica, el Santo Padre afirma:

Pero ¿dónde hallamos la fórmula esencial de la fe? ¿Dónde encontramos las verdades que nos han sido fielmente transmitidas y que constituyen la luz para nuestra vida cotidiana? La respuesta es sencilla: en el Credo, en la Profesión de fe o Símbolo de la fe nos enlazamos al acontecimiento originario de la Persona y de la historia de

⁸² *Audiencia general*. Miércoles 24 -10- 2012.

⁸³ *Audiencia general*. Miércoles 31 -10- 2012.

⁸⁴ *Homilía*. Basílica Vaticana. Sábado 5 -2- 2011.

Jesús de Nazaret; se hace concreto lo que el Apóstol de los gentiles decía a los cristianos de Corinto: «Os transmití en primer lugar lo que también yo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras; y que fue sepultado y que resucitó al tercer día» (1 Co 15, 3-4)⁸⁵.

En este mismo contexto, nuestro autor explica cuán importante es que los cristianos tengan un mayor conocimiento de la fe cristiana, al decir:

También hoy necesitamos que el Credo sea mejor conocido, comprendido y orado. Sobre todo es importante que el Credo sea, por así decirlo, «reconocido». Conocer, de hecho, podría ser una operación solamente intelectual, mientras que «reconocer» quiere significar la necesidad de descubrir el vínculo profundo entre las verdades que profesamos en el Credo y nuestra existencia cotidiana a fin de que estas verdades sean verdadera y concretamente —como siempre lo han sido— luz para los pasos de nuestro vivir, agua que rocía las sequedades de nuestro camino, vida que vence ciertos desiertos de la vida contemporánea. En el Credo se injerta la vida moral del cristiano, que en él encuentra su fundamento y su justificación⁸⁶.

Benedicto XVI no sólo nos exhorta a conocer mejor los contenidos de la fe, sino que, profundizando en ellos, los explica con toda claridad, como veremos a continuación. En efecto, la única fe apostólica es la misma fe eclesial y personal de cada cristiano, la cual nunca, sin embargo, ha de considerarse como una fe individual o subjetiva.

⁸⁵ *Audiencia general*. Miércoles 17 -10- 2012.

⁸⁶ *Ibíd.*

1.1.1. El Credo, síntesis de la fe de la Iglesia

Desde el primer momento de su existencia, la Iglesia acogió el mandato misionero de Jesús, el Hijo de Dios, como lo explica Benedicto XVI cuando afirma que «en la Profesión de fe, el Credo, se define a Jesús con diversos apelativos: “Señor,... Cristo, unigénito Hijo de Dios... Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero... de la misma sustancia del Padre”»⁸⁷. Se trata, pues, de los apelativos cristológicos con que nos dirigimos a Jesús al recitar el Credo apologético surgido en los concilios de Nicea y Constantinopla. Con respecto a estos atributos, Benedicto XVI precisa que «el primer sujeto de esta frase es, por lo tanto, el Padre que, con el Hijo y el Espíritu Santo, es el único Dios»⁸⁸. Así pues, con esta afirmación, que se enmarca en la misma línea de la tradición de la Iglesia, el Papa resalta que Dios-Padre es el *Principio Fontal* del Hijo, lo cual, sin embargo, no resquebraja en modo alguno la unidad indivisible de la Santísima Trinidad.

Por otra parte, también en una de sus homilias pronunciadas durante el segundo viaje a su Alemania natal, Benedicto XVI sostuvo que la fe de los cristianos no se reduce a un simple conocimiento intelectual, sino que se trata de algo razonable basado en hechos y acontecimientos históricos, puesto que cuando «los cristianos decimos: “Creo en Dios Padre, Creador del cielo y de la tierra”, creo en el Espíritu Creador. Creemos que en el origen está el Verbo eterno, la Razón y no la Irracionalidad». Y asimismo, el Papa afirmaba que «con esta fe no tenemos necesidad de escondernos»; es decir: «No debemos tener miedo de encontrarnos con ella en un callejón sin salida». Y añadía además que, por el contrario, «nos alegra poder conocer a Dios. Y tratamos de hacer ver también a los demás la racionalidad de la fe, como san Pedro

⁸⁷ *Audiencia general*. Miércoles 2 -1- 2013.

⁸⁸ *Ibíd.*

exhortaba explícitamente, en su primera carta (cf. 1 P 3, 15), a los cristianos de su tiempo, y también a nosotros»⁸⁹.

Como hemos explicado más arriba, la fe de la Iglesia se identifica con el Símbolo de la fe apostólica. En efecto, al explicar la conformación del Credo, «síntesis de nuestra fe», el Santo Padre sostiene que «la Iglesia, por su parte, nos ofrece una pequeña “Suma”, en la cual se expresa todo lo esencial: es el así llamado “Credo de los Apóstoles”», y añade que éste «se divide normalmente en doce artículos, como el número de los Apóstoles, y habla de Dios, creador y principio de todas las cosas; de Cristo y de su obra de la salvación, hasta la resurrección de los muertos y la vida eterna». No obstante esta comprensión tan detallada y pedagógica, nuestro autor precisa que «en su concepción de fondo, el Credo sólo se compone de tres partes principales y, según su historia, no es sino una amplificación de la fórmula bautismal, que el Señor resucitado entregó a los discípulos para todos los tiempos cuando les dijo: “Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (Mt 28, 19)»⁹⁰. A continuación, nuestro autor explica estas tres partes principales del Credo. Y dice:

Creemos en Dios. Lo afirman las partes principales del Credo y lo subraya sobre todo su primera parte. Pero ahora surge inmediatamente la segunda pregunta: ¿en qué Dios? Pues bien, creemos precisamente en el Dios que es Espíritu Creador, Razón creadora, del que proviene todo y del que provenimos también nosotros⁹¹.

⁸⁹ *Homilía*. Ratisbona, Alemania. Martes 12 -9- 2006.

⁹⁰ *Ibid.*

⁹¹ *Ibid.* Y en la Audiencia general del miércoles 30 de enero de 2013, Benedicto XVI decía: «Cuando decimos “Creo en Dios Padre todopoderoso”, expresamos nuestra fe en el poder del amor de Dios que en su Hijo muerto y resucitado derrota el odio, el mal, el pecado y nos abre a

Al referirse a la segunda parte, el Santo Padre opone la divinidad del Verbo encarnado a las religiones e ideologías, antiguas y modernas, que relativizan o niegan la autoridad divina revelada en el Verbo hecho hombre.

La segunda parte del Credo nos dice algo más. Esta Razón creadora es Bondad. Es Amor. Tiene un rostro. Dios no nos deja andar a tientas en la oscuridad. Se ha manifestado como hombre. Es tan grande que se puede permitir hacerse muy pequeño. «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre», dice Jesús (*Jn* 14, 9). Dios ha asumido un rostro humano. Nos ama hasta el punto de dejarse clavar por nosotros en la cruz, para llevar los sufrimientos de la humanidad hasta el corazón de Dios. Hoy, que conocemos las patologías y las enfermedades mortales de la religión y de la razón, las destrucciones de la imagen de Dios a causa del odio y del fanatismo, es importante decir con claridad en qué Dios creemos y profesar con convicción este rostro humano de Dios. Sólo esto nos impide tener miedo a Dios, un sentimiento que en definitiva es la raíz del ateísmo moderno. Sólo este Dios nos salva del miedo del mundo y de la ansiedad ante el vacío de la propia vida. Sólo mirando a Jesucristo, nuestro gozo en Dios alcanza su plenitud, se hace gozo redimido⁹².

Inmediatamente nuestro autor explica que «la segunda parte del Credo concluye con la perspectiva del Juicio final y la tercera parte con la de

la vida eterna, la de los hijos que desean estar para siempre en la “Casa del Padre”. Decir “Creo en Dios Padre todopoderoso”, en su poder, en su modo de ser Padre, es siempre un acto de fe, de conversión, de transformación de nuestro pensamiento, de todo nuestro afecto, de todo nuestro modo de vivir».

⁹² *Homilía*. Ratisbona, Alemania. Martes 12 -9- 2006.

la resurrección de los muertos». Y, a continuación, evocando el término «juicio», Benedicto XVI añade:

¿Se nos quiere infundir de nuevo el miedo con esta palabra? Pero, ¿acaso no deseamos todos que un día se haga justicia a todos los condenados injustamente, a cuantos han sufrido a lo largo de la vida y han muerto después de una vida llena de dolor? ¿Acaso no queremos todos que el exceso de injusticia y sufrimiento, que vemos en la historia, al final desaparezca; que todos en definitiva puedan gozar, que todo cobre sentido?⁹³

Con estas expresiones de confianza en la justicia divina, Benedicto XVI resalta la integridad de la fe cristiana. Y en otro lugar también sostiene que «la fe en Dios Padre pide creer en el Hijo, bajo la acción del Espíritu, reconociendo en la Cruz que salva el desvelamiento definitivo del amor divino»⁹⁴. En efecto, en esta confesión trinitaria se sintetiza la fe de la Iglesia, tal y como la hemos recibido y profesamos comunitariamente cada domingo en la asamblea litúrgica⁹⁵.

1.1.2. Significado de la palabra “Creo”

Al expresar su agradecimiento por el concierto ofrecido en su honor, con motivo del sexto aniversario de su pontificado, el Santo Padre versó su discurso sobre el símbolo de la fe, explicando el valor semántico de las dos palabras con las que se comienza y se termina el Credo: «Creo» y «Amén». Respecto a la palabra inicial, el Santo Padre decía:

⁹³ *Ibíd.*

⁹⁴ *Audiencia general*. Miércoles 30 -1- 2013.

⁹⁵ Cf. *Audiencia general*. Miércoles 31 -10- 2012.

Es una palabra que tiene varios significados: Indica acoger algo entre las propias convicciones, fiarse de alguien para confiar, estar seguro... Pero cuando la decimos en el “Credo”, asume un significado más profundo: es afirmar con confianza el sentido verdadero de la realidad que nos sostiene, que sostiene el mundo; significa acoger este sentido como sólido fundamento sobre el que podemos estar sin temor; es saber que el fundamento de todo, de nosotros mismos, no puede ser hecho por nosotros, sino que tan solo puede ser recibido. Y la fe cristiana no dice “Yo creo en una cosa”, sino “yo creo en Alguien”, en el Dios que se ha revelado en Jesucristo, en Él percibo el verdadero sentido del mundo; y este creer asume toda la persona, que está en camino hacia Él⁹⁶.

A diferencia de las diversas religiones, el cristianismo es un acontecimiento que se fundamenta en un hecho histórico: Dios se hizo hombre, y, entrando en el tiempo, nos hace partícipes de la eternidad; asumiendo nuestra humanidad, nos comunica su divinidad. En efecto, esto es lo que nos confiere el sacramento del bautismo. Por tanto, cuando en el Rito bautismal decimos «Creo», a las respectivas preguntas con que nos interpela el ministro,

⁹⁶ *Discurso*. Aula Pablo VI. Jueves 5-5-2011. Ya casi al término de su pontificado, en una de sus Audiencias generales, Benedicto XVI, refiriéndose a la palabra creo, decía: «Es una afirmación fundamental, aparentemente sencilla en su esencialidad, pero que abre al mundo infinito de la relación con el Señor y con su misterio. Creer en Dios implica adhesión a Él, acogida de su Palabra y obediencia gozosa a su revelación. Como enseña el *Catecismo de la Iglesia católica*, “la fe es un acto personal: la respuesta libre del hombre a la iniciativa de Dios que se revela” (n. 166). Poder decir que creo en Dios es, por lo tanto, a la vez un don —Dios se revela, viene a nuestro encuentro— y un compromiso, es gracia divina y responsabilidad humana, en una experiencia de diálogo con Dios que, por amor, “habla a los hombres como amigos” (*Dei Verbum* 2), nos habla a fin de que, en la fe y con la fe, podamos entrar en comunión con Él» (*Audiencia general*. Miércoles 23 -1- 2013).

nuestro autor sostiene que respondemos en singular porque «es mi existencia personal la que debe dar un giro con el don de la fe, es mi existencia la que debe cambiar, convertirse». Y añade que «decir “creo en Dios” significa fundar mi vida en Él, dejar que su Palabra la oriente cada día en las opciones concretas, sin miedo de perder algo de mí mismo»⁹⁷.

Respecto a la palabra «amén», el Santo Padre afirma que en hebreo esta expresión tiene la misma raíz que la palabra «fe», y añade que «el que confía se apoya sobre un fundamento sólido, Dios»⁹⁸. Por lo tanto, con las palabras «creo» y «amén» expresamos esencialmente lo mismo, es decir: nos adherimos con firmeza al don que se nos ha revelado. También en otro contexto, Benedicto XVI retoma el sentido de esta palabra afirmando que, quien ha experimentado el consuelo en medio de las «dificultades, incomprendimientos y sufrimientos», responde a Dios con la palabra «amén», puesto que «en el “sí” fiel de Dios se injerta el “amén” de la Iglesia que resuena en todas las acciones de la liturgia». Y añade al mismo tiempo que «“amén” es la respuesta de la fe con la que concluye siempre nuestra oración personal y comunitaria, y que expresa nuestro “sí” a la iniciativa de Dios». Asimismo, yendo a la raíz etimológica del término, el Santo Padre explica:

A menudo respondemos de forma rutinaria con nuestro «amén» en la oración, sin fijarnos en su significado profundo. Este término deriva de *'aman* que en hebreo y en arameo significa «hacer estable», «consolidar» y, en consecuencia, «estar seguro», «decir la verdad». Si miramos la Sagrada Escritura, vemos que este «amén» se dice al final de los Salmos de bendición y de alabanza, como por ejemplo en el *Salmo 41*: «A mí, en cambio, me conservas la salud, me mantienes

⁹⁷ *Audiencia general*. Miércoles 23 -1- 2013.

⁹⁸ *Discurso*. Aula Pablo VI. Jueves 5 -5- 2011.

siempre en tu presencia. Bendito el Señor, Dios de Israel, desde siempre y por siempre. Amén, amén» (vv. 13-14). O expresa adhesión a Dios, en el momento en que el pueblo de Israel regresa lleno de alegría del destierro de Babilonia y dice su «sí», su «amén» a Dios y a su Ley. En el Libro de Nehemías se narra que, después de este regreso, «Esdras abrió el libro (de la Ley) en presencia de todo el pueblo, de modo que toda la multitud podía verlo; al abrirlo, el pueblo entero se puso de pie. Esdras bendijo al Señor, el Dios grande, y todo el pueblo respondió con las manos levantadas: “Amén, amén”» (*Ne* 8, 5-6)⁹⁹.

Con esta explicación tan elocuente, nuestro autor expresa la profundidad semántica del término «amén», dejando claro que no consiste simplemente en una fórmula litúrgica con la que debemos terminar nuestras oraciones, ya que se trata, fundamentalmente, de una expresión con la que prestamos nuestro asentimiento a Dios, aceptando su voluntad sobre nosotros.

1.2. El acto de fe

El segundo elemento de la fe es el acto por el cual el creyente presta su asentimiento. Se trata, en efecto, de «un acto eminentemente personal que sucede en lo íntimo más profundo y que marca un cambio de dirección, una conversión personal». Así lo afirma Benedicto XVI cuando dice que mediante el acto de fe «es mi existencia la que da un vuelco, la que recibe una orientación nueva»¹⁰⁰. Sin embargo, el hecho de que sea un acto personal no significa que dependa exclusivamente de la voluntad humana, puesto que, como también explica nuestro autor, «para dar esta respuesta de la fe es

⁹⁹ *Audiencia general*. Miércoles 30 -5- 2012.

¹⁰⁰ *Audiencia general*. Miércoles 31 -10- 2012.

necesaria la gracia de Dios, que se adelanta y nos ayuda, junto con el auxilio interior del Espíritu Santo, que mueve el corazón, lo dirige a Dios, abre los ojos del espíritu y concede “a todos gusto en aceptar y creer la verdad” (*Dei Verbum*, 5)»¹⁰¹. En este sentido, son muy iluminadoras las palabras del Papa cuando, armonizando Sagrada Escritura, Tradición y Magisterio, explica qué cosa es el acto de fe. Dice el Papa:

Es la respuesta del hombre a la Revelación de Dios, que se da a conocer, que manifiesta su designio de benevolencia; es, por usar una expresión agustiniana, dejarse aferrar por la Verdad que es Dios, una Verdad que es Amor. Por ello san Pablo subraya cómo a Dios, que ha revelado su misterio, se debe «la obediencia de la fe» (*Rm* 16, 26; cf. 1, 5; *2 Co* 10, 5-6), la actitud con la cual «el hombre se entrega entera y libremente a Dios, le ofrece el homenaje total de su entendimiento y voluntad, asintiendo libremente a lo que Dios revela» (*Dei verbum*, 5)¹⁰².

En este mismo contexto, nuestro autor afirma que el acto de «fe es un “cambio de mentalidad”, porque el Dios que se ha revelado en Cristo y ha dado a conocer su designio de amor, nos aferra, nos atrae a Sí, se convierte en el sentido que sostiene la vida, la roca sobre la que la vida puede encontrar estabilidad». Ahora bien, tan pronto Dios revela su designio salvador, el hombre ha de mostrar su total adhesión, su actitud confiada. En efecto, Benedicto

¹⁰¹ *Audiencia general*. Miércoles 24 -10- 2012. Por otra parte, refiriéndose al texto en el que san Pablo afirma que «nadie puede decir “Jesús es Señor” sino con el Espíritu Santo (*1 Cor* 12, 3)», Benedicto XVI resalta la importancia del acto de fe como inspiración de la gracia, explicando que el Apóstol declara así que «ésta es la confesión fundamental de la Iglesia, guiada por el Espíritu Santo» (*Discurso de Inauguración de los trabajos de la Asamblea Diocesana de Roma*. Lunes 11 -6- 2007).

¹⁰² *Audiencia general*. Miércoles 5 -12- 2012.

XVI señala que «en el Antiguo Testamento encontramos una densa expresión sobre la fe, que Dios confía al profeta Isaías a fin de que la comunique al rey de Judá, Acaz». Y al citar el versículo en el cual se lee que «Dios afirma: “Si no creéis —es decir, si no os mantenéis fieles a Dios— no subsistiréis” (Is 7, 9b)», el Santo Padre sostiene que existe «un vínculo entre *estar* y *comprender* que expresa bien cómo la fe es acoger en la vida la visión de Dios sobre la realidad», lo cual consiste en «dejar que sea Dios quien nos guíe con su Palabra y los Sacramentos para entender qué debemos hacer, cuál es el camino que debemos recorrer, cómo vivir»¹⁰³.

En consecuencia, el acto de fe, que surge de «un contacto con el misterio de Dios»¹⁰⁴, afecta a toda la persona en su integridad, todo su ser, como lo explica el Santo Padre cuando dice:

Tener fe en el Señor no es un hecho que interesa sólo a nuestra inteligencia, el área del saber intelectual, sino que es un cambio que involucra la vida, la totalidad de nosotros mismos: sentimiento, corazón, inteligencia, voluntad, corporeidad, emociones, relaciones humanas. Con la fe cambia verdaderamente todo en nosotros y para nosotros, y se revela con claridad nuestro destino futuro, la verdad de nuestra vocación en la historia, el sentido de la vida, el gusto de ser peregrinos hacia la Patria celestial¹⁰⁵.

Hemos de afirmar, por tanto, que «la fe es don de Dios, pero es también acto profundamente libre y humano»¹⁰⁶, una respuesta de obediencia

¹⁰³ *Ibíd.*

¹⁰⁴ *Discurso*. Czestochowa, Polonia. Viernes 26 -5- 2006.

¹⁰⁵ *Audiencia general*. Miércoles 17 -10- 2012.

¹⁰⁶ *Audiencia general*. Miércoles 24 -10- 2012.

filial. A este tenor, siguiendo fielmente las enseñanzas bíblicas así como la doctrina de la Iglesia, el Papa alude a la fe paradigmática del patriarca Abrahán y de la Virgen María precisando que «creer es fiarse con toda libertad y con alegría del proyecto providencial de Dios sobre la historia, como hizo el patriarca Abrahán, como hizo María de Nazaret». A la luz de estas dos grandes figuras, modelos preclaros de fidelidad a la palabra escuchada, el Papa reitera que el acto de «fe es un asentimiento con el que nuestra mente y nuestro corazón dicen su “sí” a Dios, confesando que Jesús es el Señor. Y este “sí” transforma la vida, le abre el camino hacia una plenitud de significado, la hace nueva, rica de alegría y de esperanza fiable»¹⁰⁷.

1.2.1. Abrahán, el creyente

No podemos hablar de la fe sin remitirnos al patriarca Abrahán. De hecho, en reiteradas ocasiones Benedicto XVI ha resaltado la confianza que este patriarca depositó en la palabra de Dios, y por cuya fidelidad se le conoce como *padre de la fe*. Por lo demás, Abrahán no es simplemente una figura literaria o un personaje del pasado, cuyas virtudes podemos admirar y elogiar. Su misma persona es una palabra viva que aún tiene mucho que enseñarnos. De ello hace eco nuestro autor cuando dice que «Abrahán, el creyente, nos enseña la fe; y, como extranjero en la tierra, nos indica la verdadera patria»¹⁰⁸. Así pues, por su actitud reverente ante la llamada de Dios, Abrahán se convirtió en un referente universal para todos los que, siendo llamados por Dios, caminan con perseverancia y fidelidad. Abrahán es el prototipo de todo creyente que, guiado por la palabra de Dios, camina en la fe sin vacilar.

¹⁰⁷ *Ibíd.*

¹⁰⁸ *Audiencia general*. Miércoles 23 -1- 2013.

Por otra parte, sin embargo, nuestro autor también nos recuerda que, en su camino de fe y mientras aguardaba la promesa del Señor, Abrahán tuvo que afrontar algunas dificultades.

La fe lleva a Abrahán a recorrer un camino paradójico. Él será bendecido, pero sin los signos visibles de la bendición: recibe la promesa de llegar a ser un gran pueblo, pero con una vida marcada por la esterilidad de su esposa, Sara; se le conduce a una nueva patria, pero deberá vivir allí como extranjero; y la única posesión de la tierra que se le consentirá será el de un trozo de terreno para sepultar allí a Sara (cf. *Gn* 23, 1-20). Abrahán recibe la bendición porque, en la fe, sabe discernir la bendición divina yendo más allá de las apariencias, confiando en la presencia de Dios incluso cuando sus caminos se presentan misteriosos¹⁰⁹.

Convencido de la veracidad de Dios, Abrahán se mantiene firme en las promesas y, por su fe, recibe lo que durante toda su vida había anhelado: el hijo que Dios le había prometido y que era signo tangible de su felicidad. Sin embargo, la historia continúa y nuevamente Dios volverá a purificar la fe de Abrahán pidiéndole, esta vez, algo humanamente irracional: el sacrificio de su propio hijo Isaac, el hijo de la promesa. Al explicar este episodio, Benedicto XVI subraya que «el camino de fe de Abrahán comprende el momento de alegría por el don del hijo Isaac, pero también el momento de la oscuridad, cuando debe subir al monte Moria para realizar un gesto paradójico: Dios le

¹⁰⁹ *Ibíd.*

pide que sacrifique el hijo que le había dado». Sin embargo, «la plena confianza de Abrahán en el Dios fiel a las promesas no disminuye incluso cuando su palabra es misteriosa y difícil, casi imposible, de acoger»¹¹⁰.

Por lo demás, al referirse al capítulo 11 de la *Carta a los Hebreos*, en cuyo texto «se habla de la fe y se ponen de relieve las grandes figuras bíblicas que la han vivido, convirtiéndose en modelo para todos los creyentes», el Papa Benedicto explica la profundidad de la fe, afirmando que «el corazón del creyente puede esperar más allá de toda esperanza, precisamente como Abrahán, de quien Pablo dice en la *Carta a los Romanos* que “creyó contra toda esperanza” (4, 18)»¹¹¹. Así pues, tras estos testimonios narrados en las Sagradas Escrituras, nuestro autor sostiene que, entre todos los personajes veterotestamentarios, el patriarca Abrahán «es la primera gran figura de referencia para hablar de fe en Dios». Por tanto, con razón se le llama el padre de la fe, un verdadero «modelo ejemplar, padre de todos los creyentes (cf. *Rm* 4, 11-12)»¹¹².

1.2.2. La Virgen María, madre y modelo de fe

En el mismo contexto en el que Benedicto XVI reflexiona sobre la fe de Abrahán, se refiere también a la Virgen María explicando la relación entre ambas figuras bíblicas en las que Dios realizó obras grandes e inauditas. En efecto, el Santo Padre subraya que así como Abrahán se fío de la voz de Dios y se puso en camino hacia un lugar desconocido, de la misma manera «María se abandona con plena confianza en la palabra que le anuncia el mensajero

¹¹⁰ *Audiencia general*. Miércoles 19 -12- 2012.

¹¹¹ *Audiencia general*. Miércoles 23 -1- 2013.

¹¹² *Ibíd.*

de Dios y se convierte en modelo y madre de todos los creyentes»¹¹³. Ella es la mujer de la entrega total de sí misma, la madre abnegada. María es la mujer agraciada que «con fe consintió que la obra de Dios se cumpliera en ella. Pronunciando su “fiat”, su “sí”, recibió el don de una caridad inmensa, que la impulsó a entregarse enteramente a Dios»¹¹⁴. Acogiendo las palabras del ángel, la Virgen renuncia a su propia voluntad para vivir en la voluntad de Dios, y asume una aptitud de obediencia total a la voluntad del Creador, aceptando el designio de convertirse en Morada de Dios¹¹⁵, con todas sus consecuencias. Y en este sentido, el Santo Padre explica que en el símbolo de la fe nos referimos a la Virgen María porque por su medio se realizó el «ingreso de Dios en la historia de la humanidad», en cuyo misterio actúan las tres personas divinas: «ex Maria Virgine»¹¹⁶.

Ahora bien, explicando que todo lo que decimos de la Virgen María al recitar el Credo es lo mismo que está contenido en el evangelio de san Lucas, Benedicto XVI subraya que cuando «profesamos en el Credo: “Por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen”, afirmamos que el Espíritu Santo, como fuerza del Dios Altísimo, ha obrado de modo misterioso en la Virgen María la concepción del Hijo de Dios», de modo que «el evangelista Lucas retoma las palabras del arcángel Gabriel: “El Espíritu vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra” (1, 35)»¹¹⁷. Sin embargo, la fe de la Virgen no se manifiesta tan sólo en el momento de la concepción, al aceptar el anuncio del Ángel, sino que, «el “sí” de María a la voluntad de Dios, en la obediencia de la fe, se repite a lo largo de toda su vida, hasta el

¹¹³ *Audiencia general*. Miércoles 19 -12- 2012.

¹¹⁴ *Mensaje para la XXVI Jornada Mundial de la Juventud 2011* (Vaticano, 6 -8- 2010), 6.

¹¹⁵ Cf. *Audiencia general*. Miércoles 2 -1- 2013.

¹¹⁶ *Ibíd.*

¹¹⁷ *Ibíd.*

momento más difícil, el de la Cruz»¹¹⁸. En efecto, la Virgen María vive la alegría de su fe en el misterio de la encarnación, pero también tendrá que sufrir en la fe «a través de la oscuridad de la crucifixión del Hijo para poder llegar a la luz de la Resurrección»¹¹⁹. En consecuencia, a diferencia de Abrahán, que no llegó a sacrificar a su hijo, sino que lo recobró con vida... María, en cambio, sostenida por su fe, sí beberá el trago amargo del dolor, viendo a su Hijo amado sufrir y morir como un infame. No obstante, también, en la fe, lo contemplará glorioso y resucitado de entre los muertos.

Por otra parte, Benedicto XVI presenta una clara analogía entre María y la Iglesia, explicando que «la Iglesia, al igual que María, es mediadora de la bendición de Dios para el mundo: la recibe acogiendo a Jesús y la transmite llevando a Jesús»¹²⁰. Así, pues, en armonía con la doctrina de la Iglesia, nuestro autor sostiene que «María es madre y modelo de la Iglesia, que acoge en la fe la Palabra divina y se ofrece a Dios como “tierra fecunda” en la que él puede seguir cumpliendo su misterio de salvación». En efecto, «la Iglesia vive de modo particular esta maternidad en el sacramento del bautismo, cuando engendra hijos de Dios por el agua y el Espíritu Santo, el cual exclama en cada uno de ellos: “Abbà, Padre” (*Ga* 4,6)»¹²¹.

El papel de la Virgen María en la Iglesia es de capital importancia, ya que, al contemplarla, la Iglesia se contempla a sí misma. En efecto, el Papa Benedicto nos recuerda que «lo que san Pablo afirma de todos los hombres, la Iglesia, en su magisterio infalible, lo dice de María en un modo y sentido precisos»; por eso la Virgen María «se inserta hasta tal punto en el Misterio

¹¹⁸ *Audiencia general*. Miércoles 19 -12- 2012.

¹¹⁹ *Ibíd.*

¹²⁰ *Homilía*. Basílica Vaticana. Domingo 1 -1- 2012.

¹²¹ *Ibíd.*

de Cristo que es partícipe de la Resurrección de su Hijo con todo su ser ya al final de su vida terrena; vive lo que nosotros esperamos al final de los tiempos cuando sea aniquilado “el último enemigo”, la muerte (cf. *1 Co* 15, 26)»¹²². Por lo demás, desde los comienzos de la Iglesia los cristianos han asociado la perdona de la Virgen María al Misterio de Jesucristo, el Señor, del cual ella mereció la Inmaculada Concepción y la Asunción en cuerpo y alma al Cielo. Así lo recuerda nuestro autor cuando afirma que María «ya vive lo que proclamamos en el Credo: “Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro”»¹²³.

1.2.3. Doble dimensión del acto de fe

Vistos estos dos grandes y preclaros modelos de fe, pasaremos a exponer el acto de fe en su doble dimensión. En efecto, tal como sostiene el Santo Padre, el acto de fe «es al mismo tiempo un acto personal y eclesial»¹²⁴. Por lo tanto, lejos de ver alguna oposición, hemos de afirmar que una sugiere la otra, es decir, la fe personal precisa de la fe eclesial, y viceversa, puesto que siempre hemos de creer con los otros, es decir, con la Iglesia. En este sentido, Benedicto XVI explica que el acto de fe «no es contrario ni a la libertad ni a la inteligencia del hombre (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 154)»¹²⁵. De hecho, se trata de un impulso interior, libre y racional, como afirma el Santo Padre al decir que «la fe es decidirse a estar con el Señor para vivir con él. Y este “estar con él” nos lleva a comprender las razones por

¹²² *Homilía*. Parroquia de Santo Tomás de Villanueva, Castalgandolfo. Domingo 15 -8- 2010.

¹²³ *Ibíd.*

¹²⁴ *Verbum Domini* 25; Cf. *Porta fidei* 10.

¹²⁵ *Audiencia general*. Miércoles 24 -10- 2012.

las que se cree». Por lo demás, sabemos que esto no puede hacerse de manera individual y privada, puesto que «implica un testimonio y un compromiso público»¹²⁶. Y en otro lugar también dice el Santo Padre:

La fe es siempre y esencialmente un creer junto con los otros. Nadie puede creer por sí solo. Recibimos la fe mediante la escucha, nos dice san Pablo. Y la escucha es un proceso de estar juntos de manera física y espiritual. Únicamente puedo creer en la gran comunión de los fieles de todos los tiempos que han encontrado a Cristo y que han sido encontrados por Él. El poder creer se lo debo ante todo a Dios que se dirige a mí y, por decirlo así, «enciende» mi fe. Pero muy concretamente, debo mi fe a los que me son cercanos y han creído antes que yo y creen conmigo. Este gran «con», sin el cual no es posible una fe personal, es la Iglesia. Y esta Iglesia no se detiene ante las fronteras de los países, como lo demuestran las nacionalidades de los santos¹²⁷.

Por otra parte, el Santo Padre también afirma:

La misma profesión de fe es un acto personal y al mismo tiempo comunitario. En efecto, el primer sujeto de la fe es la Iglesia. En la fe de la comunidad cristiana cada uno recibe el bautismo, signo eficaz de la entrada en el pueblo de los creyentes para alcanzar la salvación. Como afirma el *Catecismo de la Iglesia Católica*: «“Creo”»: Es la fe de la Iglesia profesada personalmente por cada creyente, principalmente en su bautismo. “Creemos”»: Es la fe de la Iglesia confesada por los obispos reunidos en Concilio o, más generalmente, por la asamblea

¹²⁶ *Porta fidei* 10.

¹²⁷ *Homilía. Plaza de la Catedral, Erfurt, Alemania. Sábado 24 -9- 2011.*

litúrgica de los creyentes. “Creo”, es también la Iglesia, nuestra Madre, que responde a Dios por su fe y que nos enseña a decir: “creo”, “creemos”» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 167)¹²⁸.

Vemos, por tanto, que para nuestro autor la fe personal es inseparable de la fe eclesial, puesto que «es en la comunidad eclesial donde la fe personal crece y madura»¹²⁹. Y en este mismo sentido, afirmando que en el *Catecismo de la Iglesia Católica* se sintetiza con claridad que «“creer” es un acto eclesial», el Santo Padre explica que «la fe de la Iglesia precede, engendra, conduce y alimenta nuestra fe». Añadiendo además que ningún bautizado ha de olvidar que «la Iglesia es la Madre de todos los creyentes», como decía san Cipriano, obispo de Cartago (s. III), cuando afirmaba que «nadie puede tener a Dios por Padre si no tiene a la Iglesia por Madre (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 181)». Por tanto, la fe del creyente nunca se ha de separar de la fe eclesial, puesto que «la fe nace en la Iglesia, conduce a ella y vive en ella»¹³⁰. Así pues, la fe es siempre un don de Dios que se recibe en comunidad. Y ya que nadie se la puede conferir a sí mismo, ningún bautizado puede creer solo, como tampoco nadie puede rezar el Padrenuestro diciendo «Padre mío». Podemos afirmar, por tanto, que todo creyente necesita de la comunidad eclesial para sentirse seguro en la fe que profesa, reconociendo que el primer sujeto de la fe no es el individuo sino la comunidad que está enraizada en la comunión trinitaria. A este tenor, dice el Papa Benedicto:

¹²⁸ *Porta fidei* 10.

¹²⁹ *Audiencia general*. Miércoles 31 -10- 2012.

¹³⁰ *Ibíd.*; Cf. *Mensaje para la XXVI Jornada Mundial de la Juventud* 2011 (Vaticano 6 -8- 2010), 5.

No puedo construir mi fe personal en un diálogo privado con Jesús, porque la fe me es donada por Dios a través de una comunidad creyente que es la Iglesia y me introduce así, en la multitud de los creyentes, en una comunión que no es sólo sociológica, sino enraizada en el eterno amor de Dios que en Sí mismo es comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; es Amor trinitario. Nuestra fe es verdaderamente personal sólo si es también comunitaria: puede ser mi fe sólo si se vive y se mueve en el «nosotros» de la Iglesia, sólo si es nuestra fe, la fe común de la única Iglesia¹³¹.

Esta dimensión comunitaria de la fe se explicita con toda exactitud cada vez que proclamamos el Credo, el símbolo de nuestra fe. A ello nos remite el Santo Padre cuando nos recuerda que «ese “creo” pronunciado singularmente se une al de un inmenso coro en el tiempo y en el espacio, donde cada uno contribuye, por así decirlo, a una concorde polifonía en la fe»¹³². En este sentido, nuestro autor recuerda que «en la base de nuestro camino de fe está el bautismo, el sacramento que nos dona el Espíritu Santo, convirtiéndonos en hijos de Dios en Cristo, y marca la entrada en la comunidad de fe, en la Iglesia: no se cree por uno mismo, sin el prevenir de la gracia del Espíritu; y no se cree solos, sino junto a los hermanos». Y continúa diciendo que «del bautismo en adelante cada creyente está llamado a revivir y hacer propia esta confesión de fe junto a los hermanos»¹³³. Sobre este aspecto volveremos

¹³¹ *Audiencia general*. Miércoles 31 -10- 2012.

¹³² *Ibíd.*; Cf. *Mensaje para la XXVI Jornada Mundial de la Juventud 2011* (Vaticano 6 -8- 2010), 5.

¹³³ *Audiencia general*. Miércoles 24 -10- 2012.

más adelante, cuando hablemos de “el Yo de Cristo en el Nosotros de la Iglesia” (cf. *Cap. II*, 2.1.2). Ahora, por tanto, abordaremos la segunda parte del presente capítulo.

2. Fe y bautismo

A lo largo de su pontificado, Benedicto XVI ha transmitido con amplitud, profundidad y precisión la doctrina cristiana, resaltando su valor e importancia para los creyentes y para todos los hombres de buena voluntad. Con este impulso el Papa ha mostrado su celo apostólico con el fin de que la Iglesia se revitalice en su fe y en su auto-comprensión respecto a la misión que le confió su Señor. En efecto, conocer la fe y los rudimentos que la conforman es básico para todo bautizado. Por tanto, puesto que ser cristiano no se reduce simplemente a creer conceptos doctrinales, así como tampoco porque se esté bautizado se puede presumir de ser cristiano, urge a la Iglesia despertar en todos los bautizados el anhelo de redescubrir la grandeza de la condición que recibieron con el sacramento del bautismo, mediante el cual fuimos constituidos como hijos de Dios, miembros de Cristo y templos del Espíritu Santo. En este sentido, son muy profundas las palabras de Benedicto XVI cuando, al explicar cómo el bautismo, al igual que la fe, implica toda la realidad de la persona, dice:

El bautismo no es sólo una palabra; no es sólo algo espiritual; implica también la materia. Toda la realidad de la tierra queda involucrada. El bautismo no atañe sólo al alma. La espiritualidad del hombre afecta al hombre en su totalidad, cuerpo y alma. La acción de Dios en Jesucristo es una acción de eficacia universal. Cristo asume la carne y

esto continúa en los sacramentos, en los que la materia es asumida y entra a formar parte de la acción divina¹³⁴.

De esta afirmación podemos deducir porqué el bautismo de Juan «no basta» para redimir al hombre. En efecto, nuestro autor sostiene que entre el bautismo de Juan y el bautismo cristiano «la distancia sería demasiado grande», cuya diferencia radica en que, quien acoge a Cristo no tiene que hacer grandes cosas para agradar a Dios, pues el mismo Dios ha descendido hasta el hombre para elevarlo hacia sí mediante la fe y el bautismo. Por lo tanto, lo esencialmente diferente consiste en que «en el bautismo cristiano, instituido por Cristo, no actuamos sólo nosotros con el deseo de ser lavados, con la oración para obtener el perdón», sino que «en el bautismo actúa Dios mismo, actúa Jesús mediante el Espíritu Santo». Dicho de otra manera: «En el bautismo cristiano está presente el fuego del Espíritu Santo. Dios actúa, no sólo nosotros»¹³⁵.

2.1. Incorporación en el ser de Cristo

El Misterio pascual de Jesucristo es el vértice en el que todas las promesas que Dios había hecho al antiguo Israel alcanzan su cumplimiento, y al mismo tiempo es la fuente de donde emerge el nuevo pueblo de Dios. En efecto, a lo largo y ancho de toda la historia del pueblo de Israel, Dios había ido preparando la redención que realizaría de manera plena y definitiva mediante la acción redentora de su Hijo Jesucristo, el cual, con su encarnación «asume en sí la realidad del antiguo Israel y la lleva a su pleno cumplimiento». Esto es lo que explica Benedicto XVI cuando afirma:

¹³⁴ *Homilía*. Capilla Sixtina. Domingo 7 -1- 2007.

¹³⁵ *Ibid.*

El “nosotros” del pueblo se concentra en el “yo” de Jesús, especialmente en sus repetidos anuncios de la pasión, muerte y resurrección, cuando revela abiertamente a los discípulos lo que le espera en Jerusalén: deberá ser rechazado por los jefes, arrestado, condenado a muerte y crucificado, y al tercer día resucitar (cf. *Mt* 16, 21)¹³⁶.

Por tanto, así como la encarnación y la sucesiva vida terrena de Jesús significaron su incorporación a la realidad de su pueblo –cuyas promesas se perfeccionan en la Alianza nueva y eterna– de modo similar, mediante el Misterio pascual, Cristo nos hace partícipes de su prerrogativa filial, y así «su resurrección, gracias al bautismo que nos “incorpora” a Él, es nuestra resurrección»¹³⁷. En efecto, esta inserción en el ser de Cristo es una realidad inherente del bautismo, mediante el cual se actualiza sacramentalmente en nosotros su muerte y resurrección. En este sentido, nuestro autor afirma que, unidos a Cristo, somos con él «no sólo una cosa, sino uno, un único, un único sujeto nuevo», puesto que «el gran estallido de la resurrección nos ha alcanzado en el bautismo para atraernos»¹³⁸. Asimismo, para nuestro autor, estar incorporados a Cristo significa incorporación a la Iglesia, puesto que «mediante el sacramento del bautismo hemos sido incorporados al Cuerpo de Cristo, la Iglesia»¹³⁹. Se trata, en efecto, de la idea clave que armoniza todo el pensamiento de Benedicto XVI relativo a nuestro trabajo. Por lo tanto, aunque ya hemos abordado esta idea (cf. *Cap.* II, 1.2.3), la explicaremos con mayor precisión más adelante (cf. *Cap.* II, 2.1.2).

¹³⁶ *Homilía*. Basílica Vaticana. Lunes 5 -11- 2007.

¹³⁷ *Mensaje Urbi et Orbi*. Pascua 2006.

¹³⁸ *Homilía*. Basílica Vaticana. Sábado Santo, 15 -4- 2006.

¹³⁹ *Discurso*. Catedral armenia apostólica de Santa María, Estambul. Jueves 30 -11- 2006.

Por otra parte, al explicar en qué consiste la incorporación a Cristo, Benedicto XVI aborda dos temas bíblicos que merecen una peculiar atención, puesto que reflejan con profundidad el cambio ontológico que se realiza en el creyente mediante la fe y el bautismo. Uno de estos temas es la imagen de la vid y los sarmientos, descrita en el capítulo 15 del evangelio de san Juan. El otro tema que el Papa analiza es la «autobiografía espiritual de san Pablo» narrada en la *Carta a los Gálatas* 2,20, en cuyo texto el Apóstol describe el significado de “vivir en Cristo”. Veamos.

2.1.1 El paradigma de la vid y los sarmientos

Explicando el significado de la expresión «permanecer en Cristo», Benedicto XVI relaciona el capítulo 15 del evangelio de san Juan, con el capítulo 6 (el discurso sobre el pan de vida) y con el capítulo 16 (que habla de la oración), y afirma que «todas estas palabras del Señor tienen un fondo sacramental», y en ese sentido añade que «el fondo fundamental de la parábola de la vid es el bautismo». Desde esta perspectiva, nuestro autor sostiene que la afirmación «permaneced en mí, en mi amor» es la primera clave para entender el texto de san Juan, puesto que «permanecer en el Señor es fundamental como primer tema de este pasaje», y añade, además, que «la vid es una imagen veterotestamentaria que encontramos tanto en los profetas como en los salmos, y tiene dos significados». El primero, dice el Papa, consiste en que «es una parábola para el pueblo de Dios, que es su viña». Y, a continuación, se pregunta: «¿Con qué intención ha plantado una vid en este mundo, ha cultivado esta vid, ha cultivado su viña, ha protegido su viña?». Y

responde: «Naturalmente con la intención de encontrar fruto, de encontrar el don precioso de la uva, del buen vino»¹⁴⁰.

El segundo significado de la imagen de la vid, según explica nuestro autor, es «el vino», el cual es «expresión de la alegría del amor». En este sentido, el Papa añade que «el Señor ha creado su pueblo para encontrar la respuesta de su amor y así esta imagen de la vid, de la viña, tiene un significado esponsal, es expresión del hecho de que Dios busca el amor de su criatura, quiere entrar en una relación de amor, en una relación esponsal con el mundo mediante el pueblo que él ha elegido». Y a continuación explica que, en Cristo, y mediante su encarnación, «Dios se hace hombre y así él mismo se convierte en la raíz de la vid, se convierte él mismo en vid, y así la vid llega a ser indestructible». Por tanto, ya que por el bautismo estamos unidos a esta raíz, «este pueblo de Dios no puede ser destruido, porque Dios mismo ha entrado en él, se ha implantado en esta tierra». Esto significa, según nuestro autor, que «el nuevo pueblo de Dios está realmente fundado en Dios mismo, que se hace hombre y así nos llama a ser en él la nueva vid y nos llama a estar, a permanecer en él». Por lo tanto, «lo importante es que “permanezcamos” en la vid, en Cristo»¹⁴¹. Ahora bien, como hemos mencionado más arriba (cf. *Cap. II, 2.1*), también aquí encontramos la misma idea directriz de nuestro autor, al enfocar la unión con Cristo como una realidad que no se puede separar de la unión con la Iglesia. A este respecto dice el Santo Padre:

Toda la comunidad de los creyentes está firmemente unida en Cristo, la vid. En Cristo, todos nosotros estamos unidos. En esta comunidad, Él nos sostiene y, al mismo tiempo, todos los miembros se sostienen

¹⁴⁰ *Lectio divina*. Pontificio Seminario Romano Mayor. Capilla de la Virgen de la Confianza. Viernes 12 -2- 2010.

¹⁴¹ *Ibíd.*

recíprocamente. Juntos resistimos a las tempestades y ofrecemos protección unos a otros. Nosotros no creemos solos, creemos con toda la Iglesia de todo lugar y de todo tiempo, con la Iglesia que está en el cielo y en la tierra¹⁴².

Por otra parte, en una homilía pronunciada en Alemania, en septiembre de 2011, Benedicto XVI habló nuevamente de la imagen de la vid y los sarmientos, reiterando que la relación de los bautizados con Cristo es también relación eclesial, es decir, de los cristianos entre sí. Asimismo, citando la encíclica del Papa Pío XII sobre la Iglesia como Cuerpo de Cristo, el Santo Padre señalaba que «la Iglesia como mensajera de la Palabra de Dios y dispensadora de los sacramentos nos une a Cristo, la verdadera vid». Y añade que «la Iglesia, en cuanto “plenitud y el complemento del Redentor” –como la llamaba Pío XII– (*Mystici corporis*, AAS 35 [1943] p. 230: *plenitudo et complementum Redemptoris*) es para nosotros prenda de la vida divina y mediadora de los frutos de los que habla la parábola de la vid»¹⁴³. Acerca de esta bella imagen, Benedicto XVI explica que la relación de sarmientos con la vid, una relación de pertenencia, es la misma relación de los cristianos con Cristo y entre sí. Dice nuestro autor:

En la parábola de la vid, Jesús no dice: “Vosotros sois la vid”, sino: “Yo soy la vid, vosotros los sarmientos” (*Jn* 15, 5). Y esto significa: “Así como los sarmientos están unidos a la vid, de igual modo vosotros me pertenecéis. Pero, perteneciendo a mí, pertenecéis también unos a otros”. Y este pertenecerse uno a otro y a Él, no entraña un tipo cualquiera de relación teórica, imaginaria, simbólica, sino –casi me atrevería a decir– un pertenecer a Jesucristo en sentido biológico,

¹⁴² *Ibíd.*

¹⁴³ *Homilía. Estadio Olímpico de Berlín. Jueves 22 -9- 2011.*

plenamente vital. La Iglesia es esa comunidad de vida con Jesucristo y de uno para con el otro, que está fundada en el bautismo y se profundiza cada vez más en la eucaristía. “Yo soy la verdadera vid”; pero esto significa en realidad: “Yo soy vosotros y vosotros sois yo”; una identificación inaudita del Señor con nosotros, con su Iglesia¹⁴⁴.

Asimismo, al explicar el versículo donde leemos que Jesús afirma: «Yo soy la vid verdadera, y el Padre es el labrador (*Jn* 15, 1)», Benedicto XVI sostiene que el viñador toma la podadera, corta los sarmientos secos y poda aquellos que dan fruto para que den más fruto». Y a continuación, comentando el texto en el que Jesús afirma: «Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí... porque sin mí -separados de mí, podría traducirse también- no podéis hacer nada» (*Jn* 15, 4. 5b)», nuestro autor es muy agudo cuando explica que cada bautizado «ha de afrontar una decisión a este respecto». Y continúa diciendo que «el Señor nos dice de nuevo en su parábola lo sería que ésta es: “Al que no permanece en mí lo tiran fuera como el sarmiento, y se seca; luego recogen los sarmientos desechados, los echan al fuego y allí se queman” (cf. *Jn* 15, 6)». Más aún, la

¹⁴⁴ *Ibíd.*; En el mismo contexto, Benedicto XVI explica esta identidad de Cristo con los cristianos a partir de la experiencia de la conversión de san Pablo, cuando iba camino a Damasco. De este episodio narrado por el mismo Apóstol, dice el Papa: «Cristo mismo en aquella ocasión preguntó a Saulo, el perseguidor de la Iglesia, cerca de Damasco: “¿Por qué me persigues?” (*Hch* 9, 4). De ese modo, el Señor señala el destino común que se deriva de la íntima comunión de vida de su Iglesia con Él, el Resucitado. En este mundo, Él continúa viviendo en su Iglesia. Él está con nosotros, y nosotros estamos con Él. “¿Por qué me persigues?”. En definitiva, es a Jesús a quien los perseguidores de la Iglesia quieren atacar. Y, al mismo tiempo, esto significa que no estamos solos cuando nos oprimen a causa de nuestra fe. Jesucristo está en nosotros y con nosotros» (*Homilía*. Estadio Olímpico de Berlín. Jueves 22 -9- 2011).

profundidad de este texto la subraya nuestro autor con una cita de san Agustín, en la que el Santo Obispo explica que «el sarmiento ha de estar en uno de esos dos lugares: o en la vid o en el fuego; si no está en la vid estará en el fuego». Y exhorta: «Permaneced, pues, en la vid para libraros del fuego» (*In Ioan. Ev. Tract.*, 81, 3 [PL 35, 1842])¹⁴⁵.

2.1.2. El “Yo” de Cristo en el “Nosotros” de la Iglesia

La segunda imagen con la que Benedicto XVI ejemplifica la incorporación a Cristo podemos decir que es el núcleo central de todo nuestro trabajo. Por lo tanto, en este apartado trataremos de explicar cómo según nuestro autor no se puede comprender a Cristo separado de la Iglesia, del mismo modo que no se puede comprender a la Iglesia sin Cristo, puesto que no son dos realidades, sino una sola realidad en dos dimensiones. En efecto, el Santo Padre explica que así como el «nosotros» del pueblo de Israel pasó a concentrarse en el «Yo» de Jesucristo (cf. *Cap. II, 2.1*), del mismo modo, gracias a la acción sacramental del Espíritu Santo, «el “Yo” de Jesús se convierte en un nuevo “nosotros”, el “nosotros” de su Iglesia, cuando se comunica a los que son incorporados a él en el bautismo»¹⁴⁶. En este sentido, el Santo Padre explica que, ante la tendencia actual de querer «relegar la fe a la esfera de lo privado», lo cual es contrario a su propia naturaleza, los creyentes «necesitamos la Iglesia para tener confirmación de nuestra fe y para experimentar los dones de Dios: su Palabra, los sacramentos, el apoyo de la gracia y el testimonio del amor». Y en seguida añade que, de ese modo, «nuestro “yo” en el “nosotros” de la Iglesia podrá percibirse, a un tiempo, destinatario y protagonista de un acontecimiento que le supera: la experiencia de la comunión con Dios, que funda la comunión entre los hombres». Y asimismo, con clara

¹⁴⁵ *Homilía*. Estadio Olímpico de Berlín. Jueves 22 -9- 2011.

¹⁴⁶ *Homilía*. Basílica Vaticana. Lunes 5 -11- 2007.

referencia a las enseñanzas del Concilio Vaticano II, nuestro autor afirma que «la fe nos llama a ser Pueblo de Dios, a ser Iglesia, portadores del amor y de la comunión de Dios para todo el género humano (cf. *Const. Pastoral Gaudium et spes*, 1)»¹⁴⁷.

En la homilía de su primera Vigilia pascual como sucesor de san Pedro, Benedicto XVI explicó que el bautismo «no es un asunto del pasado, sino un salto cualitativo de la historia universal que llega hasta mí, tomándome para atraerme». Y al mismo tiempo afirmaba que «el bautismo es algo muy diverso de un acto de socialización eclesial, de un ritual un poco fuera de moda y complicado para acoger a las personas en la Iglesia». En efecto, nuestro autor acentúa que en este sacramento se nos da algo «más que una simple limpieza, una especie de purificación y embellecimiento del alma», puesto que, de lo que se trata es de «muerte y resurrección, renacimiento, transformación en una nueva vida»¹⁴⁸. Y añade:

Lo que ocurre en el bautismo se puede aclarar más fácilmente para nosotros si nos fijamos en la parte final de la pequeña autobiografía espiritual que san Pablo nos ha dejado en su Carta a los Gálatas. Concluye con las palabras que contienen también el núcleo de dicha biografía: «Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí» (*Ga* 2, 20). Vivo, pero ya no soy yo. El yo mismo, la identidad esencial del hombre –de este hombre, Pablo– ha cambiado. Él todavía existe y ya no existe. Ha atravesado un «no» y sigue encontrándose en este «no»: Yo, pero «no» más yo¹⁴⁹.

¹⁴⁷ *Audiencia general*. Miércoles 31 -10- 2012.

¹⁴⁸ *Homilía*. Basílica Vaticana. Sábado Santo 15 -4- 2006.

¹⁴⁹ *Ibíd.*; *Discurso*. Feria de Verona. Jueves 19 -10- 2006.

Por otra parte, explicando el mismo texto de la *Carta a los Gálatas*, nuestro autor sostiene, además, que, mediante la fe y el bautismo, el yo del creyente se inserta en «un sujeto más grande», en el «Yo» de la comunidad eclesial, en la cual se nos abre un nuevo horizonte a la existencia. Dice el Papa Benedicto:

Todo esto acontece en concreto a través de la vida y el testimonio de la Iglesia. Más aún, la Iglesia misma constituye la primicia de esa transformación, que es obra de Dios y no nuestra. Llega a nosotros mediante la fe y el sacramento del bautismo, que es realmente muerte y resurrección, un nuevo nacimiento, transformación en una vida nueva. Es lo que dice san Pablo en la Carta a los Gálatas: “Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (*Ga 2, 20*). Así, a través del bautismo, ha cambiado mi identidad esencial y yo sigo existiendo sólo en este cambio. Mi yo desaparece y se inserta en un nuevo sujeto más grande, en el que mi yo está presente de nuevo, pero transformado, purificado, “abierto” mediante la inserción en el otro, en el que adquiere su nuevo espacio de existencia¹⁵⁰.

Así pues, a la luz de este texto bíblico, el Santo Padre afirma que «con estas palabras, Pablo no describe una experiencia mística cualquiera, que tal vez podía habersele concedido y, si acaso, podría interesarnos desde el punto de vista histórico», sino que «esta frase es la expresión de lo que ha ocurrido en el bautismo», con el cual «se me quita el propio yo y es insertado en un nuevo sujeto más grande». Por lo tanto, aquí radica el cambio esencial y ontológico que, de suyo, realiza el bautismo cristiano. En este mismo sentido, el Papa explica que, mediante este acontecimiento, «está de nuevo mi yo, pero precisamente transformado, bruñido, abierto por la inserción en el

¹⁵⁰ *Discurso*. Feria de Verona. Jueves 19 -10- 2006.

otro, en el que adquiere su nuevo espacio de existencia»¹⁵¹, puesto que, al hacernos uno en Cristo, «nuestro yo es liberado de su aislamiento». En consecuencia, el axioma «Yo, pero ya no yo» es «la fórmula de la existencia cristiana fundada en el bautismo, la fórmula de la resurrección dentro del tiempo, la fórmula de la “novedad” cristiana llamada a transformar el mundo»¹⁵². He aquí, por tanto, el misterio y el sentido de nuestro ser cristiano, la verdadera esencia de nuestra fe bautismal.

2.2. Filiación divina de los bautizados

Otro efecto propio del sacramento del bautismo es la filiación divina. De ella habla Benedicto XVI cuando afirma que Cristo «se hizo hombre para que nosotros podamos llegar a ser hijos de Dios. Dios nació para que nosotros podamos renacer»¹⁵³. Con estos términos el Papa explica el admirable intercambio que ha dado un giro a la historia de la humanidad, puesto que «Dios asumió la condición humana para sanarla de todo lo que la separa de Él, para permitirnos llamarle, en su Hijo unigénito, con el nombre de “Abbá, Padre” y ser verdaderamente hijos de Dios». Y, apoyándose en la autoridad doctrinal de san Ireneo, nuestro autor añade: «Este es el motivo por el cual el Verbo se hizo hombre, y el Hijo de Dios, Hijo del hombre: para que el hombre, entrando en comunión con el Verbo y recibiendo de este modo la filiación divina, llegara a ser hijo de Dios (*Adversus haereses*, 3, 19, 1: *PG* 7, 939; cf. *CEC*, 460)»¹⁵⁴.

¹⁵¹ *Homilía*. Basílica Vaticana. Sábado Santo 15 -4- 2006.

¹⁵² *Discurso*. Feria de Verona. Jueves 19 -10- 2006; *Homilía*. Basílica Vaticana. Sábado Santo 15 -4- 2006.

¹⁵³ *Ángelus*. Plaza de San Pedro. Domingo 10 -1- 2010.

¹⁵⁴ *Audiencia general*. Miércoles 9 -1- 2013.

Por otra parte, comentando el texto de la *Carta a los Gálatas*, donde leemos que «envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva» (*Ga* 4, 4-5), y uniendo a éste el prólogo de san Juan, donde el evangelista se refiere a la Palabra creadora, afirmando que «a todos los que la recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios» (*Jn* 1, 12), Benedicto XVI explica que «este estupendo misterio, que constituye nuestro “segundo nacimiento” —el renacimiento de un ser humano de lo alto, de Dios (cf. *Jn* 3, 1-8)— se realiza y se resume en el signo sacramental del bautismo»¹⁵⁵. Así también, en otro comentario al texto de san Juan (1,12) el Papa explica que «éste es el sentido del sacramento del bautismo; el bautismo es este nuevo nacimiento, que precede a nuestro hacer»¹⁵⁶. Por tanto, se trata de un verdadero don de Dios. Así lo recuerda el Santo Padre cuando, acentuando el carácter gratuito de este sacramento, afirma que «en el comienzo del ser cristianos está el bautismo que nos hace renacer como hijos de Dios, nos hace participar en la relación filial que Jesús tiene con el Padre». E inmediatamente añade: «El bautismo se *recibe*, nosotros “somos bautizados” —es una voz pasiva— porque nadie es capaz de hacerse hijo de Dios por sí mismo: es un don que se confiere gratuitamente». Y en este mismo sentido, el Papa señala:

San Pablo se refiere a esta filiación adoptiva de los cristianos en un pasaje central de su *Carta a los Romanos*, donde escribe: «Cuantos se dejan guiar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido un espíritu de esclavitud, para recaer en el temor, sino que habéis recibido un Espíritu de hijos de adopción, en el que

¹⁵⁵ *Ángelus*. Plaza de San Pedro. Domingo 10 -1- 2010.

¹⁵⁶ *Ángelus*. Plaza de San Pedro. Domingo 8 -1- 2012.

clamamos: “¡Abba, Padre!”. Ese mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios» (8, 14-16), no siervos¹⁵⁷.

Así pues, todo el que por el bautismo se ha convertido en hijo de Dios, ha de orientarse hacia aquel fin para el cual ha sido creado. En efecto, Benedicto XVI explica que la expresión «“conviértete en lo que eres”, constituye el principio educativo básico de la persona humana redimida por la gracia»¹⁵⁸, puesto que el bautismo, en su esencia, «nos hace participar en la relación filial que Jesús tiene con el Padre»¹⁵⁹.

Asimismo, al referirse a la paternidad de Dios, Benedicto XVI evoca una vez más la dimensión eclesial de nuestra fe, al explicar que «en esta familia que él constituye hay también una madre, la madre Iglesia». Y, con una clara alusión a la célebre expresión de san Cipriano, añade: «El hombre no puede tener a Dios como Padre, decían ya los antiguos escritores cristianos, si no tiene también a la Iglesia como madre (cf. San Cipriano de Cartago, *De Ecclesiae catholicae unitate*, 6: PL 4,503A)». Con esta afirmación de carácter propiamente católico, nuestro autor explica que «el cristianismo no es sólo una realidad espiritual, individual, una simple decisión subjetiva que yo tomo, sino que es algo real, algo concreto; podríamos decir, algo también material»¹⁶⁰. Así pues, es innegable que, con esta expresión tan contundente,

¹⁵⁷ *Audiencia general*. Miércoles 2 -1- 2013. Esta misma idea la desarrolla nuestro autor cuando dice: «Engendrado por el bautismo a una nueva vida, también el cristiano comienza su camino de crecimiento en la fe que lo llevará a invocar conscientemente a Dios como “Abbá – Padre”, a dirigirse a él con gratitud y a vivir la alegría de ser su hijo» (*Ángelus*. Plaza de San Pedro. Domingo 10 -1- 2010).

¹⁵⁸ *Ángelus*. Plaza de San Pedro. Domingo 10 -1- 2010.

¹⁵⁹ *Audiencia general*. Miércoles 2 -1- 2013.

¹⁶⁰ *Homilía*. Capilla Sixtina. Domingo 7 -1- 2007.

nuestro autor resume el sentido existencial y sustancial que confiere el sacramento del bautismo a los creyentes, su carácter ontológico que nos hace hijos en el Hijo. Ahora bien, al explicar que «la familia de Dios se construye en la realidad concreta de la Iglesia», Benedicto XVI afirma:

La adopción como hijos de Dios, del Dios trinitario, es a la vez incorporación a la familia de la Iglesia, inserción como hermanos y hermanas en la gran familia de los cristianos. Y sólo podemos decir «Padre nuestro», dirigiéndonos a nuestro Padre celestial, si en cuanto hijos de Dios nos insertamos como hermanos y hermanas en la realidad de la Iglesia. Esta oración supone siempre el «nosotros» de la familia de Dios¹⁶¹.

En resumen, el carácter filial de los bautizados es inseparable de su dimensión eclesial, dado que «la filiación la recibimos por medio de la Iglesia, en el día del bautismo»¹⁶², como ya hemos explicado más arriba (cf. *Cap. II, 2.1.2*). Por tanto, la fe bautismal es la misma y única fe eclesial, de manera que todo cristiano, en tanto que está unido a la Iglesia y permanece sacramentalmente en ella, está también unido a Cristo y a todos los cristianos, y, en consecuencia, nunca está solo.

2.2.2. El bautismo y la Santísima Trinidad

Al explicar el nexo entre el bautismo y la Santísima Trinidad, Benedicto XVI alude a la fórmula bautismal explicando su semántica a partir de la

¹⁶¹ *Ibíd.*

¹⁶² *Ángelus*. Plaza de San Pedro. Jueves 8 – 12 – 2011.

preposición griega «ἐἰς», cuyo vocablo resulta sumamente relevante debido a la fuerza que entraña en sí mismo. En este sentido, dice el Santo Padre:

La elección de la palabra «en el nombre del Padre» en el texto griego es muy importante: el Señor dice «*eis*» y no «*en*», es decir, no «*en* nombre» de la Trinidad, como nosotros decimos que un viceprefecto habla «en nombre» del prefecto, o un embajador habla «en nombre» del Gobierno. No; dice: «*eis to onoma*», o sea, una inmersión en el nombre de la Trinidad, ser insertados en el nombre de la Trinidad, una inter-penetración del ser de Dios y de nuestro ser, un ser inmerso en el Dios Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, como en el matrimonio, por ejemplo, dos personas llegan a ser una carne, convirtiéndose en una nueva y única realidad, con un nuevo y único nombre¹⁶³.

Con el sacramento del bautismo se inicia en el creyente una relación muy peculiar con la Trinidad divina. Por tanto, «cada vez que nos santiguamos» debemos recordar nuestra relación con el nombre de Dios¹⁶⁴, el vínculo que nos ha unido el día de nuestro bautismo. A esta relación inherente de los bautizados con Dios Padre, que es Uno y Trino, también se refiere el Papa en la *Carta apostólica Porta fidei*, cuando dice:

Profesar la fe en la Trinidad –Padre, Hijo y Espíritu Santo– equivale a creer en un solo Dios que es Amor (cf. *1 Jn* 4, 8): el Padre, que en la plenitud de los tiempos envió a su Hijo para nuestra salvación; Jesucristo, que en el misterio de su muerte y resurrección redimió al

¹⁶³ *Lectio divina*. Basílica de San Juan de Letrán. Lunes 11 -6- 2012.

¹⁶⁴ *Ángelus*. Plaza de San Pedro. Domingo 30 -5- 2010.

mundo; el Espíritu Santo, que guía a la Iglesia a través de los siglos en la espera del retorno glorioso del Señor¹⁶⁵.

Por tanto, con el bautismo recibido en nombre de las tres Personas divinas se expresa que, por este sacramento, comenzamos a vivir una comunión de amor como hijos de Dios, miembros de Cristo y templos vivos del Espíritu Santo. Así lo explica el Santo Padre cuando dice que «por el sacramento del bautismo, conferido en el nombre de la Santísima Trinidad, entramos en la comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y somos configurados con Cristo para llevar una vida nueva (cf. *Rm* 6,11-14; *Col* 2,12), una vida de fe y de conversión (cf. *Mc* 16,15-16; *Hch* 2,38)»¹⁶⁶. Respecto a esta relación del bautizado con la Santísima Trinidad, nuestro autor, explicando a los papás de un grupo de niños que iban a ser bautizados, afirmaba:

En el bautismo somos adoptados e incorporados a la familia de Dios, en la comunión con la santísima Trinidad, en la comunión con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo. Precisamente por esto el bautismo se debe administrar en el nombre de la santísima Trinidad. Estas palabras no son sólo una fórmula; son una realidad. Marcan el momento en que vuestros niños renacen como hijos de Dios. De hijos de padres humanos, se convierten también en hijos de Dios en el Hijo del Dios vivo¹⁶⁷.

Con estas palabras, Benedicto XVI subraya que la adopción filial es propia y exclusivamente iniciativa de la gracia de Dios, puesto que es Dios

¹⁶⁵ *Porta fidei* 1.

¹⁶⁶ *Ecclesia in Medio Oriente* 77.

¹⁶⁷ *Homilía*. Basílica Vaticana. Domingo 7 -1- 2007.

mismo quien actúa elevándonos hacia sí e introduciéndonos en su Misterio de amor, a la vez que nos transforma en morada suya, ya en la tierra.

2.2.3. El Espíritu Santo y la gracia bautismal

Aunque al presentar la relación del bautizado con la Santísima Trinidad ya nos hemos referido a cada una de las tres Personas divinas, merece una especial atención subrayar el vínculo peculiar del Espíritu Santo con cada uno de los fieles cristianos. En efecto, al señalar que «el Misterio pascual — la pasión, muerte y resurrección de Cristo y su ascensión al Cielo— encuentra su cumplimiento en la poderosa efusión del Espíritu Santo sobre los Apóstoles reunidos junto con María, la Madre del Señor, y los demás discípulos», el Papa Benedicto explica que este acontecimiento «fue el “bautismo” de la Iglesia, bautismo en el Espíritu Santo (cf. *Hch* 1, 5)»¹⁶⁸. Y, por otra parte, comentando que el Espíritu Santo se hizo presente bajo la figura de «viento y fuego», el Santo Padre explica que «ese fue el “bautismo en el Espíritu Santo”, que había sido anunciado por Juan Bautista», cuando decía que detrás venía uno más fuerte que él, que bautizaría con Espíritu Santo y fuego (cf. *Mt* 3, 11)¹⁶⁹. Por lo demás, sabemos que «toda la misión de Jesús estaba orientada a donar el Espíritu de Dios a los hombres y a bautizarlos en su “baño” de regeneración»¹⁷⁰. Ésta es la razón por la cual el día de Pentecostés «el Espíritu de Dios se derramó de modo sobreabundante, como una cascada capaz de purificar todos los corazones, de apagar el incendio del mal y de encender en el mundo el fuego del amor divino»¹⁷¹. Así pues, tanto la filiación divina como la

¹⁶⁸ *Regina Caeli*. Plaza de San Pedro. Domingo 12 -6- 2011.

¹⁶⁹ Cf. *Regina Caeli*. Plaza de San Pedro. Domingo 11-5-2008.

¹⁷⁰ *Ibíd.*

¹⁷¹ *Ibíd.*

santificación de los fieles son operadas por el poder del Espíritu Santo, como afirma el Papa cuando dice:

El Espíritu Santo es el don precioso y necesario que nos hace hijos de Dios, que realiza la adopción filial a la que estamos llamados todos los seres humanos, porque, como precisa la bendición divina de la *Carta a los Efesios*, Dios «nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos e intachables ante él por el amor. Él nos ha destinado por medio de Jesucristo (...) a ser sus hijos» (*Ef1, 4-5*)¹⁷².

Así pues, el Espíritu Santo, por medio del cual el Padre realizó la encarnación y la resurrección de su Hijo Jesucristo, es el mismo que actúa hoy en el creyente por medio de la fe y el bautismo, insertándolo en una nueva naturaleza, la naturaleza divina, que nos hace hijos de Dios en Cristo; como refiere el Papa Benedicto XVI cuando dice:

En la base de nuestro camino de fe está el bautismo, el sacramento que nos dona el Espíritu Santo, convirtiéndonos en hijos de Dios en Cristo, y marca la entrada en la comunidad de fe, en la Iglesia: no se cree por uno mismo, sin el prevenir de la gracia del Espíritu; y no se cree solos, sino junto a los hermanos. Del bautismo en adelante cada creyente está llamado a revivir y hacer propia esta confesión de fe junto a los hermanos¹⁷³.

En suma, vivir conformes a la dignidad de hijos de Dios y permanecer inseparablemente unidos a Cristo son obras del Espíritu Santo, puesto que

¹⁷² *Audiencia general*. Miércoles 23 -5- 2012.

¹⁷³ *Audiencia general*. Miércoles 24 -10- 2012.

es él quien «crea en nosotros la fe en el momento de nuestro bautismo, nos permite vivir como hijos de Dios, conscientes y convencidos, según la imagen del Hijo Unigénito»¹⁷⁴. Esto es lo que significa, por tanto, ser templos del Espíritu Santo.

2.3. Unidad entre fe y bautismo

Otro texto bíblico muy citado por Benedicto XVI es el capítulo sexto de la *Carta a los Romanos*, cuyo pasaje refiere de manera explícita lo que sucede en el sacramento del bautismo. En efecto, al señalar que san Pablo describe que por el bautismo fuimos sepultados en la muerte de Cristo para que, como Cristo resucitó, también nosotros resucitemos con él, mediante la gloria de Dios y así vivir una vida nueva (cf. *Rm* 6, 3-4), el Santo Padre explica que «en el fondo, todo el misterio de Cristo en el mundo se puede resumir con esta palabra: “bautismo”, que en griego significa “inmersión”»¹⁷⁵. Y asimismo subraya que «ser “bautizados en Cristo” significa estar inmersos espiritualmente en la muerte que es el acto de amor infinito y universal de Dios, capaz de rescatar a toda persona y a toda criatura de la esclavitud del pecado y de la muerte»¹⁷⁶. Por tanto, el bautismo no sólo consiste en el acto de ser introducidos en la fuente bautismal; es aún mucho más. La inmersión sacramental comprende un significado muy profundo, ya que realiza una regeneración ontológica por la que somos resucitados sacramentalmente con Cristo, como afirma Benedicto XVI cuando dice:

Con el bautismo, con la inmersión en el nombre de Dios, también nosotros ya estamos inmersos en la vida inmortal, estamos vivos para

¹⁷⁴ *Regina Caeli*. Plaza de San Pedro. Domingo 12 -6- 2011.

¹⁷⁵ *Homilía*. Capilla Sixtina. Domingo 13 -1- 2008.

¹⁷⁶ *Discurso*. Basílica Vaticana. Jueves 11 -12- 2008.

siempre. Con otras palabras, el bautismo es una primera etapa de la Resurrección: inmersos en Dios, ya estamos inmersos en la vida indestructible, comienza la Resurrección. (...) El bautismo es el primer paso de la Resurrección, es entrar en la vida indestructible de Dios¹⁷⁷.

Se trata, pues, de la magnanimidad que encierra el don de Dios que se nos ofrece en este sacramento. En efecto, existe «una sola fe y un solo bautismo, como realidad concreta de la Iglesia que está bajo el único Señor»¹⁷⁸, de manera que «es siempre el mismo e idéntico Señor quien, mediante el mismo y único bautismo, nos llama a la única fe»¹⁷⁹. Ahora bien, «en nuestra vida debe realizarse lo que en el bautismo aconteció sacramentalmente en nosotros: la muerte del hombre viejo y el nacimiento del nuevo»¹⁸⁰. Esto es posible puesto que Cristo, siendo del cielo, vino a la tierra para salvar al hombre caído y necesitado de salvación, redimiéndolo mediante su Misterio pascual que se actualiza en el bautismo y nos devuelve la comunión con Dios. Ahora bien, para explicar mejor este apartado, lo abordaremos desde dos aspectos complementarios: la profesión de fe bautismal y la dimensión eclesial del bautismo.

2.3.1. La profesión de fe bautismal

En su encíclica sobre la esperanza, el Santo Padre explica que para los primeros cristianos la fe comportaba un mensaje transformador, un mensaje de esperanza. Y así, al hablar de la fe en los cristianos de hoy, pregunta el Papa: «¿Es también para nosotros ahora una esperanza que transforma y

¹⁷⁷ *Lectio divina*. Basílica de San Juan de Letrán. Lunes 11 -6- 2012.

¹⁷⁸ *Lectio divina*. Aula Pablo VI. Jueves 23 -2- 2012.

¹⁷⁹ *Discurso*. Mariazell, Austria. Sábado 8 -9- 2007.

¹⁸⁰ *Discurso*. Viernes 22 -12- 2006.

sostiene nuestra vida? ¿Es para nosotros “performativa”, un mensaje que plasma de modo nuevo la vida misma, o es ya sólo “información” que, mientras tanto, hemos dejado arrinconada y nos parece superada por informaciones más recientes?». Tras estas interrogantes, el Santo Padre da una elocuente repuesta recordando que, en su origen, «el rito del bautismo expresaba la acogida del recién nacido en la comunidad de los creyentes y su renacimiento en Cristo». Y añade que en la forma clásica de este diálogo, «el sacerdote preguntaba ante todo a los padres qué nombre habían elegido para el niño, y continuaba después con la pregunta: “¿Qué pedís a la Iglesia?”. Se respondía: “La fe”¹⁸¹. Y “¿Qué te da la fe?”. “La vida eterna”». Así pues, al comentar esta cláusula, Benedicto XVI afirma que «según este diálogo, los padres buscaban para el niño la entrada en la fe, la comunión con los creyentes, porque veían en la fe la llave para “la vida eterna”». Y al mismo tiempo explica que «ayer como hoy, en el bautismo, cuando uno se convierte en cristiano, se trata de esto: no es sólo un acto de socialización dentro de la comunidad ni solamente de acogida en la Iglesia». Se trata, en efecto, de una realidad que no es meramente temporal, puesto que todos «los padres esperan algo más para el bautizando: esperan que la fe, de la cual forma parte el cuerpo de la Iglesia y sus sacramentos, le dé la vida, la vida eterna»¹⁸². Y en otro lugar el Santo Padre también afirma:

En la liturgia del bautismo, en el momento de las promesas, el celebrante pide la manifestación de la fe católica y formula tres preguntas: ¿Creéis en Dios Padre omnipotente? ¿Creéis en Jesucristo su único

¹⁸¹ El nuevo Ritual sugiere responder: “El bautismo”, o bien, “la gracia de Cristo”, “la entrada en la Iglesia” o “la vida eterna”: Cf. *Ritual del Bautismo de Niños. Conferencia Episcopal Española, primera edición* (Reimpresión 2010), 137. Cf. *Encuentro con los Sacerdotes de la Diócesis de Albano*. Palacio pontificio de Castelgandolfo. Jueves 31 -8- 2006; *Ángelus*. Domingo 11 -1- 2009.

¹⁸² *Spe salvi* 10.

Hijo? ¿Creéis en el Espíritu Santo? Antiguamente estas preguntas se dirigían personalmente a quien iba a recibir el bautismo, antes de que se sumergiera tres veces en el agua. Y también hoy la respuesta es en singular: «Creo»¹⁸³.

Por tanto, en la liturgia bautismal la fe se pide a la Iglesia y además se profesa en la Iglesia, y con esta profesión de fe expresamos el deseo de adhesión a Cristo a través de su Cuerpo, la Iglesia. Asimismo, la respuesta en singular revela la dimensión personal de la fe, que transforma la existencia abriéndole nuevos horizontes que le guían hacia la verdad completa, hacia Dios. Así pues, mediante la fe y el bautismo el Señor «implanta» en nosotros un corazón nuevo¹⁸⁴, capacitándonos para vivir como verdaderos hijos. A esto mismo se refiere el Papa Benedicto cuando dice que «cada vez que participamos en un bautizo deberíamos preguntarnos cómo vivimos cada día el gran don de la fe»¹⁸⁵.

2.3.2. Dimensión eclesial del bautismo

Ante la cantidad de cristianos que son perseguidos a causa de su fe, el Papa Benedicto sostiene que «el cristiano no debe tener miedo a ir “a contracorriente” por vivir la propia fe, resistiendo la tentación de “uniformarse”»¹⁸⁶, puesto que el Señor nos llama a vivir en el mundo, pero no según el mundo; sino siendo luz del mundo. Asimismo, al afirmar que el sacramento del bautismo tiene un carácter eclesial, el Santo Padre explica que «nuestra fe personal en Cristo, nacida del diálogo con Él, está vinculada a la fe de la

¹⁸³ *Audiencia general*. Miércoles 31 -10- 2012.

¹⁸⁴ *Discurso. Encuentro con los jóvenes de Roma y del Lacio como preparación para la XXI Jornada Mundial de la Juventud*. Jueves 6 -4- 2006.

¹⁸⁵ *Audiencia general*. Miércoles 23 -1- 2013.

¹⁸⁶ *Ibíd.*

Iglesia». Y continúa diciendo que los bautizados «no somos creyentes aislados, sino que, mediante el bautismo, somos miembros de esta gran familia, y es la fe profesada por la Iglesia la que asegura nuestra fe personal»¹⁸⁷.

Una vez más el Santo Padre acentúa la importancia de la dimensión eclesial de nuestro bautismo al explicar que «nadie puede hacerse cristiano por sí mismo», ya que todos necesitamos de otro. Y añade que «este “otro” que nos hace cristianos, que nos da el don de la fe, es en primera instancia la comunidad de los creyentes, la Iglesia»¹⁸⁸. Por lo tanto, no es posible imaginar la vida cristiana separada de la comunidad eclesial, puesto que la Iglesia no sólo confiere la fe, sino que también la acompaña y sostiene en cada uno de los cristianos. A este tenor dice el Papa:

La Iglesia (...), desde el principio es el lugar de la fe, el lugar de la transmisión de la fe, el lugar donde, por el bautismo, se está inmerso en el Misterio Pascual de la muerte y resurrección de Cristo, que nos libera de la prisión del pecado, nos da la libertad de hijos y nos introduce en la comunión con el Dios Trinitario. Al mismo tiempo estamos inmersos en la comunión con los demás hermanos y hermanas de fe, con todo el Cuerpo de Cristo, fuera de nuestro aislamiento¹⁸⁹.

Ahora bien, conviene precisar que la Iglesia no actúa por sí misma como si de ella brotara la fuente de nuestro ser cristiano. La Iglesia no se crea a sí misma, sino que cumple su misión porque está arraigada en el Misterio pascual de Cristo. Y así lo afirma Benedicto XVI cuando explica que «sólo

¹⁸⁷ *Mensaje para la XXVI Jornada Mundial de la Juventud 2011* (Vaticano, 6 -8-2010), 5.

¹⁸⁸ *Audiencia general*. Miércoles 10 -12- 2008.

¹⁸⁹ *Ibíd.*

Cristo puede constituir a la Iglesia», ya que sólo «Cristo es el verdadero donante de los sacramentos»¹⁹⁰, de los que la Iglesia es depositaria. Y en otro lugar, nuestro autor también explica: «En el Credo profesamos la Iglesia “santa”, santa en cuanto que es el Cuerpo de Cristo, es instrumento de participación en los santos Misterios —en primer lugar, la eucaristía— y familia de los santos, a cuya protección se nos encomienda en el día del bautismo»¹⁹¹. Por tanto, la Iglesia es santa no por sí misma sino por participación, es decir, por su pertenencia a Cristo, que vive y actúa permanentemente en ella, guiándola mediante la acción del Espíritu Santo.

¹⁹⁰ *Ibíd.*

¹⁹¹ *Ángelus*. Plaza de San Pedro. Martes 1-11-2011.

III. LA EXISTENCIA CRISTIANA DE LOS BAUTIZADOS

En el segundo capítulo hemos abordado la unidad entre fe y bautismo, explicando los contenidos y el acto de fe, desde su dimensión personal y eclesial, al mismo tiempo que hemos acentuado que la incorporación a Cristo, que acontece en la regeneración que consuma el bautismo, se realiza mediante la pertenencia a la Iglesia, que es su Cuerpo. Ahora, por tanto, pasamos al tercer y último capítulo en el que explicaremos la existencia cristiana de los bautizados, para lo cual nos centraremos en el testimonio de fe de los bautizados y en la importancia de permanecer en la fe recibida, en cuyo apartado fijaremos nuestra mirada hacia la dimensión escatológica del bautismo, puesto que, como hemos afirmado en el segundo capítulo, «la fe es prenda de vida eterna» (cf. *Cap. II, 2.3.1*). Tras estas puntualizaciones pasamos, sin más, a desarrollar este capítulo.

1. El testimonio de fe de los bautizados

Al hablar del testimonio de fe de los bautizados, lo primero que queremos señalar es que, cuando Benedicto XVI explica que «sin la liturgia y los sacramentos, la profesión de fe no tendría eficacia», puesto que «carecería de la gracia que sostiene el testimonio de los cristianos», con ello pone de relieve la relación intrínseca que entrelaza los cuatro pilares en los que el magisterio de la Iglesia articula la doctrina cristiana. De hecho, en ese mismo contexto nuestro autor añade que «la enseñanza del Catecismo sobre la vida moral adquiere su pleno sentido cuando se pone en relación con la fe, la liturgia y la oración»¹⁹². Por tanto, la vida cristiana que se arraiga en la fe bautismal, se alimenta y se expresa en la liturgia y en la oración, y se perfecciona en el testimonio que edifica a la Iglesia e ilumina al mundo. Por lo demás,

¹⁹² *Porta fidei* 11.

«ningún creyente en Cristo puede sentirse ajeno a esta responsabilidad que proviene de su pertenencia sacramental al Cuerpo de Cristo»¹⁹³. Al contrario, por el hecho mismo de estar bautizados, todos estamos llamados a reflejar en nuestras vidas lo que creemos y celebramos.

Por otra parte, al dirigirse a los laicos en la *Exhortación apostólica Ecclesia in Medio Oriente*, el Santo Padre les decía que «el testimonio cristiano, primera forma de la misión, es parte de la vocación original de la Iglesia, que se desarrolla en fidelidad al mandato recibido del Señor Jesús: “Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta el confín de la tierra” (*Hch* 1,8)»¹⁹⁴. En efecto, cada «cristiano es ante todo un testigo» que, con palabras o sin ellas, hace presente el amor de Dios en medio del mundo. Esto es lo que afirma nuestro autor cuanto explica que «el testimonio no sólo requiere una formación cristiana adecuada para hacer inteligibles las verdades de fe, sino también la coherencia de una vida conforme a esa misma fe, para poder responder a las exigencias de nuestros contemporáneos»¹⁹⁵.

1.1. El bautismo, vínculo sacramental de unidad

Según explica Benedicto XVI, la unidad entre los cristianos «la dona Dios como inseparable de la fe». Asimismo, al explicar que esto es lo que quería expresar san Pablo cuando, dirigiéndose a los efesios, les exhortaba a tener «un solo cuerpo y un solo Espíritu, como una sola es la esperanza de la vocación a la que habéis sido convocados. Un Señor, una fe, un bautismo. Un Dios, Padre de todos, que está sobre todos, actúa por medio de todos y está en todos (*Ef* 4, 4-6)», nuestro autor sostiene que «la profesión de la fe

¹⁹³ *Verbum Domini* 94.

¹⁹⁴ *Ecclesia in Medio Oriente* 66.

¹⁹⁵ *Ibíd.*, 67.

bautismal en Dios, Padre y Creador, que se ha revelado en el Hijo Jesucristo, infundiendo el Espíritu que vivifica y santifica, ya une a los cristianos»¹⁹⁶. Así pues, la unidad eclesial se arraiga en la unidad de la misma fe y del mismo bautismo, siendo así un verdadero reflejo de la comunión divina. En este sentido, el Santo Padre nos alienta a vivir esta comunión como un auténtico testimonio de fe, acentuando que también nosotros, los cristianos de hoy, al «igual que los primeros cristianos, tenemos la responsabilidad de dar un testimonio transparente de las “razones de nuestra esperanza”, de manera que los ojos de todos los hombres de buena voluntad se abran para ver que Dios ha manifestado su rostro (cf. *2Co* 3,12-18) y nos ha permitido acceder a su vida divina a través de Jesucristo» su Hijo amado, ya que «sólo Él es nuestra esperanza»¹⁹⁷.

Por otra parte, nuestro autor acentúa que «sin comunión no puede haber testimonio» creíble. Y, en este sentido, al afirmar que «el gran testimonio es precisamente la vida de comunión» de todos los cristianos, el Santo Padre enfatiza que fue el mismo Jesús quien, en la última cena, exhortó a sus discípulos diciendo: «En esto conocerán todos que sois discípulos míos: Si os tenéis amor los unos a los otros» (*Jn* 13, 35). Y en este sentido, explica que «esta comunión es la vida misma de Dios que se comunica en el Espíritu Santo, mediante Jesucristo»¹⁹⁸. Como ya hemos visto, también aquí nuestro autor subraya que la comunión es obra de la Trinidad. Y en este sentido, la búsqueda de la unidad de todos los cristianos ha sido uno de sus más grandes anhelos, como él mismo lo ha expresado cuando, hablando del vínculo bautismal, decía:

¹⁹⁶ *Homilía*. Basílica de San Pablo Extramuros. Viernes 25 -1- 2013.

¹⁹⁷ *Discurso*. *Encuentro Ecuménico en la Iglesia de San José*, Nueva York. Viernes 18 -4- 2008.

¹⁹⁸ *Homilía*. Basílica de San Pedro. Domingo 10 -10- 2010.

La Iglesia católica considera el bautismo válidamente conferido como «el vínculo sacramental de unidad entre todos los que con él se han regenerado» (UR 22). Que no tarde en llegar el día en que veamos un acuerdo ecuménico entre la Iglesia católica y las Iglesias con las que mantiene un diálogo teológico sobre el reconocimiento mutuo del bautismo, con vistas a restaurar después la plena comunión en la fe apostólica¹⁹⁹.

Durante sus años de pontificado, Benedicto XVI en ningún momento escatimó esfuerzos para buscar la unidad de todos los cristianos. Al contrario, con palabras y gestos muy significativos, constantemente nos ha remitido a la fuente misma de la fe de la Iglesia, como punto de partida y vínculo indefectible de la comunión de todos los bautizados. En efecto, en una celebración ecuménica celebrada en la Abadía de Westminster, en septiembre del año 2010, el Santo Padre afirmaba que «la unidad de la Iglesia jamás puede ser otra cosa que la unidad en la fe apostólica, en la fe confiada a cada nuevo miembro del Cuerpo de Cristo durante el rito del bautismo». Y al mismo tiempo agregaba que «ésta es la fe que nos une al Señor, que nos hace partícipes de su Espíritu Santo, y por lo tanto, incluso ahora, partícipes de la vida de la Santísima Trinidad, el modelo de la *koinonía* de la Iglesia en este mundo»²⁰⁰.

Con esta afirmación, nuestro autor precisaba que la base y la referencia infalible de toda iniciativa ecuménica ha de ser siempre la comunión trinitaria, la cual es fuente y modelo de la comunión eclesial. En este mismo sentido, con acento nostálgico, el Santo Padre también decía: «Ojalá que la

¹⁹⁹ *Ecclesia in Medio Oriente* 78.

²⁰⁰ *Discurso. Palabras introductorias en el rezo de Vísperas, en la celebración ecuménica*, en la Abadía de Westminster, City of Westminster, Londres. Viernes 17 -9- 2010.

fe común, el único bautismo para el perdón de los pecados y la obediencia al único Señor y Salvador se manifiesten plenamente en la dimensión comunitaria y eclesial»²⁰¹. En estas palabras, nuestro autor presenta los elementos que entrañan la misma fuente que «une a los cristianos de las diversas confesiones», ya que «en cuanto bautizados, todos somos hijos de Dios en Cristo Jesús, nuestro Maestro y Señor»²⁰². Por tanto, el punto de partida de la unidad de los cristianos es la fe bautismal, puesto que «sin la fe —que es primariamente don de Dios, pero también respuesta del hombre— todo el movimiento ecuménico se reduciría a una forma de “contrato” al que adherirse por un interés común»²⁰³.

1.2. El “compromiso” bautismal

En la tarea evangelizadora de la Iglesia estamos implicados todos los bautizados, sin excepción; aunque los campos de acción sean diversos para unos y otros. A este respecto, el Papa Benedicto nos recuerda que «la Iglesia es misionera en su conjunto y en cada uno de sus miembros»²⁰⁴, de manera que «también los fieles, en virtud de su bautismo, están llamados a cooperar en la edificación del Cuerpo de Cristo»²⁰⁵. En efecto, quien ha tenido un verdadero encuentro con la persona de Cristo y su mensaje se siente impulsado a comunicarlo a los demás, convencido de que el primer acto de amor que podemos mostrar al prójimo es «hacerle partícipe de la fuente de nuestra esperanza», puesto que «quien no da a Dios, da muy poco»²⁰⁶. Esto

²⁰¹ *Discurso. Encuentro con el Patriarca Bartolomé I.* Sábado 28 -6- 2008.

²⁰² *Ángelus.* Domingo 8 -1- 2006

²⁰³ *Homilía.* Basílica de San Pablo Extramuros. Viernes 25 -1- 2013.

²⁰⁴ *Mensaje para la XLV Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones* 13 -4- 2008 (Vaticano, 3 -12- 2007), 1.

²⁰⁵ *Discurso.* Sala del Consistorio. Sábado 14 -3- 2009, 5.

²⁰⁶ *Mensaje para la XXVIII Jornada Mundial de la Juventud* 2013 (Vaticano, 18 -10- 2012), 5.

mismo es lo que explica nuestro autor cuando dice que todo «el pueblo cristiano, nacido de las aguas del bautismo, está llamado a dar testimonio en todo el mundo de esta salvación, a llevar a todos el fruto de la Pascua, que consiste en una vida nueva, liberada del pecado y restaurada en su belleza originaria, en su bondad y verdad»²⁰⁷.

Asimismo, al explicar que «los medios que tenemos para “hacer discípulos” son principalmente el bautismo y la catequesis», el Santo Padre afirma que para llevar a cabo esta grandiosa tarea «debemos conducir a las personas que estamos evangelizando para que encuentren a Cristo vivo, en modo particular en su Palabra y en los sacramentos»²⁰⁸. Por otra parte, el Papa Benedicto también sostiene que «si por los sacramentos del bautismo y de la confirmación cada cristiano está llamado a dar testimonio y a anunciar el Evangelio, la dimensión misionera está especial e íntimamente unida a la vocación sacerdotal»²⁰⁹. Así pues, aunque la tarea evangelizadora no es exclusiva de los ministros ordenados, cabe subrayar, sin embargo, que ésta es parte inherente e irrenunciable de su ministerio. Ahora bien, dado que éste es un tema que desborda en demasía el contexto de nuestro trabajo, nos limitaremos exclusivamente a explicar el compromiso bautismal desde un doble enfoque: la tarea profética de los laicos y la transmisión de la fe a los hijos.

²⁰⁷ *Mensaje Urbi et Orbi*. Pascua 2010.

²⁰⁸ *Ibíd.*

²⁰⁹ *Mensaje para la XLV Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones*, 13 -4- 2008 (Vaticano, 3 -12- 2007), 1; Cf. *Discurso a los participantes en la Asamblea Plenaria de la Congregación para el Clero*. Lunes 16 -3-2009.

1.2.1. La tarea profética de los laicos

En continuidad con las enseñanzas del magisterio ordinario, Benedicto XVI explica que «los laicos están llamados a ejercer su tarea profética, que se deriva directamente del bautismo, y a testimoniar el Evangelio en la vida cotidiana dondequiera que se encuentren»²¹⁰. En efecto, ya que los fieles laicos cuentan con un amplio campo de acción, en el que están llamados a dar un vivo testimonio de fe, nuestro autor alude que los ministros ordenados han de «llevarlos a tener una experiencia más viva de Jesucristo y del misterio de su amor»²¹¹. Y en otro lugar también explica:

Para vivir con fidelidad a los compromisos bautismales, cada uno debe tener una sólida formación en la fe, con el fin de afrontar los nuevos fenómenos de la vida contemporánea, como el desarrollo de la urbanización, el desempleo de numerosos jóvenes, las seducciones materialistas de todo tipo o la influencia de ideas que provienen de todos los horizontes²¹².

Ahora bien, para que esta formación sea sólida, se ha de tener en cuenta que «el núcleo del anuncio primordial es el acontecimiento de la muerte y resurrección del Señor, de donde surge todo el patrimonio de la fe»²¹³. Por lo demás, un cristiano bien formado «sabe que su decisión de seguir a Cristo puede llevarle a grandes sacrificios, incluso el de la propia vida», pero al mismo tiempo no debe olvidar que «Cristo ha vencido a la muerte y nos lleva consigo en su resurrección. Nos introduce en un mundo nuevo, un

²¹⁰ *Verbum Domini* 94.

²¹¹ *Discurso*. Sala del Consistorio. Sábado 14 -3- 2009, 5.

²¹² *Discurso. A los obispos de Senegal, Mauritania, Cabo Verde y Guinea Bissau en Visita "Ad Limina"*. Lunes 20 -2- 2006.

²¹³ *Audiencia general*. Miércoles 31 -10- 2012.

mundo de libertad y felicidad»²¹⁴. Con estas afirmaciones nuestro autor no se refiere exclusivamente a hechos del pasado, ya que en nuestros tiempos sigue habiendo un gran número de cristianos perseguidos y martirizados en diversos lugares del mundo. Por esta razón, dirigiéndose a los fieles laicos del Oriente Medio, el Papa les animaba «a fortalecer los lazos de hermandad y colaboración con las personas de buena voluntad en la búsqueda del bien común, de la sana gestión de los bienes públicos, de la libertad religiosa y del respeto de la dignidad de cada persona», al mismo tiempo que les exhortaba diciendo:

Aun cuando la misión de la Iglesia se hace difícil en los ambientes donde el anuncio explícito del evangelio encuentra obstáculos o no es posible, que «vuestra conducta entre los gentiles sea buena, para que [...], fijándose en vuestras buenas obras, den gloria a Dios el día de su venida» (1 P 2,12). Preocuparos de dar razón de vuestra fe (cf. 1 P 3,15) mediante la coherencia de vuestra vida y vuestro obrar cotidiano (cf. *Propositio* 30). Para que vuestro testimonio dé realmente fruto (cf. *Mt* 7,16.20), os exhorto a superar las divisiones y cualquier interpretación subjetivista de la vida cristiana. Poned cuidado en no separarla –con sus valores y exigencias– de la vida familiar o en la sociedad, en el trabajo, en la política y la cultura, pues todos los diferentes ámbitos de la vida del laico entran en el designio de Dios (*Ch* 57-63). Os invito a ser audaces por amor a Cristo, seguros de que ni la tribulación, ni la angustia, ni la persecución os podrán separar de él (cf. *Rm* 8,35)²¹⁵.

²¹⁴ *Homilía*. Estadio de la Amistad, Cotonú, Benín. Domingo 20 -11- 2011.

²¹⁵ *Ecclesia in Medio Oriente* 56.

Con estas palabras, el Santo Padre no les está pidiendo algo imposible o utópico a aquellos hermanos nuestros del Medio Oriente, sino que, con ellas les recuerda, como también nos recuerda a nosotros, que el grado máximo de la fe de los bautizados consiste en dar la vida a imagen de Cristo. En efecto, en la *Carta apostólica Porta fidei*, el Santo Padre acentúa que «por la fe, hombres y mujeres de toda edad, cuyos nombres están escritos en el libro de la vida (cf. *Ap* 7, 9; 13, 8), han confesado a lo largo de los siglos la belleza de seguir al Señor Jesús allí donde se les llamaba a dar testimonio de su ser cristianos: En la familia, la profesión, la vida pública y el desempeño de los carismas y ministerios que se les confiaban»²¹⁶. Por tanto, también en nuestros tiempos urge un testimonio que ilumine al mundo, puesto que la Iglesia, «nacida del costado de Cristo, se ha hecho portadora de una nueva esperanza sólida»²¹⁷.

1.2.2. La transmisión de la fe a los hijos

Benedicto XVI es muy explícito cuando se refiere a la tarea que tienen los padres cristianos respecto a la transmisión de la fe a los hijos. En efecto, en un discurso pronunciado en Valencia, con motivo del V Encuentro Mundial de las Familias, el Papa explicó que «transmitir la fe a los hijos, con la ayuda de otras personas e instituciones como la parroquia, la escuela o las asociaciones católicas, es una responsabilidad que los padres no pueden olvidar, descuidar o delegar totalmente»²¹⁸. Y en ese mismo contexto, aludiendo a lo

²¹⁶ *Porta fidei* 13.

²¹⁷ *Audiencia general*. Miércoles 17 -10- 2012.

²¹⁸ *Discurso*. Valencia, España. Sábado 8 -7- 2006. Esclarece mucho, además, lo que afirma el Santo Padre acerca del apoyo que brinda la comunidad eclesial en la tarea de educar a los hijos, cuando dice: «La colaboración entre la comunidad cristiana y la familia es más necesaria que nunca en el contexto social actual, en el que la institución familiar se ve amenazada desde varias partes y debe afrontar no pocas dificultades en su misión de educar en la fe». Y a continuación

que dice el *Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica*, el Papa Benedicto expresaba:

«La familia cristiana es llamada Iglesia doméstica, porque manifiesta y realiza la naturaleza comunitaria y familiar de la Iglesia en cuanto familia de Dios. Cada miembro, según su propio papel, ejerce el sacerdocio bautismal, contribuyendo a hacer de la familia una comunidad de gracia y de oración, escuela de virtudes humanas y cristianas y lugar del primer anuncio de la fe a los hijos» (*Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica*, 350). Y además: «Los padres, partícipes de la paternidad divina, son los primeros responsables de la educación de sus hijos y los primeros anunciadores de la fe. Tienen el deber de amar y de respetar a sus hijos como personas y como hijos de Dios... En especial, tienen la misión de educarlos en la fe cristiana» (ib., 460)²¹⁹.

En ese mismo encuentro, ya en la Misa de clausura, al afirmar que «la fe no es (...) una mera herencia cultural, sino una acción continua de la gracia de Dios que llama y de la libertad humana que puede o no adherirse a esa llamada», el Santo Padre explicaba que «aunque nadie responde por otro, sin embargo los padres cristianos están llamados a dar un testimonio creíble de su fe y esperanza cristiana», por lo cual «han de procurar que la

añade: «La pérdida de referencias culturales estables y la rápida transformación a la cual está continuamente sometida la sociedad, hacen que el compromiso educativo sea realmente arduo. Por eso, es necesario que las parroquias se esfuercen cada vez más por sostener a las familias, pequeñas iglesias domésticas, en su tarea de transmisión de la fe» (*Homilía*, Capilla Sixtina. Domingo 9 -1- 2011).

²¹⁹ *Discurso*. Valencia, España. Sábado 8 -7- 2006.

llamada de Dios y la buena nueva de Cristo lleguen a sus hijos con la mayor claridad y autenticidad»²²⁰ posibles.

Han sido muchas las ocasiones y circunstancias en las que Benedicto XVI ha reiterado el valor y la importancia de la transmisión de la fe en el seno familiar, afirmando que «es preciso que, tras el bautismo», los hijos «sean educados en la fe, instruidos según la sabiduría de la Sagrada Escritura y las enseñanzas de la Iglesia, a fin de que crezca en ellos este germen de la fe que hoy reciben y puedan alcanzar la plena madurez cristiana»²²¹. Y en otro lugar, enfatizando que «los padres son los primeros educadores de la fe de sus hijos, desde su más tierna edad», y que «por tanto, es necesario sostener a las familias en su misión educativa, a través de iniciativas adecuadas», el Papa puntualiza:

Es deseable que el camino bautismal, primera etapa del itinerario formativo de la iniciación cristiana, además de favorecer una consciente y digna preparación para la celebración del sacramento, cuide de manera adecuada los años inmediatamente sucesivos al bautismo, con itinerarios apropiados que tengan en cuenta las condiciones de vida de las familias²²².

En ese sentido, amén del esfuerzo insustituible de los padres y del apoyo de la comunidad eclesial, también los padrinos han de saberse responsables en la transmisión de la fe, como afirma nuestro autor cuando dice que «con un gesto muy significativo, durante el rito del bautismo el padre o el

²²⁰ *Homilía*. Valencia, España. Domingo 9 -7- 2006.

²²¹ *Homilía*. Capilla Sixtina. Domingo 9 -1- 2011.

²²² *Homilía*. *Vísperas de la Solemnidad de Santa María, Madre de Dios*. Basílica Vaticana. Sábado 31 -12- 2011.

padrino enciende una vela en el gran Cirio pascual, símbolo de Cristo resucitado»²²³. Y asimismo, hablando de la entrega del cirio como signo de la transmisión de la fe, el Santo Padre explica:

En el rito del bautismo hay un signo elocuente, que expresa precisamente la transmisión de la fe: es la entrega, a cada uno de los bautizandos, de una vela encendida en la llama del cirio pascual: es la luz de Cristo resucitado que os comprometéis a transmitir a vuestros hijos. Así, de generación en generación, los cristianos nos transmitimos la luz de Cristo, de modo que, cuando vuelva, nos encuentre con esta llama ardiendo entre las manos²²⁴.

Del mismo modo, nuestro autor sostiene que los padres y padrinos han de alimentar «la llama de la fe con la escucha y la meditación de la palabra de Dios y con la comunión asidua de Jesús eucaristía»²²⁵. Ahora bien, al recordar que en la celebración bautismal el ministro que preside se dirige a los padres diciendo: «Que vuestro hijo, iluminado por Cristo, camine siempre como hijo de la luz», Benedicto XVI explica que esta parte del rito «encierra todo el sentido de la transmisión de la fe en la familia», lo cual «para ser auténtico debe ir precedido y acompañado por el compromiso de los padres de profundizar el conocimiento de su fe, avivando su llama con la oración y la práctica asidua de los sacramentos de la confesión y la eucaristía»²²⁶. En efecto, la transmisión de la fe no se reduce a la comunicación de doctrinas o

²²³ *Ángelus*. Domingo 2 -7- 2006; *Homilía*. Capilla Sixtina. Domingo 13 -1- 2008.

²²⁴ *Homilía*. Capilla Sixtina. Domingo 13 -1- 2008.

²²⁵ *Ibíd.*

²²⁶ *Ángelus*. Domingo 2 -7- 2006.

enseñanzas sobre las verdades de fe, sino, sobre todo, a un testimonio permanente que involucra toda la vida.

1.3. La vida cristiana: armonía entre fe y caridad

En su primer documento oficial, la *Carta encíclica Deus caritas est*, el Papa Benedicto XVI se dirigió a todos los cristianos que compartimos la misma fe y el mismo bautismo, invitándonos a recuperar la centralidad de Dios en nuestra vida y en la sociedad. En efecto, al comentar el texto en el que san Juan afirma que «Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él (1 Jn 4, 16)», nuestro autor explica que estas palabras «expresan con claridad meridiana el corazón de la fe cristiana», y añade que, «en este mismo versículo, Juan nos ofrece, por así decir, una formulación sintética de la existencia cristiana». Y en el mismo contexto, el Santo Padre señala: «Puesto que es Dios quien nos ha amado primero (cf. 1 Jn 4,10), ahora el amor ya no es sólo un “mandamiento”, sino la respuesta al don del amor, con el cual Dios viene a nuestro encuentro»²²⁷. Así pues, la fe de todos los que, mediante el bautismo hemos sido configurados con Cristo, no es una fe estéril sino que se armoniza con la caridad en una relación indisoluble, como también explica Benedicto XVI cuando, relacionando varios textos bíblicos, dice:

La fe es conocer la verdad y adherirse a ella (cf. 1 Tm 2,4); la caridad es “caminar” en la verdad (cf. Ef4,15). Con la fe se entra en la amistad con el Señor; con la caridad se vive y se cultiva esta amistad (cf. Jn 15,14s). La fe nos hace acoger el mandamiento del Señor y Maestro; la caridad nos da la dicha de ponerlo en práctica (cf. Jn 13,13-17). En la fe somos engendrados como hijos de Dios (cf. Jn 1,12s); la caridad

²²⁷ *Deus caritas est* 1.

nos hace perseverar concretamente en este vínculo divino y dar el fruto del Espíritu Santo (cf. *Ga* 5,22). La fe nos lleva a reconocer los dones que el Dios bueno y generoso nos encomienda; la caridad hace que fructifiquen (cf. *Mt* 25,14-30)²²⁸.

Así pues, la fe y la caridad «están íntimamente unidas», de manera que nunca se han de oponer. Más aún, «es equivocado ver en ellas un contraste o una “dialéctica”»²²⁹, puesto que, como afirma nuestro autor, «una fe sin amor nunca será una fe cristiana auténtica». En efecto, «el amor se asienta sobre la fe». Esto es lo que afirma el Papa Benedicto cuando señala que en la Iglesia todo «se apoya sobre la fe: Los sacramentos, la liturgia, la evangelización, la caridad», como también «el derecho» y «la autoridad». Y en este sentido, también añade que «la Iglesia no se da a sí misma las reglas, el propio orden, sino que lo recibe de la Palabra de Dios, que escucha en la fe y trata de comprender y vivir»²³⁰.

Por otra parte, al explicar el significado de la Cátedra de Pedro, mientras evoca las célebres palabras de san Ignacio de Antioquía, quien llamaba a la Iglesia de Roma “aquella que preside en la caridad” (*Inscr.: PG* 5, 801), Benedicto XVI presenta la «reciprocidad entre la fe y el amor» como un doble movimiento «de ascensión y de descenso», cuando dice:

La Cátedra está puesta con gran realce en este lugar, porque aquí está la tumba del apóstol Pedro, pero también tiende hacia el amor de Dios. En efecto, la fe se orienta al amor. Una fe egoísta no es una fe verdadera. Quien cree en Jesucristo y entra en el dinamismo del

²²⁸ *Mensaje para la cuaresma* 2013 (Vaticano, 15 -10- 2012), 2.

²²⁹ Cf. *Mensaje para la cuaresma* 2013 (Vaticano, 15 -10- 2012), 3.

²³⁰ *Homilía*. Basílica Vaticana. Domingo 19 -2- 2012.

amor que tiene su fuente en la eucaristía, descubre la verdadera alegría y, a su vez, es capaz de vivir según la lógica de este don. La verdadera fe es iluminada por el amor y conduce al amor, hacia lo alto, del mismo modo que el altar de la Cátedra apunta hacia la ventana luminosa, la gloria del Espíritu Santo²³¹.

Así pues, la relación entre estas dos virtudes teologales se ha de comprender desde sunexo original, es decir, desde nuestro bautismo, que es inmersión en el Misterio pascual de Cristo. Por tanto, para profundizar aún más en este vínculo idisoluble, hablaremos de la fe cristiana como respuesta al don del amor, pero también como fuente del amor.

1.3.1. La fe como respuesta al don del amor

Según explica Benedicto XVI, «la fe nos muestra a Dios que nos ha dado a su Hijo y así suscita en nosotros la firme certeza de que realmente es verdad que Dios es amor», y a continuación añade que «la fe, que hace tomar conciencia del amor de Dios revelado en el corazón traspasado de Jesús en la cruz, suscita a su vez el amor»²³². La fe, por tanto, es la respuesta del hombre a Dios, que nos llama a la comunión con él y con su Hijo Jesucristo, y que mediante el sacramento del bautismo nos hace partícipes de su misma vida divina. En efecto, en ese encuentro de Dios con el hombre se explicita la unión y la reciprocidad de estas dos virtudes, entrelazándose de tal manera que la fe se transforma en amor, como insinúa el Santo Padre cuando dice:

²³¹ *Ibíd.*

²³² *Mensaje para la Cuaresma 2013* (Vaticano, 15.X. 2012), 1.

Toda la vida cristiana consiste en responder al amor de Dios. La primera respuesta es precisamente la fe, acoger llenos de estupor y gratitud una inaudita iniciativa divina que nos precede y nos reclama. Y el “sí” de la fe marca el comienzo de una luminosa historia de amistad con el Señor, que llena toda nuestra existencia y le da pleno sentido. Sin embargo, Dios no se contenta con que nosotros aceptemos su amor gratuito. No se limita a amarnos, quiere atraernos hacia sí, transformarnos de un modo tan profundo que podamos decir con san Pablo: ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí (cf. *Ga* 2,20)²³³.

Sobre este modo de vivir en Cristo, ya hemos hablado más arriba al explicar en qué consiste el bautismo (cf. *Cap.* II, 2.1.2). Por otra parte, tal como constatamos en los textos sagrados, en los salmos y oraciones, la fe bíblica del pueblo de Israel se centraba en el amor a Dios. A ello se refiere el Papa Benedicto cuando dice que «la fe cristiana, poniendo el amor en el centro, ha asumido lo que era el núcleo de la fe de Israel, dándole al mismo tiempo una nueva profundidad y amplitud». Y, al mismo tiempo, explicando que al mandato de amar a Dios, descrito en la oración del *Shemá*, Jesucristo le adhirió el amor al prójimo, ya contemplado en el Pentateuco, nuestro autor sostiene:

El israelita creyente reza cada día con las palabras del *Libro del Deuteronomio* que, como bien sabe, compendian el núcleo de su existencia: «Escucha, Israel: El Señor nuestro Dios es solamente uno. Amarás al Señor con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas» (6, 4-5). Jesús, haciendo de ambos un único precepto, ha unido este mandamiento del amor a Dios con el del amor al prójimo, contenido en el *Libro del Levítico*: «Amarás a tu prójimo como a ti

²³³ *Ibíd.*, 2.

mismo» (19, 18; cf. *Mc* 12, 29- 31). Y, puesto que es Dios quien nos ha amado primero (cf. *1 Jn* 4, 10), ahora el amor ya no es sólo un «mandamiento», sino la respuesta al don del amor, con el cual viene a nuestro encuentro²³⁴.

Así pues, quien ha experimentado el amor de Dios, y por el bautismo ha recibido el don de su Espíritu, se siente impulsado a responder con generosidad. Y en este sentido, el Santo Padre acentúa que, «en definitiva, todo parte del amor y tiende al amor», al mismo tiempo que explica que los cristianos «conocemos el amor gratuito de Dios mediante el anuncio del Evangelio», gracias al cual, «si lo acogemos con fe, recibimos el primer contacto –indispensable– con lo divino, capaz de hacernos “enamorar del Amor”, para después vivir y crecer en este Amor y comunicarlo con alegría a los demás»²³⁵.

1.3.2. La fe actúa por la caridad

En el Mensaje para la *XXVI Jornada Mundial de la Juventud*, el Santo Padre les proponía a todos los jóvenes el ejemplo de la fidelidad de los santos, y les exhortaba a mantenerse firmes en la fe, a pesar de las vicisitudes de la vida. Y así, al expresar que «la victoria que nace de la fe es la del amor»²³⁶, nuestro autor exclamaba: «Cuántos cristianos han sido y son un testimonio vivo de la fuerza de la fe que se expresa en la caridad». Y a continuación señalaba que, a esos cristianos, «la caridad que brota de la fe les ha llevado a dar un testimonio muy concreto, con la palabra y las

²³⁴ *Deus caritas est* 1.

²³⁵ *Ibíd.*, 3.

²³⁶ *Mensaje para la XXVI Jornada Mundial de la Juventud* 2011 (Vaticano, 6 -8- 2010), 5.

obras»²³⁷. Así pues, el amor es concretamente la fe en acto, como también explica Benedicto XVI cuando dice:

La fe sin la caridad no da fruto, y la caridad sin fe sería un sentimiento constantemente a merced de la duda. La fe y el amor se necesitan mutuamente, de modo que una permite a la otra seguir su camino. En efecto, muchos cristianos dedican sus vidas con amor a quien está solo, marginado o excluido, como el primero a quien hay que atender y el más importante que socorrer, porque precisamente en él se refleja el rostro mismo de Cristo²³⁸.

En este sentido podemos afirmar que, así como la fe precede a la caridad, así también el bautismo precede a la eucaristía, puesto que el bautismo «es la puerta para todos los sacramentos»²³⁹. Del mismo modo, presentando un paralelismo entre fe y caridad y los sacramentos del bautismo y la eucaristía, el Santo Padre afirma:

La relación entre estas dos virtudes es análoga a la que existe entre dos sacramentos fundamentales de la Iglesia: El bautismo y la eucaristía. El bautismo (*Sacramentum fidei*) precede a la eucaristía (*Sacramentum caritatis*), pero está orientado a ella, que constituye la plenitud del camino cristiano. Análogamente, la fe precede a la caridad, pero se revela genuina sólo si culmina en ella. Todo parte de la humilde aceptación de la fe (“saber que Dios nos ama”), pero debe llegar a la verdad de la caridad (“saber amar a Dios y al prójimo”), que

²³⁷ *Ibíd.*, 5.

²³⁸ *Porta Fidei* 14.

²³⁹ *Sacramentum caritatis* 17; *Discurso*. Estadio "Meazza", San Siro, Milán. Sábado 2 -6- 2012.

permanece para siempre, como cumplimiento de todas las virtudes (cf. 1 Co 13,13)²⁴⁰.

No obstante esta explícita analogía, hemos de afirmar que fe y caridad no son equivalentes a bautismo y eucaristía. De hecho, mientras que por un lado el Papa Benedicto explica que «el bautismo es el sacramento de la fe»²⁴¹, el «*Sacramentum fidei*»²⁴², por otro lado, sin embargo, también sostiene que «la eucaristía es “misterio de la fe” por excelencia: “es el compendio y la suma de nuestra fe” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 1327)»²⁴³. Ahora bien, esta aparente incoherencia, respecto a lo expresado más arriba, se explica cuando, al hablar de la fe como fundamento del bautismo y de la eucaristía, nuestro autor subraya el nexo entre ambos sacramentos, así como también el vínculo entre fe y caridad. Por tanto, siendo la caridad la exteriorización de la fe que la Iglesia nos confió el día de nuestro bautismo, la eucaristía nos urge a ofrecernos por amor, como Cristo se ofreció a sí mismo por nosotros. Esto es lo que afirma el Santo Padre cuando dice que «una fe sin obras es como un árbol sin frutos»²⁴⁴. Y así también, citando a san Agustín cuando escribe que «el “mandamiento” del amor es posible sólo porque no es una mera exigencia», sino que «el amor puede ser “mandado” porque antes es dado»²⁴⁵, nuestro autor recuerda que «el cristiano es una persona conquistada por el amor de Cristo y movido por este amor –“*caritas Christi urget nos*” (2 Co 5,14)–, está abierto de modo profundo y concreto al amor al prójimo (cf. *Deus caritas est.*, 33)»²⁴⁶. Esta misma idea la

²⁴⁰ *Mensaje para la cuaresma* 2013 (Vaticano, 15 -10- 2012), 4.

²⁴¹ *Lectio divina*. Aula Pablo VI. Jueves 23 -2- 2012.

²⁴² Cf. *Mensaje para la Cuaresma* 2013 (Vaticano, 15 -10- 2012), 4.

²⁴³ *Sacramentum caritatis* 6.

²⁴⁴ Cf. *Mensaje para la cuaresma* 2013, 3; Cf. *Audiencia general*. Miércoles 26 -11- 2008.

²⁴⁵ *Deus caritas est* 14.

²⁴⁶ *Mensaje para la Cuaresma* 2013 (Vaticano, 15 -10- 2012), 1.

expresa nuestro autor al afirmar que «cuando dejamos espacio al amor de Dios», Dios «nos hace semejantes a él, partícipes de su misma caridad». Así pues, con estas palabras el Santo Padre explica que «abrirnos a su amor significa dejar que él viva en nosotros y nos lleve a amar con él, en él y como él». Y así, «sólo entonces nuestra fe llega verdaderamente “a actuar por la caridad” (Ga 5,6)»²⁴⁷.

2. Permanecer en la fe recibida

Después de haber expuesto la primera parte de este capítulo, en la que hemos abordado el testimonio de fe de los bautizados, pasamos a la segunda parte: Permanecer en la fe recibida. A este tenor quisiéramos señalar que, en su *Carta apostólica Porta fidei*, con la que nos convocó a la celebración del Año Santo de la Fe²⁴⁸, nuestro autor explica que «redescubrir los contenidos de la fe profesada, celebrada, vivida y rezada (cf. Juan Pablo II, *Const. ap. Fidei depositum* (11 octubre 1992): AAS 86 (1994), 116.), y reflexionar sobre el mismo acto con el que se cree, es un compromiso que todo creyente debe de hacer propio». Y en este mismo contexto, mientras afirma que «no por casualidad, los cristianos en los primeros siglos estaban obligados a aprender de memoria el Credo», el Santo Padre añade que «esto les servía como oración cotidiana para no olvidar el compromiso asumido con el bautismo»²⁴⁹. Así pues, con este elocuente testimonio el Papa nos exhorta a no desligar nuestra fe de los actos cotidianos, al mismo tiempo que nos re-

²⁴⁷ *Mensaje para la Cuaresma* 2013 (Vaticano, 15.X. 2012), 2; cf. *Audiencia General*. Miércoles 26 -11- 2008; cf. también: *Porta Fidei* 6.

²⁴⁸ El Año Santo de la Fe fue convocado por S.S. Benedicto XVI con motivo del 50º aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II y el 20º aniversario de la promulgación del Catecismo de la Iglesia, y se celebró del 11 de octubre de 2012 al 24 de noviembre de 2013.

²⁴⁹ *Porta fidei* 9.

cuerda la importancia de no reducir la fe a meras fórmulas doctrinales o conceptos memorizados. Por el contrario, nos invita a vivir la fe como parte esencial de nuestra propia existencia.

Por lo tanto, con estas iniciativas nuestro autor subraya que el bautismo «es algo más que un baño», puesto que no sólo consiste en un signo de limpieza exterior. El bautismo, en efecto, realiza una transformación en el creyente, es una regeneración a una vida nueva. Y así, al comentar que «san Pablo mismo, en la *Carta a los Gálatas*, hablando del viraje de su vida que se produjo en el encuentro con Cristo resucitado, lo describe con la palabra: “estoy muerto”», el Santo Padre explica esta realidad ontológica precisando que «llegar a ser cristianos es algo más que una operación cosmética, que añadiría algo de belleza a una existencia ya más o menos completa», pues de lo que se trata es de «un nuevo inicio, es volver a nacer: muerte y resurrección»²⁵⁰. Esto es, por tanto, lo que significa y realiza el sacramento del bautismo en cada uno de los creyentes.

Por otra parte, para explicar cómo y desde dónde hemos de permanecer en la fe recibida, nos orientaremos en tres aspectos que nos parecen fundamentales. Estos son: el bautismo de niños, bautismo y vida de gracia, y las dimensiones escatológicas del bautismo. Aquí también podríamos hablar de la iniciación cristiana, puesto que existe una conexión indiscutible entre el bautismo, la confirmación y la eucaristía. Sin embargo, creemos que este vínculo como tal, independientemente y con toda propiedad, se podría estudiar como materia de una Tesina en particular.

2.1. El bautismo de niños

²⁵⁰ *Audiencia general*. Miércoles 10 -12- 2008.

Al hablar del bautismo administrado a los niños, lo primero que hemos de tener presente es que, en los inicios del cristianismo, casi todos los bautizados eran adultos. Estos, en efecto, seguían previamente un itinerario de preparación, tras el cual expresaban su adhesión pública a la fe recibida de los apóstoles o de sus representantes y sucesores. Por otro lado, además, también existen testimonios de familias enteras que se adherían a la fe y se hacían bautizar, bautizando además a sus hijos, los cuales también pasaban a formar parte de la nueva familia de los hijos de Dios. De esta manera, poco a poco aquellos cristianos iban comprendiendo que «el bautismo es el inicio de la vida espiritual, que encuentra su plenitud por medio de la Iglesia»²⁵¹. En efecto, el Santo Padre explica que «los que han renacido por el agua de la vida nueva entran a formar parte de la Iglesia universal y se insertan en el dinamismo de la vida de fe»²⁵².

Por lo demás, dirigiéndose a un grupo de padres que pedían el bautismo para sus niños, Benedicto XVI les decía: «Al pedir el bautismo para vuestros hijos manifestáis y testimoniáis vuestra fe, la alegría de ser cristianos y de pertenecer a la Iglesia»²⁵³. Asimismo, afirmando que «el bautismo de los niños expresa y realiza el misterio del nuevo nacimiento a la vida divina en Cristo», dice el Santo Padre:

Los padres creyentes llevan a sus hijos a la pila bautismal, que representa el «seno» de la Iglesia, por cuyas aguas benditas son engendrados los hijos de Dios. El don recibido por los niños recién nacidos les exige que, cuando sean adultos, lo acojan de modo libre y respon-

²⁵¹ *Ángelus*. Plaza de San Pedro. Domingo 9-1-2011.

²⁵² *Discurso*. Visita “ad Limina” de los Obispos *de Corea*. Lunes 3 -12- 2007.

²⁵³ *Homilía*. Capilla Sixtina. Domingo 13 -1- 2013.

sable: este proceso de maduración los llevará luego a recibir el sacramento de la confirmación, que, precisamente, confirmará el bautismo y conferirá a cada uno el «sello» del Espíritu Santo²⁵⁴.

Los papás son los primeros responsables de la transmisión de la fe de sus hijos. Sin embargo, esa fe recibida tendrá que ir creciendo hasta llegar a ser una fe personal, libre y consciente, como ya hemos explicado más arriba (Cf. *Cap. II*, 1.2). Ahora bien, en cuanto al bautismo conferido a los párvulos, Benedicto XVI explica que «el hecho de que en la mayoría de los casos el bautismo se reciba en la infancia pone de relieve que se trata de un don de Dios», puesto que «nadie merece la vida eterna con sus fuerzas. La misericordia de Dios, que borra el pecado y permite vivir en la propia existencia “los mismos sentimientos que Cristo Jesús” (*Fp 2*, 5) se comunica al hombre gratuitamente»²⁵⁵. Asimismo, nuestro autor explica que, los niños, «recibiendo el bautismo renacen como hijos de Dios, partícipes en la relación filial que Jesús tiene con el Padre, capaces de dirigirse a Dios llamándole con plena confianza: “Abba, Padre”»²⁵⁶. Por lo tanto, «en el bautismo el pequeño ser humano recibe una vida nueva, la vida de la gracia, que lo capacita para entrar en relación personal con el Creador, y esto para siempre, para toda la eternidad»²⁵⁷. Y en otro lugar, el Santo Padre también aborda este mismo tema, afirmando:

Según la tradición cristiana, tal como hacemos hoy, cuando se bautiza a los niños introduciéndolos en la luz de Dios y de sus enseñanzas, no se los fuerza, sino que se les da la riqueza de la vida divina

²⁵⁴ *Ángelus*. Domingo 8 -1- 2006.

²⁵⁵ *Mensaje para la Cuaresma* 2011 (Vaticano, 4 -11- 2010), 1.

²⁵⁶ *Homilía*. Capilla Sixtina. Domingo 13 -1- 2013; *Homilía*. Capilla Sixtina. Domingo 11 -1-2009.

²⁵⁷ *Homilía*. Capilla Sixtina. Domingo 13 -1- 2008.

en la que reside la verdadera libertad, que es propia de los hijos de Dios; una libertad que deberá educarse y formarse con la maduración de los años, para que llegue a ser capaz de opciones personales responsables²⁵⁸.

Por lo tanto, los padres cristianos han de saber que, al pedir el bautismo para sus hijos, no están coaccionando su libertad, puesto que lo hacen «en razón del don de la fe» que ellos mismos han recibido²⁵⁹. En efecto, al explicar que los niños «son bautizados en la fe de la Iglesia, profesada por sus padres, padrinos y madrinan, y por los cristianos presentes, que después los llevarán de la mano en el seguimiento de Cristo»²⁶⁰, Benedicto XVI afirma que «el rito del bautismo recuerda con insistencia el tema de la fe ya desde el inicio, cuando el celebrante recuerda a los padres que, al pedir el bautismo para sus hijos, asumen el compromiso de “educarlos en la fe”».²⁶¹ Se trata, pues, de un aspecto del que ya hemos hablado (cf. *Cap.* III, 1.2.2).

2.2. Bautismo y vida de gracia

El bautismo nunca se ha de recibir como un derecho, ya que la filiación divina y todo lo que confiere este sacramento son un don gratuito del amor de Dios. De hecho, la misma actitud “pasiva” del neófito pone de manifiesto que se trata de una gracia, no de un derecho o una recompensa, como veremos más adelante (cf. *Cap.* III, 2.2.2). Sin embargo, el bautismo conferido a los niños requiere una adecuada preparación de los padres para que la gracia sacramental no les sea arrebatada. En efecto, al explicar la *parábola*

²⁵⁸ *Homilía*. Capilla Sixtina. Domingo 11 -1- 2009.

²⁵⁹ *Homilía*. Capilla Sixtina. Domingo 9 -1- 2011.

²⁶⁰ *Homilía*. Capilla Sixtina. Domingo 10 -1- 2010.

²⁶¹ *Ibíd.*

del trigo y la cizaña, mientras afirmaba que si nos dormimos en la fe el enemigo (el maligno) puede dañar la belleza que Dios ha plantado en nuestro ser, Benedicto XVI nos recordaba que «tenemos que estar preparados para custodiar la gracia recibida desde el día del bautismo, alimentando la fe en el Señor, que impide que el mal eche raíces»²⁶².

Por otra parte, al dirigirse a los presentes en un encuentro realizado en Polonia, mientras explicaba que «el bautismo que justifica es también una llamada a buscar la justicia que brota de la fe», el Santo Padre sostuvo que «el programa más común de una vida auténticamente cristiana se resume en la fidelidad a las promesas del santo bautismo». Y en este contexto el Papa Benedicto exhortaba a los presentes a recordar que la expresión «“permaneced firmes en la fe”, encuentra aquí su dimensión concreta que se podría expresar con la exhortación: “Permaneced firmes en la observancia de las promesas bautismales»²⁶³. Por lo tanto, vivir una vida de gracia consiste en ser consecuentes con los dones recibidos en el bautismo, que nos hacen «caminar en una vida nueva»²⁶⁴, guiados por Cristo y sostenidos por su Espíritu.

2.2.1. El bautismo enciende la luz de la santidad

A los obispos de Zambia, presentes en Roma con motivo de su visita Ad Limina, el Santo Padre les hablaba de la belleza de la fe y la vida cristiana recordándoles que «la luz de la santidad, que brilla en quienes han descubierto este tesoro, se enciende en el momento del bautismo». Y continuaba

²⁶² *Ángelus*. Palacio apostólico de Castelgandolfo. Domingo 17 -7- 2001.

²⁶³ *Saludo*. Encuentro con la población de Wadowice, Plaza Rynek, Polonia. Sábado 27 -5- 2006.

²⁶⁴ *Audiencia general*. Miércoles 10 -12- 2008.

diciéndoles que «en el bautismo Cristo libera al creyente del dominio del pecado, liberándolo de una existencia llena de temor y de superstición, e invitándolo a una vida nueva»²⁶⁵. Y en ese mismo contexto, el Santo Padre afirmaba que la vida nueva consiste en la pureza que nos confiere el bautismo, como atestigua el apóstol san Juan en su primera carta, cuando dice que «todo el que tiene esta esperanza en él se purifica a sí mismo, como él es puro (1 Jn 3, 3)»²⁶⁶. Ahora bien, esta pureza no se la da el hombre a sí mismo, sino que la recibe de Cristo mediante la fe, los sacramentos y la escucha de la palabra, la cual genera la conversión sincera en el oyente.

Por otra parte, dirigiéndose también a los jóvenes alemanes reunidos en la *Feria de Friburgo* de Brisgovia, el Papa Benedicto les decía que «en el bautismo, el Señor enciende por decirlo así una luz en nuestra vida, una luz que el catecismo llama la gracia santificante». E inmediatamente añadía que «quien conserva dicha luz, quien vive en la gracia, es santo»²⁶⁷. Así pues, todo bautizado participa en el misterio de Cristo, y por tanto es iluminado e ilumina a los demás. En efecto, al afirmar que «el Señor Jesús es “la luz del mundo” (Jn 8, 12), porque en él “resplandece el conocimiento de la gloria de Dios” (2Co 4, 6) que sigue revelando en la compleja trama de la historia cuál es el sentido de la existencia humana»²⁶⁸, el Santo Padre explica el sentido de la luz que se entrega a los neófitos en el rito del bautismo, acentuando:

En el rito del bautismo, la entrega de la vela, encendida en el gran cirio pascual, símbolo de Cristo resucitado, es un signo que ayuda a comprender lo que ocurre en el Sacramento. Cuando nuestra vida se

²⁶⁵ *Discurso. Visita “ad Limina” de los Obispos de Zambia*. Viernes 13 -10- 2006.

²⁶⁶ *Ibíd.*

²⁶⁷ *Discurso. Feria de Friburgo de Brisgovia*. Sábado 24 -9- 2011.

²⁶⁸ *Ángelus*. Plaza de San Pedro. Domingo 3 -4- 2011.

deja iluminar por el misterio de Cristo, experimenta la alegría de ser liberada de todo lo que amenaza su plena realización²⁶⁹.

Del mismo modo, el Santo Padre afirma que «esta luz es la fe en Cristo, don que se recibe en el bautismo y que es preciso redescubrir constantemente para poder transmitirlo a los demás»²⁷⁰. Y también, hablando de la oración y de la santidad de vida de los creyentes, el Papa nos recuerda que «la luz de la santidad, que brilla en quienes han descubierto este tesoro, se enciende en el momento del bautismo»²⁷¹. En efecto, «cuando se bautiza a los niños introduciéndolos en la luz de Dios y de sus enseñanzas, no se los fuerza, sino que se les da la riqueza de la vida divina en la que reside la verdadera libertad, que es propia de los hijos de Dios»²⁷². En este sentido, nuestro autor sostiene que «quien renace en el bautismo es revestido de luz, anticipando la existencia celestial, que el Apocalipsis representa con el símbolo de las vestiduras blancas (cf. *Ap* 7, 9. 13)»²⁷³, la cual simboliza y expresa la pureza de vida a la cual estamos llamados.

2.2.2. Ser cristiano, ser santo

Todo cristiano es, ante todo, un auténtico testigo del amor de Dios, como refiere Benedicto XVI cuando dice que «no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello,

²⁶⁹ *Ibid.* En otro lugar el Santo Padre también señala que «en el bautismo somos liberados de las tinieblas del mal y recibimos la luz de Cristo para vivir como hijos de la luz» (*Audiencia general*. Miércoles 9 -3- 2011).

²⁷⁰ *Discurso*. Concesio, Italia. Domingo 8 -11- 2009.

²⁷¹ *Discurso*. Visita “ad Limina” de los Obispos de Zambia. Viernes 13 -10- 2006.

²⁷² *Homilía*. Capilla Sixtina. Domingo 11 -1- 2009.

²⁷³ *Ángelus*. Plaza de San Pedro. Domingo 17 -2- 2008.

una orientación decisiva»²⁷⁴. Por lo tanto, «ser cristianos significa vivir de modo pascual, implicándonos en el dinamismo originado por el bautismo, que lleva a morir al pecado para vivir con Dios (cf. *Rm* 6,4)»²⁷⁵. Se trata, pues, de un encuentro que da un nuevo giro a la existencia del hombre, puesto que «el cristianismo en su esencia consiste en la fe en Dios, que es Amor trinitario, y en el encuentro, personal y comunitario, con Cristo que orienta y guía la vida: Todo lo demás se deduce de ello»²⁷⁶.

Por otra parte, al explicar que «llegar a ser cristianos es algo más que una operación cosmética, que añadiría algo de belleza a una existencia ya más o menos completa», Benedicto XVI sostiene que éste «es un nuevo inicio, es volver a nacer: Muerte y resurrección». Y añade: «Obviamente, en la resurrección vuelve a emerger lo que había de bueno en la existencia anterior»²⁷⁷. Así pues, la nueva vida que caracteriza a los cristianos consiste en una gracia donada en el bautismo, como afirma nuestro autor al decir:

Llegar a ser cristiano no es algo que deriva de una decisión mía: «Yo ahora me hago cristiano». Ciertamente, también mi decisión es necesaria, pero es sobre todo una acción de Dios conmigo: no soy yo quien me hago cristiano, yo soy asumido por Dios, tomado de la mano por Dios y, así, diciendo «sí» a esta acción de Dios, llego a ser cristiano. Llegar a ser cristianos, en cierto sentido, es *pasivo*: yo no me hago cristiano, sino que Dios me hace un hombre suyo, Dios me toma de la mano y realiza mi vida en una nueva dimensión. Como yo no me doy la vida, sino que la vida me es dada; nací no porque yo me

²⁷⁴ *Deus caritas est* 1.

²⁷⁵ *Audiencia general*. Miércoles 23 -12- 2009.

²⁷⁶ *Audiencia general*. Miércoles 10 -10- 2012.

²⁷⁷ *Audiencia general*. Miércoles 10 -12- 2008.

hice hombre, sino que nací porque me fue dado el ser humano. Así también el ser cristiano me es dado, es un *pasivo* para mí, que se transforma en un *activo* en nuestra vida, en mi vida. Y este hecho del pasivo, de no hacerse cristianos por sí mismos, sino de ser hechos cristianos por Dios, implica ya un poco el misterio de la cruz: sólo puedo ser cristiano muriendo a mi egoísmo, saliendo de mí mismo²⁷⁸.

Así pues, salir de uno mismo para darse por completo, sirviendo a los demás, es la experiencia característica y común a los todos santos. Cabe resaltar, por tanto, que «una vida santa no es fruto principalmente de nuestro esfuerzo, de nuestras acciones, porque es Dios, el tres veces santo (cf. *Is* 6,3), quien nos hace santos»²⁷⁹. En este sentido, remitiéndose a las enseñanzas del Concilio Vaticano II, el Santo Padre explica:

Es la acción del Espíritu Santo la que nos anima desde nuestro interior; es la vida misma de Cristo resucitado la que se nos comunica y la que nos transforma. Para decirlo una vez más con el concilio Vaticano II: «Los seguidores de Cristo han sido llamados por Dios y justificados en el Señor Jesús, no por sus propios méritos, sino por su designio de gracia. El bautismo y la fe los ha hecho verdaderamente hijos de Dios, participan de la naturaleza divina y son, por tanto, realmente santos. Por eso deben, con la gracia de Dios, conservar y llevar a plenitud en su vida la santidad que recibieron» (*LG*, 40)²⁸⁰.

²⁷⁸ *Lectio divina*. Basílica de San Juan de Letrán. Lunes 11 -6- 2012.

²⁷⁹ *Audiencia general*. Miércoles 13 -4- 2011.

²⁸⁰ *Ibíd.*

Renglón seguido y retomando el capítulo sexto de la *Carta a los Romanos* para resaltar que la santidad se arraiga en la gracia bautismal, en estar incoado en el Misterio pascual de Cristo, el Santo Padre afirma:

La santidad tiene, por tanto, su raíz última en la gracia bautismal, en ser insertados en el Misterio pascual de Cristo, con el que se nos comunica su Espíritu, su vida de Resucitado. San Pablo subraya con mucha fuerza la transformación que lleva a cabo en el hombre la gracia bautismal y llega a acuñar una terminología nueva, forjada con la preposición «con»: *con-muertos, con-sepultados, con-resucitados, con-vivificados* con Cristo; nuestro destino está unido indisolublemente al suyo. «Por el bautismo —escribe— fuimos sepultados con él en la muerte, para que, lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos (...), así también nosotros andemos en una vida nueva» (*Rm* 6, 4). Pero Dios respeta siempre nuestra libertad y pide que aceptemos este don y vivamos las exigencias que conlleva; pide que nos dejemos transformar por la acción del Espíritu Santo, conformando nuestra voluntad a la voluntad de Dios²⁸¹.

Por otra parte, Benedicto XVI también observa que «el apóstol san Pablo, se atreve a llamar “santos” en muchas de sus cartas a sus contemporáneos, los miembros de las comunidades locales». Y en este sentido explica que «con ello, se subraya que todo bautizado es santificado por Dios, incluso

²⁸¹ *Audiencia general*. Miércoles 13 -4- 2011. En otro contexto, el Santo Padre también afirma: «Es importante que en nuestra vida y en la propuesta pastoral tomemos cada vez mayor conciencia de la dimensión *bautismal* de la santidad. Es tarea para todos los bautizados. A esta dimensión hacía referencia mi venerado y amado predecesor en la carta apostólica *Novo millennio ineunte* cuando escribió: Preguntar a un catecúmeno, “¿quieres recibir el bautismo?”, significa al mismo tiempo preguntarle: “¿Quieres ser santo?” (*NMI.*, 31)» (*Discurso. Encuentro con los sacerdotes y los religiosos en la Catedral de san Rufino*. Domingo 17 -6- 2007).

antes de poder hacer obras buenas»²⁸². Así pues, los cristianos son santos no por sí mismos, por las buenas obras que pudieran realizar, sino porque, habiendo recibido el Espíritu Santo, están llamados a vivir como hijos de Dios, que es el único Santo.

2.3. Dimensiones escatológicas de la fe bautismal

En el segundo capítulo hemos explicado que en la celebración del bautismo, en primer lugar, la fe se pide a la Iglesia y luego se profesa (cf. *Cap. II, 2.3.1*). Ahora, por tanto, abordaremos la fe bautismal como punto de partida de un itinerario que nos conduce a la vida eterna. En este sentido, el Papa Benedicto explica que en la celebración del sacramento del bautismo «a los padres, a los padrinos y a las madrinas, el celebrante les pregunta habitualmente: “¿Qué pedís a la Iglesia de Dios para vuestros hijos?”». E inmediatamente afirma que «ante su respuesta: “El bautismo”, él añade: “Y el bautismo, ¿qué os da?”. “La vida eterna”, responden»²⁸³. Ahora bien, conforme explica el Santo Padre, ésta es la realidad admirable por la que «la persona humana, mediante el bautismo, es introducida en la relación única y singular de Jesús con el Padre». En efecto, esta relación filio-paternal es tan íntima, también para nosotros, que «las palabras que resonaron desde el cielo sobre el Hijo unigénito llegan a ser verdaderas para todo hombre y toda mujer que renace por el agua y por el Espíritu Santo», y de esa manera también sobre cada uno de los bautizados resuena desde el cielo la voz del Padre diciendo: «Tú eres mi hijo amado»²⁸⁴.

²⁸² *Discurso. Feria de Friburgo de Brisgovia. Sábado 24 -9- 2011.*

²⁸³ *Ángelus. Domingo 11 -1- 2009; Spe Salvi, 10; Cf. Ritual del Bautismo de Niños. Conferencia Episcopal Española, primera edición (Reimpresión 2010), 137.*

²⁸⁴ *Ángelus. Domingo 11 -1- 2009.*

Siendo éste un tema de importancia capital para nosotros, puesto que se trata del punto de llegada del sacramento del bautismo y al que todo creyente aspira, enfocaremos estas dimensiones escatológicas desde dos ángulos complementarios. Abordaremos, en primer lugar, la relación entre fe y vida eterna, y en segundo lugar hablaremos de la comunión con Dios como sentido último de la existencia cristiana.

2.3.1. Fe y vida eterna

Benedicto XVI explica que existe un vínculo entre fe y vida eterna, tal como ya lo hemos expuesto refiriéndonos al diálogo de la liturgia bautismal. A este respecto, en la *Carta encíclica Spe salvi*, nuestro autor comenta que, al pedir el bautismo para sus hijos, «los padres buscaban para el niño la entrada en la fe, la comunión con los creyentes, porque veían en la fe la llave para “la vida eterna”». Y al mismo tiempo añade:

Ayer como hoy, en el bautismo, cuando uno se convierte en cristiano, se trata de esto: No es sólo un acto de socialización dentro de la comunidad ni solamente de acogida en la Iglesia. Los padres esperan algo más para el bautizando: Esperan que la fe, de la cual forma parte el cuerpo de la Iglesia y sus sacramentos, le dé la vida, la vida eterna²⁸⁵.

²⁸⁵ *Spe salvi* 10. En este mismo documento, el Papa Benedicto sostiene: «La fe no es solamente un tender de la persona hacia lo que ha de venir, y que está todavía totalmente ausente; la fe nos da algo. Nos da ya ahora algo de la realidad esperada, y esta realidad presente constituye para nosotros una “prueba” de lo que aún no se ve. Ésta atrae al futuro dentro del presente, de modo que el futuro ya no es el puro “todavía-no”. El hecho de que este futuro exista cambia el presente; el presente está marcado por la realidad futura, y así las realidades futuras repercuten en las presentes y las presentes en las futuras» (*Spe salvi* 7).

Por lo tanto, con el bautismo, los primeros cristianos esperaban «una vida buena; la verdadera vida; la felicidad también en un futuro aún desconocido». En este sentido, añade el Papa:

En el bautismo cada niño es insertado en una compañía de amigos que no lo abandonará nunca ni en la vida ni en la muerte, porque esta compañía de amigos es la familia de Dios, que lleva en sí la promesa de eternidad. Esta compañía de amigos, esta familia de Dios, en la que ahora el niño es insertado, lo acompañará siempre, incluso en los días de sufrimiento, en las noches oscuras de la vida; le brindará consuelo, fortaleza y luz²⁸⁶.

Asimismo, el Santo Padre Benedicto XVI resalta la importancia de la comunión eclesial afirmando que «esta compañía, esta familia, le dará palabras de vida eterna, palabras de luz que responden a los grandes desafíos de la vida y dan una indicación exacta sobre el camino que conviene tomar. [...] Le dará amistad, le dará vida». Y, a continuación, reiterando la relación fraterna y eclesial de los bautizados, dice el Papa:

Esta familia de Dios, esta compañía de amigos es eterna, porque es comunión con Aquel que ha vencido la muerte, que tiene en sus manos las llaves de la vida. Estar en la compañía, en la familia de Dios, significa estar en comunión con Cristo, que es vida y da amor eterno más allá de la muerte. Y si podemos decir que amor y verdad son fuente de vida, son la vida —y una vida sin amor no es vida—, podemos decir que esta compañía con Aquel que es vida realmente, con

²⁸⁶ *Homilía*. Capilla Sixtina. Domingo 8 -1-2006.

Aquel que es el Sacramento de la vida, responderá a vuestras expectativas, a vuestra esperanza²⁸⁷.

Por otra parte, en la encíclica sobre la esperanza cristiana, el Papa afirma que «la fe es la sustancia de la esperanza»²⁸⁸, expresión que extrae del capítulo 11 de la carta a los Hebreos, cuyo texto nos ofrece la mayor descripción bíblica respecto de la fe. Y así también, por otra parte, el Santo Padre explica en qué consiste la vida eterna, partiendo de la afirmación que hace el mismo Jesús en el *Evangelio de san Juan*. Dice el Papa:

Jesús que dijo de sí mismo que había venido para que nosotros tengamos la vida y la tengamos en plenitud, en abundancia (cf. *Jn* 10,10), nos explicó también qué significa «vida»: «Ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo» (*Jn* 17,3). La vida en su verdadero sentido no la tiene uno solamente para sí, ni tampoco sólo por sí mismo: es una relación. Y la vida entera es relación con quien es la fuente de la vida. Si estamos en relación con Aquel que no muere, que es la Vida misma y el Amor mismo, entonces estamos en la vida. Entonces «vivimos»²⁸⁹.

Con estas afirmaciones, el Santo Padre nos remite al mismo Jesús, en quien está la fuente de la vida, puesto que su encarnación y consecuentemente su Misterio pascual tenían por finalidad comunicarnos su misma vida, haciéndose él como nosotros para que nosotros llegásemos a ser como él. En efecto, nuestro autor subraya que «el Misterio pascual de Cristo nos ha

²⁸⁷ *Ibíd.*

²⁸⁸ *Spe salvi* 10.

²⁸⁹ *Ibíd.*, 7.

abierto la vida eterna, y la fe es el camino para alcanzarla»²⁹⁰. Y por otra parte también explica que «de la fe se espera la “vida eterna”, la vida verdadera que, totalmente y sin amenazas, es sencillamente vida en toda su plenitud»²⁹¹. Así pues, «la fe en la vida eterna da al cristiano la valentía de amar aún más intensamente nuestra tierra y de trabajar por construirle un futuro, por darle una esperanza verdadera y firme»²⁹². Por tanto, obrar con esta convicción es la mayor garantía de que es Dios quien actúa por nuestro medio, puesto que «sólo la fe en la vida eterna nos hace amar verdaderamente la historia y el presente, pero sin apegos, en la libertad del peregrino que ama la tierra porque tiene el corazón en el cielo»²⁹³.

2.3.2. La comunión con Dios: sentido último de la existencia cristiana

Tras reflexionar acerca de qué hay después de la muerte, el Santo Padre sostiene que ésta es «una de las preguntas que más angustian la existencia del hombre»; y añade que la solemnidad de la Pascua «nos permite responder a este enigma» puesto que «la muerte no tiene la última palabra, porque al final es la Vida la que triunfa». En efecto, al subrayar que «nuestra certeza no se basa en simples razonamientos humanos, sino en un dato histórico de fe: Jesucristo, crucificado y sepultado, ha resucitado con su cuerpo glorioso», nuestro autor explica que «Jesús ha resucitado para que también nosotros, creyendo en Él, podamos tener la vida eterna». Y agrega que «este

²⁹⁰ *Homilía*. Jueves 4 -11- 2010.

²⁹¹ *Spe salvi* 27.

²⁹² *Audiencia*. Miércoles 2 -11- 2011.

²⁹³ *Ángelus*. Plaza de San Pedro. Jueves 1 -11- 2012.

anuncio está en el corazón del mensaje evangélico»²⁹⁴. Y en ese mismo contexto, al recordar que esto es lo que afirma el apóstol san Pablo cuando, escribiendo a los cristianos de Corinto, dice que «si Cristo no ha resucitado, nuestra predicación carece de sentido y vuestra fe lo mismo», ya que «si nuestra esperanza en Cristo acaba con esta vida, somos los hombres más desgraciados (*1Co* 15,14.19)», el Papa Benedicto explica que «si quitamos a Cristo y su resurrección, no hay salida para el hombre, y toda su esperanza sería ilusoria». Sin embargo, la realidad es que existe una puerta abierta para todo hombre, de manera que «la resurrección de Cristo es nuestra esperanza»²⁹⁵.

Como hemos explicado al hablar de la profesión de fe bautismal (cf. *Cap.* II, 2.3.1), mediante la fe y el bautismo somos introducidos en el Misterio pascual de Cristo, y, liberados del pecado original, comienza a gestarse en nosotros una vida nueva, «que es la vida misma de Jesús resucitado»²⁹⁶. Y así, la fe que hemos recibido y profesado en el bautismo (cf. *Cap.* II, 1.2.3) nos asegura que existe una vida perdurable después de esta vida terrenal, garantía de que «el cielo no está vacío»²⁹⁷. En efecto, nuestro autor nos recuerda que «la fe en la resurrección de los muertos y la esperanza en la vida eterna abren nuestra mirada al sentido último de nuestra existencia», puesto que «Dios ha creado al hombre para la resurrección y para la vida, y esta verdad da la dimensión auténtica y definitiva a la historia de los hombres, a su existencia personal»²⁹⁸, de manera que «esto es lo que esperamos y

²⁹⁴ *Mensaje Urbi et Orbi*. Pascua 2009.

²⁹⁵ *Ibíd.*

²⁹⁶ *Homilía*. Capilla Sixtina. Domingo 9 -1- 2011.

²⁹⁷ *Mensaje para la Cuaresma* 2011 (Vaticano, 4 -11- 2010), 5.

²⁹⁸ *Ibíd.*, 2.

aguardamos de nuestro ser con Cristo»²⁹⁹. Así pues, al recibir el bautismo, en cada creyente se realiza sacramentalmente el paso de la muerte a la vida creando en él la comunión con Dios como una realidad de la cual podemos gustar ya al presente, como explica el Santo Padre cuando dice:

En el tiempo de la peregrinación terrena, el discípulo, mediante la comunión con el Hijo, ya puede participar de la vida divina de él y del Padre. “Nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo” (1 Jn 1, 3). Esta vida de comunión con Dios y entre nosotros es la finalidad propia del anuncio del Evangelio, la finalidad de la conversión al cristianismo: “Lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros” (1 Jn 1, 3)³⁰⁰.

La comunión con Dios que se inicia en el sacramento del bautismo, se trasluce en la comunión fraterna, de manera que «esta doble comunión, con Dios y entre nosotros, es inseparable». Y, al contrario, «donde se destruye la comunión con Dios, que es comunión con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo, se destruye también la raíz y el manantial de la comunión entre nosotros». Esto es lo que afirma Benedicto XVI al decir que «donde no se vive la comunión entre nosotros, tampoco es viva y verdadera la comunión con el Dios Trinitario». Y a continuación, nuestro autor señala que esto lo afirma el apóstol san Juan cuando explica que «si decimos que estamos en comunión con él, y caminamos en tinieblas, mentimos y no obramos la verdad. Pero si caminamos en la luz, como él mismo está en la luz, estamos en comunión unos con otros (1 Jn 1, 6-7)»³⁰¹. Ahora bien, esta comunión del

²⁹⁹ *Ángelus*. Domingo 2 -11- 2008.

³⁰⁰ *Audiencia general*. Miércoles 29 -3- 2006.

³⁰¹ *Ibíd.*

hombre con Dios y de los hombres entre sí, ya se realizó plenamente en Jesucristo y, por ende, se nos anticipa real y sacramentalmente en la eucaristía, la cual perfecciona el bautismo. De ello nos habla Benedicto XVI cuando afirma que «la comunión en el sacrificio de Cristo es el culmen de nuestra unión con Dios y, por lo tanto, representa también la plenitud de la unidad de los discípulos de Cristo, la comunión plena»³⁰².

Por otra parte, al hablar de nuestra esperanza en Cristo, no podemos dejar de mirar a nuestra Madre, la Virgen María, puesto que en ella Dios ha realizado plenamente lo que nosotros aún esperamos y anhelamos: “la comunión plena con Dios”, tal como explica Benedicto XVI cuando dice:

La Asunción nos recuerda que la vida de María, como la de todo cristiano, es un camino de seguimiento, de seguimiento de Jesús, un camino que tiene una meta bien precisa, un futuro ya trazado: la victoria definitiva sobre el pecado y sobre la muerte, y la comunión plena con Dios, porque —como dice san Pablo en la carta a los Efesios— el Padre “nos resucitó y nos hizo sentar en los cielos en Cristo Jesús” (*Ef* 2, 6). Esto quiere decir que, con el bautismo, fundamentalmente ya hemos resucitado y estamos sentados en los cielos en Cristo Jesús, pero debemos alcanzar corporalmente lo que el bautismo ya ha comenzado y realizado. En nosotros la unión con Cristo, la resurrección, es imperfecta, pero para la Virgen María ya es perfecta, a pesar del camino que también la Virgen tuvo que hacer. Ella ya entró en la plenitud de la unión con Dios, con su Hijo, y nos atrae y nos acompaña en nuestro camino³⁰³.

³⁰² *Audiencia general*. Miércoles 19 -1- 2011.

³⁰³ *Homilía*. Parroquia de Santo Tomás de Villanueva, Castel Gandolfo. Sábado 15 -8- 2009.

En resumen, la obra que se inició en nosotros con el bautismo, ya es una realidad consumada en la Virgen María. Así lo expresa Benedicto XVI cuando, en plena armonía con la doctrina de la Iglesia, reafirmada por el Concilio Vaticano II, explica que la Virgen María, «terminado el curso de su vida en la tierra [...], fue llevada en cuerpo y alma a la gloria del cielo y elevada al trono por el Señor como Reina del universo, para ser conformada más plenamente a su Hijo, Señor de los señores (cf. *Ap* 19, 16) y vencedor del pecado y de la muerte (*LG*, 59)». A esta afirmación, el Papa también añade que «en la Virgen elevada al cielo contemplamos la coronación de su fe, del camino de fe que ella indica a la Iglesia y a cada uno de nosotros», quienes «con el bautismo, hemos entrado en esta victoria»³⁰⁴.

³⁰⁴ *Ibid.*

CONCLUSIÓN

A lo largo de sus casi ocho años de Pontificado, el Papa Benedicto XVI abordó, con decisión y firmeza, una ingente variedad de temas de carácter global que, directa o indirectamente, influyen en la vida de todos los bautizados, especialmente de aquellos que tienen una fe incipiente o muy débil. Uno de estos temas, en efecto, es el que nos ha ocupado el presente trabajo: la unidad entre fe y bautismo, en cuya elaboración hemos apreciado la profundidad del pensamiento teológico de nuestro autor, así como su ilimitado amor por la verdad y su gran celo pastoral.

Fueron muchas las ocasiones en las que, con el único imperativo de confirmar a sus hermanos en la fe, el Santo Padre nos exhortó a procurar los medios adecuados para revitalizar la fe cristiana, la misma que, en el curso de los siglos, ha orientado la esperanza e impulsado la caridad de tantos hombres y mujeres de distintas culturas y clases sociales. En efecto, mediante sus enseñanzas doctrinales, el Papa Benedicto nos ha recordado que para ser cristiano no hay varios caminos, sino uno solo: Cristo Jesús, al cual es imposible seguir de forma individualista e independiente, puesto que la pertenencia a Cristo se realiza en el bautismo, donde deja de existir nuestro «yo» individual y se nos inserta en «un sujeto más grande», en la Iglesia, en la cual Cristo sigue vivo y operante. Éste es, por tanto, el núcleo esencial con el que nuestro autor explicita la belleza del sacramento del bautismo, que nos une en un solo cuerpo, haciendonos icono visible del Misterio trinitario.

Benedicto XVI es un pensador nato y profundamente fiel a la Iglesia. Sus enseñanzas se impregnan de las tres fuentes que conforman la doctrina propiamente católica: Sagrada Escritura, Sagrada Tradición y Magisterio. Por esta razón, al hablar de la fe y del bautismo se remite a muchos textos bíblicos, de entre los cuales resaltan *Gálatas 2, 20* y *Romanos 6*, etc. De la

misma manera, aunque en sus escritos aborda comentarios y textos de distintos padres de la Iglesia o escritores eclesiásticos, nos parece que, en lo que nos atañe, resalta la influencia del pensamiento doctrinal de san Agustín, cuya autoridad siempre ha sido un referente indiscutible a lo largo de la formación teológica de nuestro autor. Y en cuanto a las fuentes del Magisterio, aunque no con exclusividad pero sí con mucha frecuencia, Benedicto XVI se remite a los documentos del Concilio Vaticano II (especialmente la *Constitución dogmática Lumen gentium* y la *Constitución pastoral Gaudium et spes*) y al *Catecismo de la Iglesia Católica*, en cuyos textos se aprecia la sana doctrina del sentir común de la Iglesia en su conjunto. En efecto, en varias ocasiones el Papa nos invitó a leer y releer estos documentos en vistas a conocer mejor la verdad del mensaje de Cristo y su comprensión por parte de la Iglesia.

A nivel personal, nos sentimos muy afortunados de haber podido realizar este trabajo sobre “Fe y bautismo en Benedicto XVI”, un binomio que en nuestros días requiere ser repensado y valorado adecuadamente para combatir con eficacia el «analfabetismo religioso» y el «idealismo que promueve una fe adulta, emancipada del Magisterio», que tanto afecta a la fe de cada bautizado, en particular, y de toda la Iglesia, en general. Por otra parte, creemos que con sus enseñanzas, además de afrontar estos dos males, Benedicto XVI también ha querido responder, desde la ortodoxia de la fe católica, a aquellos postulados teológicos que propugnan una fe desencarnada de la Iglesia, antijerárquica y autónoma. En este sentido, queremos concluir proponiendo algunas sugerencias pastorales, con el fin de que este estudio no termine simplemente en estas páginas, sino que, con la ayuda de Dios y con la autoridad de las enseñanzas del Papa Benedicto, alcancen su eco en la preparación al bautismo.

Así pues, queremos orientar estas sugerencias a partir de cada uno de los tres capítulos que conforman esta Tesina. En primer lugar, queremos subrayar que, a quienes van a recibir el bautismo (o bien, a sus padres y padrinos) se les inculque con toda claridad y profundidad, que el bautismo cristiano nos inserta en el mismo ser de Cristo, realizando sacramentalmente en nosotros su Misterio pascual, que nos hace vivir una vida nueva.

En segundo lugar, creemos que es imprescindible que todo bautizado conozca y comprenda la articulación de los contenidos de la fe para que la profese no sólo con los labios sino también con el corazón y con la mente. Y puesto que el bautismo nos dona la filiación divina, la incorporación a Cristo y nos transforma en templos vivos del Espíritu Santo, queremos hacer nuestras las palabras de nuestro autor para señalar que todas estas prerrogativas se reciben en la fe de la Iglesia. Por tanto, estar incorporados a la Iglesia es la garantía de que estamos insertados en Cristo. Así pues, al igual que del conocimiento de las cosas visibles llegamos a descubrir las realidades invisibles, así también la comunión fraterna será el diáfano reflejo de nuestro ser en Cristo.

En tercer y último lugar, siguiendo al Papa Benedicto cuando dice que «en nuestro tiempo es necesaria una renovada educación en la fe, que comprenda ciertamente un conocimiento de sus verdades y de los acontecimientos de la salvación, pero que sobre todo nazca de un verdadero encuentro con Dios en Jesucristo, de amarle, de confiar en Él, de forma que toda la vida esté involucrada en ello»³⁰⁵, consideramos que urge en nuestros días una explícita y prolongada catequesis mistagógica postbautismal que ayude a tantos bautizados a entender mejor el sentido de ser cristianos, redescubriendo que el bautismo es el inicio de un camino que culmina en la

³⁰⁵ *Audiencia general*. Miércoles 24 -10- 2012.

vida eterna. En síntesis, para que la existencia cristiana de los bautizados sea un verdadero foco que ilumine al mundo, proponemos una mayor profundización en la relación entre fe y bautismo como base imprescindible del itinerario de la Nueva Evangelización a la que, siguiendo el impulso evangelizador de su predecesor, tantas veces nos invitó el Papa Benedicto XVI.

Conscientes de nuestras limitaciones, dejamos nuestro esfuerzo, nuestro empeño y todos nuestros buenos propósitos en las manos amorosas de Jesucristo, nuestro Salvador, con la esperanza confiada de que Él le dará la forma final a todo lo expuesto hasta aquí.

BIBLIOGRAFÍA

- Benedicto XVI, *Ángelus*. Domingo 8 -1- 2006.
- , *Ángelus*. Domingo 2 -7- 2006.
- , *Ángelus*. Domingo 18 -11- 2007.
- , *Ángelus*. Domingo 17 -2- 2008.
- , *Ángelus*. Domingo 2 -11- 2008.
- , *Ángelus*. Domingo 11 -1- 2009.
- , *Ángelus*. Domingo 10 -1- 2010.
- , *Ángelus*. Domingo 30 -5- 2010.
- , *Ángelus*. Domingo 9 -1- 2011.
- , *Ángelus*. Domingo 3 -4- 2011.
- , *Ángelus*. Domingo 17 -7- 2011.
- , *Ángelus*. Martes 1-11- 2011.
- , *Ángelus*. Jueves 8 – 12 – 2011.
- , *Ángelus*. Domingo 8 -1- 2012.
- , *Ángelus*. Jueves 1 -11- 2012.
- , *Ángelus*. Miércoles 26 -12- 2012.
- , *Ángelus*. Domingo 13 -1- 2013.
-
- , *Audiencia general*. Miércoles 1 -3- 2006.
- , *Audiencia general*. Miércoles 29 -3- 2006.
- , *Audiencia general*. Miércoles 6 -2- 2008.
- , *Audiencia general*. Miércoles 19 -3- 2008.
- , *Audiencia general*. Miércoles 3 -9- 2008.
- , *Audiencia general*. Miércoles 26 -11- 2008.
- , *Audiencia general*. Miércoles 10 -12- 2008.
- , *Audiencia general*. Miércoles 4 -2- 2009.
- , *Audiencia general*. Miércoles 15 -4- 2009.

———, *Audiencia general*. Miércoles 23 -12- 2009.
———, *Audiencia general*. Miércoles 5 -5- 2010.
———, *Audiencia general*. Miércoles 19 -1- 2011.
———, *Audiencia general*. Miércoles 9 -3- 2011.
———, *Audiencia general*. Miércoles 13 -4- 2011.
———, *Audiencia general*. Miércoles 2 -11- 2011.
———, *Audiencia general*. Miércoles 22 -2- 2012.
———, *Audiencia general*. Miércoles 23 -5- 2012.
———, *Audiencia general*. Miércoles 30 -5- 2012.
———, *Audiencia general*. Miércoles 10 -10- 2012.
———, *Audiencia general*. Miércoles 17 -10- 2012.
———, *Audiencia general*. Miércoles 24 -10- 2012.
———, *Audiencia general*. Miércoles 31 -10- 2012.
———, *Audiencia general*. Miércoles 14 -11- 2012.
———, *Audiencia general*. Miércoles 5 -12- 2012.
———, *Audiencia general*. Miércoles 19 -12- 2012.
———, *Audiencia general*. Miércoles 2 -1- 2013.
———, *Audiencia general*. Miércoles 9 -1- 2013.
———, *Audiencia general*. Miércoles 23 -1- 2013.
———, *Audiencia general*. Miércoles 30 -1- 2013.

———, *Carta apostólica Porta fidei* (Vaticano, 11 -10- 2011), 1.
———, *Carta apostólica Porta fidei* (Vaticano, 11 -10- 2011), 6.
———, *Carta apostólica Porta fidei* (Vaticano, 11 -10- 2011), 7.
———, *Carta apostólica Porta fidei* (Vaticano, 11 -10- 2011), 9.
———, *Carta apostólica Porta fidei* (Vaticano, 11 -10- 2011), 10.
———, *Carta apostólica Porta fidei* (Vaticano, 11 -10- 2011), 11.
———, *Carta apostólica Porta fidei* (Vaticano, 11 -10- 2011), 13.
———, *Carta apostólica Porta fidei* (Vaticano, 11 -10- 2011), 14.

- , *Carta encíclica Deus caritas est* (Vaticano, 25 -12- 2005), 1.
- , *Carta encíclica Deus caritas est* (Vaticano, 25 -12- 2005), 14.
- , *Carta encíclica Spe salvi* (Vaticano, 30 -11- 2007), 7.
- , *Carta encíclica Spe salvi* (Vaticano, 30 -11- 2007), 10.
- , *Carta encíclica Spe salvi* (Vaticano, 30 -11- 2007), 27.
- , *Discurso. A los obispos de Senegal, Mauritania, Cabo Verde y Guinea Bissau en Visita "Ad Limina"*. Lunes 20 -2- 2006.
- , *Discurso. Encuentro con los jóvenes de Roma y del Lacio como preparación para la XXI Jornada Mundial de la Juventud*. Jueves 6 -4- 2006.
- , *Discurso. Czestochowa, Polonia*. Viernes 26 -5- 2006.
- , *Discurso. Saludo. Encuentro con la población de Wadowice, Plaza Rynek, Polonia*. Sábado 27 -5- 2006.
- , *Discurso. Valencia, España*. Sábado 8 -7- 2006.
- , *Discurso. Encuentro con los Sacerdotes de la Diócesis de Albano. Palacio pontificio de Castelgandolfo*. Jueves 31 -8- 2006;
- , *Discurso. Visita "ad Limina" de los Obispos de Zambia*. Viernes 13 -10- 2006.
- , *Discurso. Feria de Verona*. Jueves 19 -10- 2006.
- , *Discurso. Catedral armenia apostólica de Santa María, Estambul*. Jueves 30 -11- 2006.
- , *Discurso. A los cardenales, arzobispos, obispos y prelados superiores de la Curia Romana*. Viernes 22 -12- 2006.
- , *Discurso de Inauguración de los trabajos de la Asamblea Diocesana de Roma*. Lunes 11 -6- 2007.
- , *Discurso. Encuentro con los sacerdotes y los religiosos en la Catedral de san Rufino*. Domingo 17 -6- 2007.
- , *Discurso. Mariazzell, Austria*. Sábado 8 -9- 2007.

———, *Discurso a los miembros de la Conferencia Episcopal de Corea y al Prefecto apostólico de Ulán Bator en visita "Ad Limina"*. Lunes 3 -12- 2007.

———, *Discurso*. Washington, D.C. Jueves 17 -4- 2008.

———, *Discurso. Encuentro Ecuménico en la Iglesia de San José*, Nueva York. Viernes 18 -4- 2008.

———, *Discurso*. Seminario de San José, Yonkers, Nueva York. Sábado 19 -4- 2008.

———, *Discurso. Encuentro con el Patriarca Bartolomé I*. Sábado 28 -6- 2008.

———, *Discurso*. Sydney, Australia. Sábado 19 -7- 2008.

———, *Discurso*. Basílica Vaticana. Jueves 11 -12- 2008.

———, *Discurso*. Sala del Consistorio. Sábado 14 -3- 2009, 5.

———, *Discurso a los participantes en la Asamblea Plenaria de la Congregación para el Clero*. Lunes 16 -3-2009.

———, *Discurso*. Betania al otro lado del Jordán, Tierra Santa. Domingo 10 -5- 2009.

———, *Discurso*. Explanada de Melnik en Stará Boleslavo, República Checa. Lunes 28 -9- 2009.

———, *Discurso*. Concesio, Italia. Domingo 8 -11- 2009.

———, *Discurso. Palabras introductorias en el rezo de Vísperas, en la celebración ecuménica*, en la Abadía de Westminster, City of Westminster, Londres. Viernes 17 -9- 2010.

———, *Discurso*. Aula Pablo VI. Jueves 5 -5- 2011.

———, *Discurso*. Feria de Friburgo de Brisgovia. Sábado 24 -9- 2011.

———, *Discurso*. Estadio "Meazza", san Siro, Milán. Sábado 2 -6- 2012.

———, *Exhortación apostólica postsinodal Sacramentum caritatis* (Vaticano, 22 -2- 2007), 6.

———, *Exhortación apostólica postsinodal Sacramentum caritatis* (Vaticano, 22 -2- 2007), 17.

———, *Exhortación apostólica postsinodal Ecclesia in Medio Oriente* (Beirut, 14 -9- 2010), 56.

———, *Exhortación apostólica postsinodal Ecclesia in Medio Oriente* (Beirut, 14 -9- 2010), 66.

———, *Exhortación apostólica postsinodal Ecclesia in Medio Oriente* (Beirut, 14 -9- 2010), 67.

———, *Exhortación apostólica postsinodal Ecclesia in Medio Oriente* (Beirut, 14 -9- 2010), 77.

———, *Exhortación apostólica postsinodal Ecclesia in Medio Oriente* (Beirut, 14 -9- 2010), 78.

———, *Exhortación apostólica postsinodal Verbum Domini* (Vaticano, 30 -9- 2010), 25.

———, *Exhortación apostólica postsinodal Verbum Domini* (Vaticano, 30 -9- 2010), 94.

———, *Homilía*. Capilla Sixtina. Domingo 8 -1- 2006.

———, *Homilía*. Basílica Vaticana. Sábado Santo 15 -4- 2006.

———, *Homilía*. Ratisbona, Alemania. Martes 12 -9- 2006.

———, *Homilía*. Valencia, España. Domingo 9 -7- 2006.

———, *Homilía*. Estambul, Turquía. Viernes 1 -12- 2006.

———, *Homilía*. Capilla Sixtina. Domingo 7 -1- 2007.

———, *Homilía*. Basílica Vaticana. Lunes 5 -11- 2007.

———, *Homilía*. Capilla Sixtina. Domingo 13 -1- 2008.

———, *Homilía*. Parroquia Romana de santa María Liberadora, en Testaccio – Italia. Domingo 24 -2- 2008.

———, *Homilía*. Basílica de san Juan de Letrán. Jueves Santo 20 -8- 2008.

———, *Homilía*. Capilla Sixtina. Domingo 11 -1- 2009.

———, *Homilía*. Basílica de santa Sabina. Miércoles de Ceniza 25 -2- 2009.

———, *Homilía*. Parroquia de Santo Tomás de Villanueva, Castel Gandolfo. Sábado 15 -8- 2009.

———, *Homilía*. Basílica de santa Sabina. Miércoles de Ceniza 17 -2- 2010.

———, *Homilía*. Parroquia de Santo Tomás de Villanueva, Castelgandolfo. Domingo 15 -8- 2010.

———, *Homilía*. Plaza de San Pedro. Viernes 11 -6- 2010.

———, *Homilía. Apertura de la asamblea especial para Oriente Medio del Sínodo de los obispos*. Basílica de San Pedro. Domingo 10 -10- 2010.

———, *Homilía*. Basílica Vaticana. Jueves 4 -11- 2010.

———, *Homilía*. Capilla Sixtina. Domingo 9 -1- 2011.

———, *Homilía*. Basílica Vaticana. Sábado 5 -2- 2011.

———, *Homilía*. Basílica Vaticana. Domingo 12 -6- 2011.

———, *Homilía*. Estadio Olímpico de Berlín. Jueves 22 -9- 2011.

———, *Homilía*. Plaza de la Catedral, Erfurt, Alemania. Sábado 24 -9- 2011.

———, *Homilía. Misa en sufragio de los cardenales y obispos fallecidos durante el año*. Jueves 3 -11- 2011.

———, *Homilía*. Estadio de la Amistad, Cotonú, Benín. Domingo 20 -11- 2011.

———, *Homilía. Vísperas de la Solemnidad de Santa María, Madre de Dios*. Basílica Vaticana. Sábado 31 -12- 2011.

———, *Homilía*. Basílica Vaticana. Domingo 1 -1- 2012.

———, *Homilía*. Basílica Vaticana. Sábado Santo 7 -4- 2012.

———, *Homilía*. Basílica de san Pablo Extramuros. Miércoles 25 -1- 2012.

———, *Homilía. Consistorio Ordinario Público*. Basílica Vaticana. Domingo 19 -2- 2012.

———, *Homilía*. Capilla Sixtina. Domingo 13 -1- 2013.

- , *Homilía*. Basílica de San Pablo Extramuros. Viernes 25 -1- 2013.
- , *Lectio divina*. Pontificio Seminario Romano Mayo. Capilla de la Virgen de la Confianza. Viernes 12 -2- 2010.
- , *Lectio divina*. Aula Pablo VI. Jueves 23 -2- 2012.
- , *Lectio divina*. Basílica de san Juan de Letrán. Lunes 11 -6- 2012.
- , *Mensaje Urbi et Orbi*. Pascua 2006.
- , *Mensaje para la Cuaresma 2007* (Vaticano, 21 -11- 2006).
- , *Mensaje a los jóvenes del mundo con ocasión de la XXIII Jornada Mundial de la Juventud 2008* (Lorenzago, 20 -7- 2007), 1.
- , *Mensaje a los jóvenes del mundo con ocasión de la XXIII Jornada Mundial de la Juventud 2008* (Lorenzago, 20 -7- 2007), 6.
- , *Mensaje para la XLV Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones 13 -4- 2008* (Vaticano, 3 -12- 2007), 1.
- , *Mensaje Urbi et Orbi*. Pascua 2009.
- , *Mensaje a los jóvenes del mundo con ocasión de la XXIV Jornada Mundial de la Juventud 2009* (Vaticano, 22 -2- 2009).
- , *Mensaje Urbi et Orbi*. Pascua 2010.
- , *Mensaje para la Cuaresma 2011* (Vaticano, 4 -11- 2010), 1.
- , *Mensaje para la Cuaresma 2011* (Vaticano, 4 -11- 2010), 2.
- , *Mensaje para la Cuaresma 2011* (Vaticano, 4 -11- 2010), 5.
- , *Mensaje para la XXVI Jornada Mundial de la Juventud 2011* (Vaticano, 6 -8- 2010), 5.
- , *Mensaje para la XXVI Jornada Mundial de la Juventud 2011* (Vaticano, 6 -8- 2010), 6.
- , *Mensaje (Video)*: Clausura del 50° Congreso Eucarístico Internacional celebrado en Dublín. Domingo 17-6- 2012.

———, *Mensaje para la XXVIII Jornada Mundial de la Juventud 2013* (Vaticano, 18 -10- 2012), 5.

———, *Mensaje para la Cuaresma 2013* (Vaticano, 15 -10- 2012), 1.

———, *Mensaje para la Cuaresma 2013* (Vaticano, 15 -10- 2012), 2.

———, *Mensaje para la Cuaresma 2013* (Vaticano, 15 -10- 2012), 3.

———, *Mensaje para la Cuaresma 2013* (Vaticano, 15 -10- 2012), 4.

———, *Regina Caeli*. Plaza de San Pedro. Domingo 11-5- 2008.

———, *Regina Caeli*. Plaza de san Pedro. Domingo 12 -6- 2011.

———, *Regina Caeli*. Plaza de san Pedro. Domingo 6 -5- 2012.

ANEXO I – PRESENTACION DE LA TESINA

Estimado tribunal³⁰⁶:

En un memorable discurso dirigido al clero de Roma, al comienzo de la Cuaresma del año 2012, el Santo Padre Benedicto XVI sostuvo que «bautismo y fe son inseparables»³⁰⁷. Inspirándonos en esta afirmación hemos titulado nuestra Tesina “Fe y bautismo en Benedicto XVI”, cuya presentación queremos iniciar partiendo de un breve enfoque del contexto histórico al que, según nuestro parecer, quería responder nuestro autor, quien, en reiteradas ocasiones denunció los fenómenos recientes y actuales que han venido debilitando la integridad de nuestra fe. En efecto, ya en su homilía, la víspera de su elección como sucesor de san Pedro, explicando el texto de la *Carta a los Efesios* 4,14, y afirmando que «no deberíamos permanecer niños en la fe, [...] ser “llevados a la deriva y zarandeados por cualquier viento de doctrina...”», nuestro autor presentó un diagnóstico de las causas y consecuencias que, en nuestros días, desmejoran la identidad cristiana de muchos bautizados. Decía el Papa:

¡Cuántos vientos de doctrina hemos conocido durante estos últimos decenios!, ¡cuántas corrientes ideológicas!, ¡cuántas modas de pensamiento!... La pequeña barca del pensamiento de muchos cristianos ha sido zarandeada a menudo por estas olas, llevada de un extremo

³⁰⁶ El Tribunal de la Defensa estuvo presidido por los Reverendos: **Dr. D. Gabriel Richi Alberti**, Presidente; **Dr. D. Juan Antonio Santamaría**, Censor; y **Dr. D. Manuel Aroztegi**, Director de la Tesina. Madrid, Martes 23 de febrero de 2015.

³⁰⁷ *Lectio divina*. Aula Pablo VI. Jueves 23 -2- 2012.

al otro: del marxismo al liberalismo, hasta el libertinaje; del colectivismo al individualismo radical; del ateísmo a un vago misticismo religioso; del agnosticismo al sincretismo, etc.³⁰⁸.

Durante sus casi ocho años al servicio del ministerio petrino, Benedicto XVI expuso con precisión, amplitud y profundidad la doctrina cristiana, convencido de que «[...] así como el individualismo y el relativismo parecen dominar el ánimo de muchos contemporáneos, no se puede decir que los creyentes permanezcan del todo inmunes a estos peligros que afrontamos en la transmisión de la fe»³⁰⁹. Asimismo, en el mencionado discurso dirigido a los presbíteros de Roma, el Santo Padre también sostuvo que desde hace algunas décadas existen dos grandes males en la Iglesia: un «analfabetismo religioso» y un «idealismo que promueve una fe adulta, emancipada del Magisterio». Y al mismo tiempo, en respuesta al primero de estos males, decía el Papa:

Debemos hacer todo lo posible para una renovación catequística, para que la fe sea conocida y para que así sea conocido Dios, para que así sea conocido Cristo, para que así sea conocida la verdad y para que crezca la unidad en la verdad³¹⁰.

Así también, refiriéndose al segundo de estos grandes males, Benedicto XVI precisó que «no es verdadera emancipación: la emancipación de la comunión del Cuerpo de Cristo», sino que, «al contrario, es caer bajo la dictadura de las olas, del viento del mundo»; añadiendo que «la verdadera emancipación es precisamente liberarse de esta dictadura, en la libertad de

³⁰⁸ J. Ratzinger, *Homilía*. Misa Pro eligendo Pontifice. Lunes 18 -4- 2005.

³⁰⁹ *Audiencia general*. Miércoles 17 -10- 2012.

³¹⁰ *Lectio divina*. Aula Pablo VI. Jueves 23 -2- 2012.

los hijos de Dios que creen juntos en el Cuerpo de Cristo, con Cristo resucitado, y así ven la realidad, y son capaces de responder a los desafíos de nuestro tiempo»³¹¹.

Para elaborar nuestro trabajo hemos utilizado los textos de la traducción española de la página web de la Santa Sede, y no de la página Acta Apostolicae Sedis, por no conocer bien la lengua italiana. Por lo demás, tras haber leído y analizado los textos en los que el Papa Benedicto expone la relación entre fe y bautismo, hemos querido reconstruir su pensamiento sistemático a partir de su magisterio, analizando sus Ángelus y Audiencias, Cartas apostólicas y Cartas encíclicas, Discursos y Exhortaciones apostólicas, Homilías y Mensajes, etc. Sin embargo, no hemos examinado sus libros sobre *Jesús de Nazaret*, puesto que el mismo autor aclara que su contenido no es magisterio (cf. *Prólogo*); de igual manera, tampoco citamos la *Carta encíclica Lumen fidei*, ya que no está firmada por Benedicto XVI sino por el Papa Francisco. Por otra parte, no hemos incluido bibliografía secundaria, puesto que no hemos encontrado ningún estudio, sobre este tema, realizado a partir del magisterio de Benedicto XVI. En resumen, en un formato de tres capítulos presentamos de manera ordenada y unitaria el origen, la dimensión y la meta del bautismo cristiano.

En efecto, en el primer capítulo analizamos el bautismo de Juan como el punto de partida del ministerio público de Jesús, es decir, como «una “epifanía” [...] de la identidad mesiánica del Señor y de su obra redentora, que culminará en otro “bautismo”, el de su muerte y resurrección»³¹² (*Cap. I*). Asimismo, en el segundo capítulo abordamos la unidad entre fe y bautismo, explicitando los contenidos y el acto de fe desde su dimensión personal y

³¹¹ *Ibíd.*

³¹² *Ángelus*. Domingo 8 -1- 2006.

eclesial, puesto que, al explicar que «nuestra fe personal en Cristo, nacida del diálogo con Él, está vinculada a la fe de la Iglesia», el Papa Benedicto sostiene que los bautizados «no somos creyentes aislados, sino que, mediante el bautismo, somos miembros de esta gran familia, y es la fe profesada por la Iglesia la que asegura nuestra fe personal»³¹³ (*Cap. II*). De esta manera, llegamos al tercer y último capítulo presentando un enfoque de la existencia cristiana de los bautizados, la cual se arraiga en el bautismo y nos proyecta hacia lo escatológico, hacia la comunión con Dios, como meta final de nuestro itinerario bautismal (*Cap. III*).

Ahora bien, partiendo de lo que afirma el Papa Benedicto cuando sostiene que por el bautismo somos insertados en Cristo, cuya acción se realiza en la Iglesia y a través de la Iglesia, de manera que la inseparabilidad entre Cristo y la Iglesia es «la fórmula de contraste con todas las ideologías»³¹⁴ que amenazan la esencia genuina de nuestra fe, nos limitaremos a presentar esta idea, la cual nos parece central y armónica en el pensamiento teológico de nuestro autor referente al tema que nos ocupa el presente estudio.

UNIDAD ENTRE FE Y BAUTISMO

Una de las prioridades esenciales en el magisterio de Benedicto XVI ha sido, sin dudas, subrayar la importancia de que los bautizados revitalicen su fe a través de un verdadero «encuentro con Cristo, Persona viva que da a la vida un nuevo horizonte y así la dirección decisiva»³¹⁵. Y en este sentido, nuestro autor explica que «la fe tiene un contenido y no es suficiente, [...] si

³¹³ *Mensaje para la XXVI Jornada Mundial de la Juventud 2011* (Vaticano, 6 -8-2010), 5.

³¹⁴ Cf. *Homilía*. Basílica Vaticana. Sábado Santo, 15 -4- 2006

³¹⁵ *Discurso*. Explanada de Melnik en Stará Boleslavo, República Checa. Lunes 28 -9- 2009.

no hay y no se vive y confiesa este contenido de la única fe»³¹⁶. Y, en otro lugar, también precisa que «existe una unidad profunda entre el acto con el que se cree y los contenidos a los que prestamos nuestro asentimiento», como señala al decir que «el apóstol Pablo nos ayuda a entrar dentro de esta realidad cuando escribe: “con el corazón se cree y con los labios se profesa” (cf. *Rm* 10, 10)»³¹⁷.

1. Doble dimensión del acto de fe (*ver* II,1.2.3)

Para nuestro autor la fe personal es inseparable de la fe eclesial, puesto que «es en la comunidad eclesial donde la fe personal crece y madura»³¹⁸. En efecto, al explicar que en el *Catecismo de la Iglesia Católica* se sintetiza con claridad que «“creer” es un acto eclesial», el Santo Padre acentúa que «la fe de la Iglesia precede, engendra, conduce y alimenta nuestra fe». Y añade que ningún bautizado ha de olvidar que «la Iglesia es la Madre de todos los creyentes», como afirmaba san Cipriano cuando decía que «nadie puede tener a Dios por Padre si no tiene a la Iglesia por Madre (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 181)». Por tanto, la fe del creyente nunca se ha de separar de la fe eclesial, puesto que «la fe nace en la Iglesia, conduce a ella y vive en ella»³¹⁹. Por lo demás, según nuestro autor, el nexo entre la fe personal y la fe eclesial se arraiga en la unión indisoluble entre Cristo y la Iglesia, como veremos a continuación.

³¹⁶ *Lectio divina*. Aula Pablo VI. Jueves 23 -2- 2012.

³¹⁷ Porta fidei 10.

³¹⁸ *Audiencia general*. Miércoles 31 -10- 2012.

³¹⁹ *Ibid.*; Cf. *Mensaje para la XXVI Jornada Mundial de la Juventud* 2011 (Vaticano 6 -8- 2010), 5.

2. Incorporación en el ser de Cristo (*ver* II,2.1)

A lo largo de toda la historia del pueblo de Israel, Dios había ido preparando la redención que realizaría de manera plena y definitiva en la persona de su Hijo Jesucristo, quien con su encarnación «asume en sí la realidad del antiguo Israel y la lleva a su pleno cumplimiento», como explica Benedicto XVI cuando dice:

El “nosotros” del pueblo se concentra en el “yo” de Jesús, especialmente en sus repetidos anuncios de la pasión, muerte y resurrección, cuando revela abiertamente a los discípulos lo que le espera en Jerusalén: deberá ser rechazado por los jefes, arrestado, condenado a muerte y crucificado, y al tercer día resucitar (cf. *Mt* 16, 21)³²⁰.

Y en este mismo contexto, el Papa subraya que, gracias a la acción sacramental del Espíritu Santo, «el “Yo” de Jesús se convierte en un nuevo “nosotros”, el “nosotros” de su Iglesia, cuando se comunica a los que son incorporados a él en el bautismo»³²¹.

Por otra parte, al explicar en qué consiste la incorporación a Cristo, Benedicto XVI aborda dos temas bíblicos: la imagen de la vid y los sarmientos, descrita en el capítulo 15 del evangelio de san Juan; y la expresión con la que san Pablo, en la *Carta a los Gálatas*, simboliza el cambio ontológico que para él significa “vivir en Cristo” (*Ga* 2,20). Respecto al primer tema, explicando el significado de la expresión «permanecer en Cristo», Benedicto XVI relaciona el capítulo 15 del evangelio de san Juan, con el capítulo 6 (el discurso sobre el pan de vida) y con el capítulo 16 (que habla de la oración),

³²⁰ *Homilía*. Basílica Vaticana. Lunes 5 -11- 2007.

³²¹ *Ibíd.*

y afirma que «todas estas palabras del Señor tienen un fondo sacramental»; y en seguida añade que «el fondo fundamental de la parábola de la vid es el bautismo»³²². Y en este sentido, nuestro autor explica que la afirmación «Yo soy la verdadera vid» significa en realidad «Yo soy vosotros y vosotros sois yo», y en seguida añade que esto es «una identificación inaudita del Señor con nosotros, con su Iglesia»³²³.

Asimismo, al abordar el segundo tema, nuestro autor sostiene que mediante la fe y el bautismo el «yo» del creyente se inserta en «un sujeto más grande». Dice el Papa:

Lo que ocurre en el bautismo se puede aclarar más fácilmente para nosotros si nos fijamos en la parte final de la pequeña autobiografía espiritual que san Pablo nos ha dejado en su *Carta a los Gálatas*. [...]: «Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí» (2, 20). Vivo, pero ya no soy yo. [...] Ha atravesado un «no» y sigue encontrándose en este «no»: Yo, pero «no» más yo. [...] Se me quita el propio yo y es insertado en un nuevo sujeto más grande. Así, pues, está de nuevo mi yo, pero precisamente transformado, bruñido,

³²² *Lectio divina*. Pontificio Seminario Romano Mayor. Capilla de la Virgen de la Confianza. Viernes 12 -2- 2010.

³²³ *Ibid.*: En el mismo contexto, Benedicto XVI explica esta identidad de Cristo con los cristianos a partir de la experiencia de la conversión de san Pablo, cuando iba camino a Damasco. De este episodio narrado por el mismo Apóstol, dice el Papa: «Cristo mismo en aquella ocasión preguntó a Saulo, el perseguidor de la Iglesia, cerca de Damasco: “¿Por qué me persigues?” (Hch 9, 4). De ese modo, el Señor señala el destino común que se deriva de la íntima comunión de vida de su Iglesia con Él, el Resucitado. En este mundo, Él continúa viviendo en su Iglesia. Él está con nosotros, y nosotros estamos con Él. “¿Por qué me persigues?”. En definitiva, es a Jesús a quien los perseguidores de la Iglesia quieren atacar. Y, al mismo tiempo, esto significa que no estamos solos cuando nos oprimen a causa de nuestra fe. Jesucristo está en nosotros y con nosotros» (*Homilía. Estadio Olímpico de Berlín*. Jueves 22 -9- 2011).

abierto por la inserción en el otro, en el que adquiere su nuevo espacio de existencia³²⁴.

Y a continuación, acentuando aún más esta connotación, el Papa señala que la expresión «yo, pero no más yo» es «la fórmula de la existencia cristiana fundada en el bautismo, la fórmula de la resurrección en el tiempo». Y a la vez añade que «si vivimos de este modo transformamos el mundo», puesto que ésta «es la fórmula de contraste con todas las ideologías de la violencia y el programa que se opone a la corrupción y a las aspiraciones del poder y del poseer»³²⁵.

3. La profesión de fe bautismal (*ver* II,2.3.1)

Por otra parte, al explicar que en su origen «el rito del bautismo expresaba la acogida del recién nacido en la comunidad de los creyentes y su renacimiento en Cristo», Benedicto XVI señala que en la forma clásica de este diálogo «el sacerdote preguntaba ante todo a los padres qué nombre habían elegido para el niño, y continuaba después con la pregunta: “¿Qué pedís a la Iglesia?”. Se respondía: “La fe”³²⁶. Y “¿Qué te da la fe?”. “La vida eterna”». Y añade que «según este diálogo los padres buscaban para el niño la entrada en la fe, la comunión con los creyentes, porque veían en la fe la llave para “la vida eterna”». Y a continuación, el Santo Padre recuerda que «ayer como hoy, en el bautismo, cuando uno se convierte en cristiano, se

³²⁴ *Homilía*. Basílica Vaticana. Sábado Santo, 15 -4- 2006.

³²⁵ *Ibid.*

³²⁶ El nuevo Ritual sugiere responder: “El bautismo”, o bien, “la gracia de Cristo”, “la entrada en la Iglesia” o “la vida eterna”: Cf. *Ritual del Bautismo de Niños. Conferencia Episcopal Española, primera edición* (Reimpresión 2010), 137. Cf. *Encuentro con los Sacerdotes de la Diócesis de Albano*. Palacio pontificio de Castelgandolfo. Jueves 31 -8- 2006; *Ángelus*. Domingo 11 -1- 2009.

trata de esto: no es sólo un acto de socialización dentro de la comunidad ni solamente de acogida en la Iglesia». Se trata, en efecto, de una realidad que no es meramente temporal, puesto que «los padres esperan algo más para el bautizando: esperan que la fe, de la cual forma parte el cuerpo de la Iglesia y sus sacramentos, le dé la vida, la vida eterna»³²⁷.

4. La comunión con Dios: sentido último de la existencia cristiana (*ver* III,2.3.2)

Con el sacramento del bautismo se inicia en nosotros, los creyentes, una vida nueva, la existencia cristiana, que nos orienta hacia la comunión con Dios, la cual se concretiza y actualiza en la comunión eclesial, de manera que «esta doble comunión, con Dios y entre nosotros, es inseparable». Y en este sentido, el Santo Padre nos recuerda el valor y la importancia de permanecer en la fe bautismal, cuando afirma que «donde se destruye la comunión con Dios, que es comunión con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo, se destruye también la raíz y el manantial de la comunión entre nosotros»³²⁸, los creyentes.

Por otra parte, al hablar de la comunión con Dios, nuestro autor evoca la figura de la Virgen María como el modelo acabado de nuestra fe, puesto que ella ha alcanzado lo que nosotros aún anhelamos. En efecto, al explicar que «en nosotros la unión con Cristo, la resurrección, es imperfecta, pero para la Virgen María ya es perfecta [...]», el Santo Padre sostiene que «ella ya entró en la plenitud de la unión con Dios, con su Hijo, y nos atrae y nos acompaña en nuestro camino». Y a continuación añade que «en la Virgen elevada al cielo contemplamos la coronación de su fe, del camino de fe que ella indica

³²⁷ *Spe salvi* 10.

³²⁸ *Audiencia general*. Miércoles 29 -3- 2006.

a la Iglesia y a cada uno de nosotros», quienes «con el bautismo, hemos entrado en esta victoria»³²⁹.

Conclusiones

A modo de conclusión, queremos hacer nuestras las palabras del Papa Benedicto cuando afirma que «en nuestro tiempo es necesaria una renovada educación en la fe, que comprenda ciertamente un conocimiento de sus verdades y de los acontecimientos de la salvación, pero que sobre todo nazca de un verdadero encuentro con Dios en Jesucristo, de amarle, de confiar en Él, de forma que toda la vida esté involucrada en ello»³³⁰. En este sentido, presentamos algunas propuestas pastorales como un pequeño aporte para «una renovación catequística»³³¹, tan necesaria en el proceso de la Nueva evangelización a la que, en continuidad con el magisterio de su predecesor, tantas veces nos exhortó Benedicto XVI. He aquí nuestras sugerencias:

1° Que se revise la catequesis pre-bautismal seleccionando temas que, desde la fe, enfoquen y respondan a las exigencias actuales, exponiendo íntegramente la doctrina católica del sacramento del bautismo contenida en la Sagrada Escritura, los Santos Padres y el Magisterio Ordinario de la Iglesia, como se aprecia en los Rituales del bautismo y de la Iniciación Cristiana.

2° Procurar que los catequistas estén bien preparados, es decir: que tengan conocimiento y manejo de los temas a tratar, pero sobre todo que sean hombres y mujeres de fe, capaces de conducir a los oyentes a un

³²⁹ *Homilía*. Parroquia de Santo Tomás de Villanueva, Castel Gandolfo. Sábado 15 -8- 2009.

³³⁰ *Audiencia general*. Miércoles 24 -10- 2012.

³³¹ *Lectio divina*. Aula Pablo VI. Jueves 23 -2- 2012.

verdadero encuentro con Cristo mediante la predicación y el testimonio de vida.

3° Desarrollar, en cada parroquia, tres formas de catequesis: 1) para padres y padrinos, 2) para los adultos que no estén bautizados, y 3) catequesis mistagógicas o post-bautismales para los bautizados que deseen crecer en la fe. En cada caso, se ha de evitar las prisas, buscando, más bien, los resultados de un auténtico desarrollo de la gracia bautismal en cada uno de los creyentes.

4° Acoger sin prejuicios los diversos itinerarios de educación en la fe, de modo especial aquellos que tienen aprobación pontificia y cuya formación y testimonio cristiano son una verdadera fase mistagógica imprescindible en los tiempos actuales para combatir el «analfabetismo religioso» y el «idealismo que promueve una fe adulta, emancipada del Magisterio».

5° Dedicar algunas homilias, o parte de ellas, al sacramento del bautismo, sobre todo en la fiesta del Bautismo del Señor y en la Solemnidad de Pentecostés, así como en otras celebraciones que el ministro juzgue oportuno, recordando la necesidad de este sacramento para la salvación y exponiendo con claridad los efectos y las gracias que confiere el bautismo en la vida del cristiano.

Muchas gracias.